

EL MISTERIO DEL
**MARIDO
DESAPARECIDO**



MARGOTTE
CHANNING

**EL MISTERIO
DEL MARIDO
DESAPARECIDO**



Margotte Channing

“La mejor receta para la novela policíaca es, que el detective no debe saber, nunca, más que el lector”

Agatha Christie

“Cuando se ha eliminado todo lo que es

imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad”

Sir Arthur Conan Doyle

DEDICATORIA Y
AGRADECIMIENTO

Me gustaría dedicar esta novela a mi escritora favorita, Agatha Christie, con mi más sincero respeto y agradecimiento hacia su genial pluma, que consiguió que

me enamorara de la lectura con tan solo catorce años, cuando leí *Sangre en la Piscina*.

ÍNDICE

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

EPILOGO

UNO

Natalia Bolaños estaba harta de su mala pata, y nunca mejor dicho, en los dos meses que llevaba de inactividad, había organizado todos los papeles que tenía en casa, había visto las películas que tenía pendientes, incluso había empezado a escribir una novela, que había dejado a medias, por supuesto.

—Señorita por favor—levantó la vista de las agujas de hacer punto, y miró a la asistente que no había tenido más remedio que contratar. Con la pierna derecha escayolada hasta la ingle, había muchas cosas que no podía hacer sin ayuda. Sonrió a Francisca, que era un encanto y le aguantaba el malhumor sin una mala cara,

—Por favor te lo repito, llámame Natalia, si me llamas señorita no me doy por aludida—la otra muchacha asintió, pero ella sabía que a la próxima vez la volvería a llamar así.

—Mire, es que según las instrucciones que dejó el médico, aquí pone que hoy tiene que comer filete con patatas fritas y sopa, tengo el caldo hecho, pero no hay filete, ¿habrá algún problema si come otra cosa de segundo?

—Tranquila, a mí me da igual las instrucciones que dejara el pesado de Roberto—estaba más que harta de que se metiera en su vida— ¿qué te parece si pedimos una pizza para las dos? — Francisca le lanzó una sonrisa como si fuera una niña, cuando sonreía, Natalia era consciente de lo joven que era, solo

tenía 22 años.

—¡Ah! Veo que te gusta la pizza,
¡bien! —alargó la mano hacia el móvil
— voy a pedirla, enseguida la
tendremos aquí, ¿de qué te gustan? —la
muchacha sonrió valientemente

—Me gustan con todo.

—¡Estupendo, a mí también! —
pidió la comida y luego continuó
intentando aprender a hacer punto.
Cuando llegó la pizza media hora
después, ya había decidido que hacer
punto, tampoco era lo suyo.

Comieron como dos niñas

hambrientas, Natalia tuvo que obligar a Francisca a que se sentara a su lado a comer, y estaban a media pizza cuando sonó la puerta de la calle. Francisca se levantó de un salto, como si el visitante pudiera regañarla por comer con la dueña de la casa. Natalia sonrió hasta que escuchó la voz del visitante y su cuerpo entero se puso rígido pensando en tener que verle otra vez. Respiró hondo, pero daba igual, ya estaba cabreada. Siempre le ocurría.

—Hola Natalia—él no parecía más feliz de verla que ella de verle a él,

por lo menos, era un alivio saber que a él también le molestaba tenerla delante. Pero si era así ¿por qué venía?

—Hola Roberto, creía que habíamos quedado en que ya no vendrías más. Si tengo algún problema, avisaré a mi médico, que por cierto...no eres tú—
Francisca se fue a la cocina con su trozo de pizza, al ver que empezaba la guerra.

Roberto, al contrario de lo que hubiera hecho cualquier hombre decente, se acercó hasta ella y se sentó a su lado, observando la pierna escayolada que mantenía estirada sobre una silla. Posó

con cuidado la mano en los dedos de su pie,

—Tienes los dedos helados—ella frunció el ceño cuando él cerró su mano con suavidad sobre ellos para calentarlos, agitó la pierna para que los quitara, aunque le costó realizar el movimiento,

—Quita la mano Roberto, y déjame en paz, no eres bienvenido aquí, ya te lo dije ayer—intentaba no levantar la voz principalmente por Francisca, ya la había asustado bastante el día anterior.

—Creía que ya se te habría pasado el malhumor—movió la cabeza chasqueando la lengua—entonces, abrió su mochila y sacó un termómetro, y lo dirigió hacia su boca, ella la cerró para que no pudiera metérselo, pero él presionó hasta que consiguió que entrara. Ella levantó la mano para sacárselo, pero él se la sujetó,

—Estate quieta Natalia, no seas niña—por el motivo que fuera, el contacto de sus manos en las suyas, consiguió alterarla más —estás algo roja, puede que tengas unas décimas de

fiebre, ¿te duele la garganta? —frunció el ceño pensativo—recuerdo que, cuando eras niña, tenías muchas veces anginas, tus padres se empeñaron en que no te las quitaran de pequeña—por fin le quitó el termómetro.

—¡Eres como el dentista, preguntando cosas que no te pueden contestar!, vale, ya me has metido el termómetro. Si te has quedado a gusto, haz el favor de irte, estoy comiendo—él miró con el ceño fruncido el trozo de pizza grasienta que había en su plato.

—No sé cómo no estás como una

bola con semejante alimentación, le dije a Francisca cuál tenía que ser tu dieta para recuperarte antes. Y, por cierto, tienes fiebre, por si te interesa—él había apretado la mandíbula, ella sabía que cuando se ponía así, no se podía con él.

—Roberto, no te aguanto, creo que ya te lo he dicho en varias ocasiones, pero te lo repito. El que nuestros padres sean amigos, no quiere decir que tú y yo, tengamos que serlo. Por favor ¿puedes irte? —por un momento le pareció que había ido demasiado lejos, porque le dio la impresión de que él se había

puesto algo pálido, pero enseguida se rehízo y resopló agotada al ver que atacaba de nuevo,

—Tienes que tomar paracetamol e ibuprofeno alternándolo para bajar la fiebre, te traeré las pastillas. ¿Dónde tienes el botiquín? —ella señaló el baño sin hablar y dejó el plato en la mesa, ya sin hambre. Estaba segura de que no la dejaría en paz si no cooperaba, por lo menos tomándose las pastillas.

—¡Esto es una vergüenza! — se sobresaltó al oírle, Roberto salió del baño con dos cajas en la mano, y ella

sintió que se ponía más colorada todavía, había olvidado que los tenía allí—¡tienes todas las medicinas caducadas!, ¡pero si tienes caducados hasta los condones! —miró las dos cajas de colores brillantes, que prometían un alto grado de satisfacción a sus usuarios —¿Tamaño extra-grande? ¿es una broma? —la miró irónico— ¿y necesitas comprar las cajas de 50 unidades? —ahora él también estaba rojo, por lo menos estaban iguales, pensó.

—Roberto, eso es asunto mío, así que si no te importa déjalos donde los

has encontrado, Francisca puede ir a comprarme lo que me has dicho—pero él, como ella imaginaba, no le hacía ni caso.

—¡Francisca! ¡tráigame el cubo de la basura! —le miró con el ceño fruncido, pero, aunque le molestaba profundamente reconocerlo, sabía que tenía razón, tendría que haber hecho limpieza en el botiquín años atrás—muchas gracias—Roberto se lo agradeció a Francisca y cogió el cubo de sus manos llevándoselo al baño, desde allí pudo escucharle tirar todo lo

que quiso mientras seguía gruñendo. Al menos, cuando salió, parecía más calmado.

—Tenga Francisca—le devolvió el cubo mucho más lleno— dejen aquí mis cosas, bajo un momento a la farmacia—se fue, ignorando la lengua que le enseñaba Natalia, como hacía cuando era pequeña.

—Señorita,

—Natalia, por favor Francisca...

—Sí, Natalia, esto...solo quería decirle que yo creo que debería tratar algo mejor a este hombre, no va a

encontrar otro que le quiera tanto.

Y después de soltar semejante frase inexplicable para ella, se fue a la cocina, dejando a Natalia con la boca abierta.

Desgraciadamente, Roberto volvía veinte minutos después, con una bolsa llena de medicamentos que dejó encima de la mesa. Trajo el botiquín del baño y estuvo llenándolo con lo que había traído.

—No te he pedido nada, ni siquiera sé para qué son esas cosas.

—Tiritas, vendas, gasas,

desinfectante para las heridas...todo complicadísimo—sonrió irónicamente —

—¡Qué gracioso eres! —ella también podía ser irónica. Él la miró con el ceño fruncido, y ella le imitó.

—¿Quiere un poco de sopa doctor?, hay mucho caldo y no lo hemos probado, con la pizza...—él desvió la mirada de la cara de Natalia para posarla en la asistente, y la sonrió afablemente. Natalia al verlo se sintió ultrajada, a ella nunca la sonreía así. Desde que podía recordar, con ella era

muy antipático.

—Prefiero un poco de pizza, gracias—lo que le faltaba por escuchar.

—¡No me lo puedo creer!, cuando yo como estas cosas me pones verde, ¿y tú si puedes? —Roberto se había puesto cómodo en la mesa y la miraba atento, mientras mordía un triángulo de pizza con ganas.

—Yo no lo como casi nunca, aunque soy humano y me gusta. Pero no podría vivir de este tipo de comidas como tú. No es sano. Y como tu médico, tengo que decírtelo.

—¡No eres mi médico!, no he aceptado que lo seas—¡qué cansancio de hombre!

—Mientras no me presentes a otro que acepte serlo, seguiré siéndolo, necesitas uno a tiempo completo.

—¡No quiero que sigas metiendo las narices en mis cosas Roberto! —se cruzó de brazos, ya no sabía qué hacer para que la dejara en paz. No le soportaba, la enfadaba tanto que perdía el buen humor, ¡eran incompatibles!

—Pero ¿qué narices te pasa? —ella se encogió de hombros, aunque

estuvo a punto de decirle que cada día le aguantaba menos. Para su horror sintió que unas lágrimas asomaban en sus ojos, se las limpió con rabia, odiándose por haber permitido que la viera así, como si fuera débil. Pero él no aprovechó la ventaja, contrariamente a lo que pensaba, y se levantó poniéndose en cuclillas junto a ella, susurrándole,

—¿Qué te pasa cariño? —ella negó con la cabeza, pero se dejó envolver por los fuertes brazos de su archienemigo. Sollozó como hacía años que no lo hacía, en su hombro, mientras

que él le acariciaba suavemente la espalda, haciendo que se estremeciera.

Estuvieron así unos minutos perdidos en el tiempo, como si fueran dos personas normales, y no dos que habían nacido para pelear. Él la apartó retirándole el pelo negro que le cubría parte de la cara, y la miró a los ojos marrones y húmedos:

—¿Estás mejor? —ella asintió—
¿seguro?

—Sí, lo siento, es que después del accidente no lloré ni nada, creía que lo había aceptado todo muy bien, pero

llevo un par de noches con pesadillas.

—Es normal, deberías hablar con alguien.

—Ya, no es nada, no tiene importancia—cogió una servilleta y se limpió las lágrimas sonriendo—perdona, no pensaba echarme en tus brazos hoy precisamente—sonrió, pero su sonrisa murió cuando vio la expresión de él—¿qué te pasa Roberto? —él no contestó, simplemente la abrazó más fuerte contra él y bajó la cabeza lentamente hasta ella, para darle tiempo a retirarse si quería, pero ella no lo

hizo. Entonces, la besó.

DOS

Las luces del patio de butacas se apagaron, quedando solo encendidas las que iluminaban a los miembros de la orquesta. Ese simple gesto consiguió que en el teatro se hiciera un silencio respetuoso durante largos segundos, que solo se rompió cuando apareció en el escenario Deborah Bohnett, y los músicos se pusieron en pie para saludarla. Como era habitual en

ella, llevaba un vestido de gala que resaltaba su espectacular figura, y que estaba firmado por un diseñador, madrileño, y de fama internacional.

Estaba muy sonriente e implacablemente hermosa, subió a su tarima y saludó a la orquesta inclinando la cabeza. Luego, los músicos tomaron asiento y ella les dio unos segundos para prepararse, entonces, reclamó su atención con la batuta, y comenzó el concierto.

Deborah era uno de los mejores directores de orquesta actuales,

principalmente por dos cosas, porque sabía sacar lo mejor de los músicos que dirigía, y porque hacía suyas las partituras de los Maestros de tal manera, que la interpretación de la obra elegida, resultaba algo inolvidable para cualquiera que la escuchara. Algunos críticos musicales no aprobaban su estilo de dirigir, porque decían que era algo transgresor, y que no seguía al pie de la letra las reglas como otros directores. Pero nadie podía negar que desde su irrupción veinte años atrás, en el Olimpo de los directores, había

conseguido que los recitales, conciertos e incluso óperas que había dirigido, se hubieran visto inundados de un público que anteriormente no había acudido nunca a semejantes actividades culturales.

En una entrevista, años atrás, había explicado que su intención siempre había sido socializar la música, sobre todo la llamada música clásica o culta. Quería que todo el mundo pudiera apreciarla, y al parecer lo había conseguido en gran medida. Por eso, cuando salieron a la venta las entradas

para este concierto, el de despedida de la Gran Bohnett, como la llamaban, se habían agotado en menos de una hora.

Rodolfo Millar admiraba, desde su palco, la perfecta ejecución de la orquesta, y cómo la mano de Deborah la dominaba magistralmente, con seguridad y a la vez con elegancia. Él mismo, como compositor laureado, incluyendo dos Óscar de la Academia por sendas bandas sonoras, sabía por experiencia que nadie interpretaba las partituras como ella. La había visto trabajar, y era

tremendamente exigente con los músicos, pero no más que con ella misma. Desde su palco, podía ver a través de los gemelos, la expresión concentrada de su amiga, que sonreía con los ojos cerrados en ese momento. Había visto muchas veces esa expresión en su rostro, ahora mismo el resto del mundo no existía para ella, solo la música, que la transportaba a un mundo mágico. Esto se lo había confesado una noche que los dos habían bebido demasiado. Bajó los gemelos sonriendo también, contento al verla tan feliz y se

volvió a dejar envolver por la melodía que fluía por la sala, en una de las mejores actuaciones de su amiga que había visto.

Silvia miró a León, que estaba sentado a seis butacas de ella, y que solo tenía ojos para su mujer, la gran directora de orquesta, se mordió el labio volviendo la vista a su jefa. Como siempre todos estaban pendientes de ella, Silvia, por ser su secretaria, sabía perfectamente que nadie podía hacerla sombra cuando estaba en una habitación,

y si además empuñaba aquella dichosa batuta, entonces parecía que realizaba un hechizo con ella, y atraía la atención de cualquiera que estuviera en su presencia sin que nadie pudiera evitarlo.

Demasiado rápido para el público, la directora hizo un gesto con ambas manos, y la orquesta al unísono inició el final del Primer Acto de manera vigorosa, hasta terminarlo de forma enérgica y con deslumbrante sonoridad. El aplauso fue unánime y todos los presentes se levantaron de las butacas para lanzar vivas y bravos, ella

sonreía y saludaba, dirigiendo su mirada, especialmente, a su marido que estaba sentado en la primera fila, y que también se había puesto de pie, aplaudiéndola como todos. Deborah le lanzó un beso que hizo que la multitud, todavía, rugiera más. Finalmente se despidió, dirigiéndose hacia su camerino, tenía treinta minutos para descansar y relajarse antes de que comenzara el Segundo Acto.

Casi todos se levantaron de las butacas para ir al bar o al servicio, o

simplemente para estirar un poco las piernas, ya que la duración prevista del concierto era de dos horas. León, el guapísimo marido de Deborah, fue el único que cruzó los pasillos hasta su camerino. Era sabido por todos que a la directora no le gustaba que nadie, excepto él, la visitara en medio de un concierto.

Su boda había supuesto un escándalo para la alta sociedad, Deborah hasta ese momento, había tenido varios romances, pero nunca un

novio como tal, hasta que conoció a León en unas vacaciones en Ibiza. Una semana después, volvían juntos a Madrid y él se instalaba en su casa, en una lujosa colonia de viviendas en la capital. Ella no quiso escuchar a los agoreros que le decían que tuviera cuidado, que seguramente estaba con ella por su dinero. León era quince años más joven que ella, y era modelo según la versión oficial, pero lo que se rumoreaba era que vivía de las mujeres.

Sin embargo, los años habían hecho callar las bocas de todos los que

habían hablado de más, porque nunca se había visto un matrimonio más feliz, compenetrado, y apasionadamente enamorado. Ella siguió con su trabajo, y él hacía pequeñas campañas de publicidad, casi siempre ofrecidas por amigos de su mujer, pero ninguno de los dos aparentaba dar importancia a la diferencia de edad, ni económica. Él solía viajar acompañándola a los conciertos, a menos que tuviera trabajo. Y según palabras de Deborah, ya no podía imaginarse la vida sin él.

Los avisos sonoros hicieron que el

público volviera, de manera ordenada, a sus asientos, y diez minutos después se reanudaba el concierto. Ya se habían apagado de nuevo las luces de la platea cuando volvió León, que se sentó sin decir nada, y se concentró de nuevo en la música. Silvia le echó una última mirada antes de prestar toda su atención al concierto, conocía muy bien a Deborah, y era capaz de preguntarle con pelos y señales sobre éste, para ver si había estado atenta.

Las últimas notas sonaron,

manteniéndose unos instantes en el aire, y después se hizo el silencio de nuevo, el concierto había terminado. Deborah agradeció a los músicos, con un movimiento de batuta, el esfuerzo que habían realizado. Luego, saludó al público que rugía entusiasmado exigiendo su atención, sonrió echando su corto pelo hacia atrás, y volvió a inclinarse para recibir los aplausos. A continuación, se volvió e hizo un gesto para que los miembros de la orquesta se levantaran a saludar, y así recibir el aplauso que les correspondía. Su mirada

se dirigió en varias ocasiones, a la butaca vacía donde tendría que haber estado su marido, pero compuso una sonrisa de circunstancias y volvió a ponerse al frente de la orquesta, para ejecutar la primera de las “propinas” que el público pedía.

Cuarenta minutos más tarde, se había dado una larga y relajante ducha, y estaba sentada ante el tocador de su camerino, a punto de maquillarse, cuando llamaron a la puerta,

—León ¿eres tú? —preguntó

—No, soy Silvia—Deborah se miró al espejo con el ceño fruncido y contestó con un murmullo,

—Pasa—esperó a que cerrara la puerta antes de decir—te he puesto un WhatsApp hace veinte minutos para que vinieras enseguida—mientras hablaba, se fue pasando un algodón empapado en tónico por su piel.

—Sí, perdona Deborah—se acercó a ella algo apurada—no he podido llegar antes, la gente me paraba diciendo que quería venir a verte, pero ya les he dicho a todos que estabas

agotada, y que tenías que ducharte y arreglarte. Creo que lo han entendido, además, como tienes que ir a casa de los Rosales, les he comentado que los verías allí.

—Todo eso no me importa—se extendió la crema frotando suavemente, y buscó la mirada de su secretaria, pero ésta la rehuía—¡Silvia! ¿dónde está León?

—No lo sé—parecía asustada, como si supiera algo que no quería decir—no lo he visto desde que se marchó. Un poco antes de finalizar el segundo

acto, ha sonado su teléfono, era un WhatsApp, lo sé porque era el sonido del minion que tanto te irrita, León al ver el mensaje, se ha levantado y se ha ido.

—¿Antes de terminar? —Deborah se volvió hacia ella sorprendida, León nunca se había ido a medias de un concierto suyo—¿Qué le ha podido perturbar tanto como para irse y no volver? —las dos se miraron igual de extrañadas—por favor mira qué amigos nuestros quedan por aquí, y pregunta discretamente, si alguno sabe dónde

está.

—Está bien,

—Y a los que ya no estén, mándales un mensaje. Es posible que haya ido a ver a alguien para despedirse. ¡Me va a oír cuando vuelva!

—Silvia asintió y abrió la puerta para marcharse.

—¿Dónde narices estás León?, ¡y precisamente hoy! —su secretaria alcanzó a escuchar las palabras desesperadas de su jefa, antes de marcharse a buscar a su marido.

Poco después, llamó a la puerta

Rodolfo, que entró sonriente cuando le autorizó a hacerlo,

—¡Querida! Has estado magnífica, todos están rendidos a tus pies, y a la vez, enormemente tristes porque te vayas a Londres—se calló al observar el rostro de su amiga, y se sentó junto a ella cogiendo su mano—¿qué ocurre? — ella movió la cabeza

—León no está, no sé dónde ha ido, al parecer se fue antes de que acabara el concierto. ¿Lo has visto? — su amigo negó con la cabeza.

—No querida, lo siento. Pero le vi

salir, estaba observando con los gemelos, ya me conoces. En la oscuridad pude ver la luz de su móvil, y segundos después salía de la sala, seguramente recibió una llamada urgente o algo...

—Sí, sí, eso me ha dicho Silvia, pero lo raro es que no haya vuelto. Estoy muy preocupada, encima con el lío del viaje—se encogió de hombros, mientras se maquillaba—es muy raro que no esté aquí,

—No le des más vueltas, seguro que aparecerá tarde o temprano, no va a

perder el avión de mañana, ¿no?

—¡No sabes lo que daría por no tener que asistir a esa cena de despedida! —su amigo la miró sonriente. Le encantaba cuando se ponía un poco diva, como ahora mismo. La observó apreciando su belleza en plena madurez, tenía el pelo color cobre, los ojos verdes, y la piel muy blanca, todavía era una mujer muy bella. Rodolfo creía que siempre lo sería, además tenía una figura envidiable, a base de mucho esfuerzo, lógicamente. Él lo sabía bien, porque hasta que apareció

León, Rodolfo había sido su mejor amigo y casi su único acompañante, en gran parte, era plenamente consciente de ello, por su condición de homosexual.

Deborah había crecido volcada en su música, sin tiempo para los hombres, o por lo menos hasta León, no había encontrado a ninguno, que le hubiera hecho desviar su atención de la batuta. Cuando se conocieron, Rodolfo estaba seguro de que ella se había relajado al ver que, con él, no tenía que estar a la defensiva, porque no iba a intentar conquistarla. Durante muchos años se

habían acompañado mutuamente a todo tipo de eventos, habían sido una época maravillosa para Rodolfo hasta que León apareció en sus vidas, entonces todo cambió.

Por supuesto, él lo entendió y se hizo a un lado sin poner ningún problema, admitiendo seguir siendo su amigo en las contadas ocasiones en que ella lo había necesitado. Tenía que reconocer que Deborah había hecho un esfuerzo para que su amistad no desapareciera, y de vez en cuando tenían alguna comida a solas, o alguna salida a

un teatro a la que León no iría ni borracho.

—Tranquilízate, yo estaré allí, no me separaré de tu lado hasta que llegue tu marido, si quieres.

—Gracias querido, siempre puedo contar contigo—le dio un beso en la mejilla intentando sonreír, aunque notó un aura de tristeza en ella.

—Estás triste ¿es porque te vas?
—lo miró sorprendida por su agudeza.

—Sí, no pensé que me iba a dar tanta pena irme, pero sí, me siento melancólica, llevo varios días así—se

miró en el espejo extendiendo con suavidad el colorete sobre las mejillas —pero no me arrepiento de haber aceptado, es una gran oportunidad.

—Desde luego—y lo pensaba de verdad, a algo así no podía negarse nadie.

Una de las orquestas más importantes del mundo, le había ofrecido una dirección permanente, y ella sabía que era ahora o nunca. Había accedido conociendo el cambio que supondría en su vida, el contrato era por dos años, y había estado preparando el

viaje cerca de tres meses. Incluso Rodolfo la había acompañado a buscar un piso allí, habían pasado un par de días maravillosos, que les habían recordado los viejos tiempos.

Observó cómo terminaba de construir esa capa sobre su piel que la protegía de los demás, y cuando terminó se giró hacia él para que opinara, y su amigo no pudo menos que decir,

—¡Bellísima! —ella sonrió, y se levantó.

—Vámonos, dejaré una nota en la

taquilla para León, por si volviera—
buscó en el bolso que tenía encima de
una silla cercana hasta sacar su móvil—
no ha contestado al WhatsApp que le he
mandado, ni siquiera lo ha leído—
estaba comenzando a enfadarse, si no
quería ir a la cena, por lo menos podía
habérselo dicho—está bien, vámonos.

Los dos salieron del camerino en
silencio, rozando la fila de maletas que
un transportista iría a recoger al día
siguiente, para llevarlas a Santander, al
ferry que las trasladaría a Inglaterra.

TRES

La cena estaba siendo un éxito, los anfitriones, Víctor y Margarita Rosales eran un matrimonio de ancianos, conocidos mecenas de la música. Habían sido muy buenos amigos del padre de Deborah, y cuando este murió, habían ayudado en lo que habían podido, tanto a Deborah como a su hermano. Víctor se levantó y golpeó

delicadamente con la cucharilla de postre, la copa de vino, lo que provocó que su mujer le dijera:

—Víctor, cuidado con la cristalería—todos rieron al escucharla, él incluido.

—Por supuesto querida, era para llamar la atención de nuestros amigos—cuando vio que todos habían dejado de hablar para escucharle, les dijo—permitid que diga unas palabras—su mirada, cariñosa, se dirigió a la homenajeadá, que estaba sentada a su lado y que intentaba mantener la sonrisa

—Deborah, solo quiero transmitirte lo increíblemente felices, que nos has hecho a todos los que hemos tenido el privilegio de poder seguir tu evolución personal y artística, hasta llegar a la cima de tu carrera. Hoy has demostrado, una vez más, que un concierto no es solo una orquesta, una partitura y un director —cogió la mano derecha de Deborah y la levantó levemente para que todos la vieran—con esta mágica mano—todos aplaudieron al ver el gesto—esta noche, nos has transmitido el alma de la música, que nos ha atravesado en

ocasiones con delicadeza, y en otras con la furia de una fuerza de la naturaleza. Solo quiero añadir que tu padre estaría, aún más orgulloso de ti, de lo que ya lo estaba cuando nos dejó.

El anfitrión se sentó entre aplausos y Deborah se levantó, después de agradecer las palabras de Víctor, le dio un beso en la mejilla, y entonces vio la luz intermitente en su móvil, y se sentó precipitadamente, y todos volvieron al postre, en un ambiente aún más relajado.

Deborah buscó el mensaje con el

corazón en la garganta, ya eran las once y media de la noche y León seguía sin aparecer, entonces leyó el WhatsApp:

“No te preocupes, estoy bien, pero me ha surgido algo muy importante. Mañana por la mañana paso a buscarte a casa de los Rosales. Te lo contaré todo cuando llegue, creo que estaré allí sobre las diez. Te quiero, nos vemos mañana”

Respiró profundamente después de leerlo y tocó suavemente el brazo de Rodolfo, al que tenía sentado a su izquierda, en el lugar que tendría que haber ocupado su marido. Su amigo lo

leyó asombrado:

—¿No lo vas a llamar? —ella asintió susurrando,

—Sí, pero no quiero hacerlo aquí. Le he llamado varias veces antes de la cena, pero no lo coge—él miró alrededor, tenía razón, todos estaban mirándola y querían hablar con ella, en el momento en que terminaran de cenar, se lanzarían a su cuello—voy a ir un momento al baño y le llamo desde allí—él asintió, era la única manera de que pudiera hacerlo con algo de privacidad. Entendía que no quisiera que todo el

mundo se enterara, de que su marido se había ido sin decirle nada. Durante la cena lo había excusado diciendo que tenía que terminar un trabajo, antes de volar al día siguiente a Londres.

Volvió a intentarlo un par de veces sentada en el borde de la bañera, pero seguía sin contestar. Se retocó el maquillaje, por costumbre, con la polvera, y luego salió intentando sonreír.

Al día siguiente estaba desayunando sola en el comedor

familiar de la casa de los Rosales, cuando su hermano irrumpió en la habitación adelantándose al criado que le anunciaba, ella le hizo un gesto al hombre para que se fuera, y miró a aquel extraño al que años antes había querido tanto.

—¡Deborah, al fin! —suspiró hondo intentando mantener la calma, esta era su peor pesadilla, que su hermano consiguiera encontrarla a solas, para intentar envolverla en alguna de sus infinitas mentiras.

—Hola Charlie—como no había

nadie más que ellos delante, no hicieron el teatro que habitual de saludarse con dos besos—¿quieres algo? —hacía muchos años que sabía, que a su hermano no le interesaba nada más que el dinero. Su padre le había dejado una gran fortuna que había conseguido dilapidar increíblemente rápido, una gran hazaña incluso para él.

—¡Sabes que sí, te dije que necesitaba pedirte algo! —Deborah escuchó una conversación de alguien que se acercaba,

—Está bien, vamos al despacho

de Víctor—aquella casa era como si fuera suya porque, desde pequeños habían pasado allí incontables tardes y fines de semana.

Se levantó y cruzó el pasillo, sabiendo que él la seguiría. Entró primero, siendo seguida por Charlie, que cerró la puerta, ella se sentó en el sillón que había junto a la chimenea, ahora apagada. Entonces le miró fijamente, aunque no quería hacerlo porque conocía las huellas que encontraría en el rostro de su hermano, y que no estaban provocadas por el paso

del tiempo. Ya no tenía paciencia para tratar con él, le había tapado demasiadas cosas, algunas en contra de sus principios, cumpliendo la promesa que había hecho a su padre, pero ya no podía más.

—¿De verdad pensabas irte sin que habláramos? —la especialidad de su hermano era hacerse la víctima, como ahora,

—Sí, como comprenderás, después de la última vez, no tengo ganas de hablar contigo. Todavía recuerdo los adjetivos que me dirigiste—sonrió

irónica antes de recitarlos, desgraciadamente para él, tenía una memoria envidiable—creo que empezaste llamándome puta, y que me lo dijiste varias veces... lesbiana, también fue una perla que salió de tu boca, y, déjame pensar... ¡ah, sí!, hija de puta también, esto último, en un par de ocasiones. Sin tener en cuenta que amenazaste con matarme, cuando te dije que no te daría más dinero—suspiró, estaba demasiado cansada para esto—Charlie esto ha llegado a un punto que ni siquiera por la memoria de papá, estoy

dispuesta a aguantarte más.

—¡No, no!, escucha— se acercó a ella, pero al ver que se ponía rígida, retrocedió—¡esta es la última vez!, me quiero ir de España, me ha surgido un negocio que...

—Los dos conocemos tus negocios. No, se acabó tirar miles y miles de euros, para que viváis a lo loco tú y tu mujer durante unos meses, y que cuando acabes con el dinero, vuelvas a por más. Me conozco todos tus trucos, y ya se ha terminado—le miró con toda la dureza que fue capaz, para que viera que

hablaba en serio— tengo una propuesta para ti, te la iba a hacer desde Londres, pero me da igual hacértela aquí— observó el rictus malvado de su hermano, y las circunferencias negras alrededor de los ojos, que no auguraban nada bueno. Le había llevado, por lo menos, una docena de veces a todo tipo de centros para que se desintoxicara, pero no había sido capaz de conseguirlo. Todos los médicos le habían dicho que, su hermano no tenía ninguna voluntad de dejar la droga, y que así, era imposible que lo consiguiera,

—Está bien a ver qué mierda se te ha ocurrido—ella apretó los dientes, y consiguió no responderle, se había prometido intentar mantener la calma

—He decidido darte una cantidad al mes, ni un euro más—le señaló con el dedo, no pudo evitarlo— si me sigues dando el coñazo, o vuelves a pedir dinero a uno solo de mis amigos, incluyendo a Víctor y Margarita, olvídate de mi dinero para siempre. Ni un euro más—los ojos de él se agrandaron, ante la idea de tener un dinero fijo de nuevo al mes. Claro que

ella sabía que lo que le iba a dar, aunque era una cantidad enorme para una familia normal, para él sería una propina. Desde luego con eso no tendría para los vicios a los que estaba acostumbrado—a partir de este mes, si estás de acuerdo, te ingresaré 6.000 euros al mes en tu cuenta.

—¡Eso es una mierda!, los dos sabemos lo que te dejó papá, mucho más que a mí, para que me ayudaras—gritó, como volvió a acercarse a ella, se levantó y le miró a los ojos, no pensaba dejarse amedrentar.

—He cumplido de sobra con la promesa que le hice a nuestro padre, no me siento obligada a hacer nada más. Esto es lo último que te ofrezco, pero si no lo quieres por mí estupendo. Durante dos años, por lo menos, no voy a estar aquí para pagar tus platos rotos. Así que despídete de conseguir nada más de mí, ¿se te ha ocurrido empezar a trabajar o eres muy mayor? —cuando vio que ella se iba, cambió de opinión

—¡Está bien, está bien!, pero págame también el mes pasado.

—Mañana te ingresaré lo de este

mes y nada más, y recuerda—le miró a los ojos, y se estremeció al ver la muerte acechando en los de él—un escándalo o que alguien me diga que le has sacado dinero, y olvídate, tú y tu mujer tendréis que poneros a trabajar—después de dejar a su hermano temblando por la ofensa, se fue a su habitación. Se le habían quitado las ganas de desayunar.

CUATRO

Deborah sentía un fuerte dolor de cabeza provocado en parte por su hermano, y, sobre todo, por la desaparición de León. Volvió a mirar el móvil para saber la hora, ya eran las once de la mañana. Decidió ir a ver a Víctor, tenía que hablar con él,

necesitaba ayuda, y él conocía a mucha gente.

—Pase—asomó la cabeza como hacía cuando era una adolescente y entraba a su despacho, para contarle sus problemas, Víctor al verla sonrió y se levantó:

—¡Deborah!, creía que estarías durmiendo, ¡estarás muy cansada después de la representación de ayer! — la besó suavemente en la mejilla y cerró la puerta cuando ella entró—siéntate por favor, no te hemos querido molestar, por eso he pedido que no te avisaran para

que desayunaras con nosotros.

—No pasa nada—se frotó la sien derecha inconscientemente, el lugar donde siempre empezaban sus jaquecas —

—¿Te duele la cabeza? —ella asintió, todos conocían su enfermedad, en ocasiones, el dolor era tan fuerte que tenía que quedarse acostada en su habitación, a oscuras, durante un día o dos. Había consultado a muchos especialistas, y todos le habían dicho lo mismo, las jaquecas estaban provocadas por la tensión o el nerviosismo, la única

solución era que consiguiera relajarse más. Pero eso para ella era imposible.

Cuando abrió los ojos, porque los había cerrado al ver que Víctor había salido de la habitación, tenía ante ella una pastilla que reconoció al instante, y un vaso de agua. Se la tragó agradecida,

—Muchas gracias Víctor—él sonrió contento por su previsión, desde que comenzó a tener jaquecas cuando era todavía una adolescente, siempre tenía en su casa la medicación que tomaba, por si estando allí comenzaban los síntomas. Se sentó en su silla

habitual ante el escritorio y cruzó las manos esperando a que ella hablara, Deborah suspiró, dejó el vaso sobre el escritorio, y le confesó lo que sentía,

—Llevo unos días tan terribles que me extraña que no me haya dado antes, ¿te acuerdas lo que te conté de las termitas? —él asintió—es el motivo por el que he dormido esta noche en tu casa. Pues no te imaginas cómo lo he pasado para organizar, todo lo que me quería llevar a Londres, en solo un día. Además, había dado un par de días de vacaciones a las dos doncellas antes de

irnos. Si no fuera por Juan, no sé qué hubiera hecho.

—Él es el que me ayudó a hacer el equipaje, y luego lo llevó al teatro solo, tuvo que hacer dos viajes con el coche grande. Todo eso teniendo la representación al día siguiente, con los ensayos de última hora...en fin que creía que me daba un infarto—suspiró, Víctor la veía muy pálida, pero no quería interrumpirla, sabía lo que le costaba abrirse a los demás.

—Cuando terminó el concierto pensé, bueno, ya se ha acabado, ahora la

cena en casa de Víctor y Margarita, y mañana a volar a Londres. Mi idea era aclimatarme a la ciudad antes de comenzar el trabajo, porque mi contrato no empieza hasta dentro de un mes. Y de repente, León desaparece, y ahora, no sé qué hacer—le miró desesperada, él nunca había visto esa expresión en su rostro.

—Tranquila, aparecerá, ya lo verás. ¿No se te ocurre nadie que pueda saber dónde está? —ella se mordió el labio y apartó la mirada, Víctor se inclinó sobre la mesa extrañado,

—Deborah, ¿qué es lo que sabes?, creía que esto te había pillado por sorpresa—volvió a mirarlo de frente, pero esta vez tenía lágrimas en los ojos. Tampoco recordaba haberla visto llorar antes.

—Hace unos meses...hubo una mujer, creo que duró unas semanas, cuando me enteré, discutimos y le dije que me divorciaría, pero me aseguró que había sido solo algo pasajero y que iba a dejarla. Estoy segura de que lo hizo, pero poco después me dijo que ella le perseguía, le mandaba Whatsapps y le

llamaba continuamente, a pesar de que él le pidió que no volviera a ponerse en contacto con él.

—¿Sabes quién es? —ella asintió, dudó un momento, pero finalmente se lo dijo,

—Martina Rey—él la miró incrédulo

—¿La madame?

—Sí, al parecer se conocieron casualmente, y se encaprichó de él. Esta noche no he pegado ojo pensando si esa mujer ha podido hacerle algo—en sus ojos pudo ver el sufrimiento que había

pasado.

Martina Rey era la famosa dueña de un prostíbulo del más alto nivel en Madrid, nadie conocía sus orígenes, de hecho, eran algo misteriosos. En pocos años se había hecho muy famosa, e incluso se le admitía en algunas casas de la alta sociedad, a pesar de su profesión o precisamente por ella, Víctor nunca lo había sabido. Contrariamente a lo habitual en las mujeres de su profesión, era muy joven, no creía que tuviera más de veinticinco años, con un cuerpo escultural, rubia y con unos enormes y

exóticos ojos dorados. Era una de las mujeres más bellas que había visto, no le extrañaba que hubiera llamado la atención de León.

—Sí, sé lo que estás pensando— se encogió de hombros—yo también pienso que es muy atractiva, pero León me dijo que también es tremendamente posesiva, y que se había liado con ella en un momento de locura, que no la quería—suspiró mirándose las manos—yo lo perdoné Víctor, y estoy segura de que anoche pasó algo, sino estaría aquí. Ayer durante la cena, recibí un

WhatsApp, mira—le enseñó el mensaje —por eso estoy tan nerviosa, hace más de una hora que debería haber llegado— Víctor asintió haciéndole un gesto para que se tranquilizara,

—Está bien, tranquilízate, llamaré a mi amigo comisario, a ver si puede decirme algo. Y, hablando de otro tema ¿qué quería tu hermano?

—¡Ufff! —resopló, echándose hacia atrás en la silla —ya sabes, lo de siempre. Está fatal otra vez.

—Entiendo, si quieres, me ocupo yo de él, ahora que tú te vas a ir...

—¡No se te ocurra!, ya le he dicho que le daría una cantidad todos los meses si me deja tranquila, a vosotros, y al resto de los amigos también. Con lo que le voy a dar tiene para vivir como un rey, pero no para los vicios, claro.

—Sí hija, hay personas así, y no podemos hacer nada por cambiarlas.

En ese momento llamaron a la puerta, y asomó la cabeza la criada,

—Perdone señor, pero ha venido Juan Corona, pregunta por la señorita Deborah—Víctor asintió sin preguntar a su protegida, conocía la relación de

Deborah con él,

Juan entró y se dirigió a Deborah, a la que besó en la mejilla, y luego saludó a Víctor con una inclinación de cabeza, éste hizo lo mismo, aunque siempre se había sentido algo extraño en su presencia. Se le hacía raro que el chófer, mayordomo y hombre de confianza de ella, la saludara como si fuera de la familia, pero esa era una costumbre que había heredado de su padre, así como había heredado su dinero, e incluso a Juan. Víctor le hizo un gesto para que se sentara junto a ella,

—¿Cómo estás? —Juan parecía preocupado, como todos

—Regular, León sigue sin aparecer—él asintió con cara pensativa

—¿No sabes dónde puede haber ido?

—Acabo de decirle a Víctor lo de Martina Rey—miró al dueño de la casa para decirle algo que se le acababa de ocurrir—por cierto, ya que está aquí Juan, él podrá contarte algo más, creo que habló en alguna ocasión con León sobre ella...

Víctor miró a Juan sorprendido,

—¿Y qué te dijo?

—Poca cosa—se encogió de hombros—le oí discutir con alguien por teléfono en la terraza, y cuando colgó me dijo que había mujeres que no admitían un no por respuesta—echó un vistazo a Deborah antes de seguir—yo ya sabía lo de Martina Rey, y no me extrañó que ella se aferrara de esa manera—miró a Víctor intentando explicárselo— tiene fama de exprimir a los hombres, antes de escupirlos como si fueran la cabeza de una gamba. Y debía pensar que todavía no había acabado con él.

—Está bien, voy a llamar a Enrique ahora mismo, ¿a qué hora sale el avión?

—A las siete

—Bueno, tenemos ocho horas para encontrarle, pero estoy seguro de que aparecerá antes y te dará una excelente explicación.

—Ojalá—salieron los dos de la habitación para dejarle hablar. Mientras se alejaban del despacho, escucharon la voz de Víctor saludando a su amigo por teléfono.

Pero León no apareció esa mañana, ni siquiera esa tarde, motivo por el que nadie viajó a Londres, y al día siguiente Deborah se presentó, acompañada por Víctor y Juan, en la comisaría más cercana, para denunciar su desaparición. A esas alturas, ella estaba convencida de que le había ocurrido algo horrible, estaba destrozada y cada día se sentía peor. Aunque sus más íntimos, entre ellos Víctor, le pedían que tuviera esperanza, ella no podía.

Al menos gracias a la influencia de Víctor, en pocas horas, apareció un detective de la policía en la casa, para hacerle algunas preguntas, a pesar de que en la comisaría ya había dicho todo lo que sabía. Además, la prensa ya se había enterado de que ocurría algo, habían estado de guardia en el aeropuerto para tomar fotos de ella y de su marido cuando salieran hacia Londres, y así supieron que no habían cogido el vuelo. Al menos todavía no sabían dónde estaba alojada, y esperaba que no se enteraran.

Decidieron que le recibiría en la biblioteca, una habitación tranquila y acogedora, allí lo esperó sentada tomando un descafeinado porque ya llevaba tres cafés esa mañana. El móvil estaba sobre el brazo de su sillón, ya que no podía dejar de mirarlo cada cinco minutos. Por fin entró el detective, junto con Víctor, que seguramente le había leído la cartilla para que fuera cuidadoso,

—Querida, este policía es Germán Cortés—ella sonrió sin poder evitarlo—sí, yo también le he preguntado si es

familia del conquistador—el policía sonrió mientras les explicaba

—Mi madre es extremeña y tiene un gran sentido del humor, le hizo gracia ponerme Germán, porque sabía cómo iba a sonarle a la gente cuando escucharan mi nombre y el apellido por primera vez. La mayoría de los que lo escuchan, me preguntan si soy descendiente de Hernán Cortés—movió la cabeza sabiendo que era imposible que, sin conocerla, entendieran el sentido del humor de su madre—esta situación le hubiera encantado, es una

mujer muy particular—Deborah sonrió y le hizo un gesto, para que se sentara en el sillón que había frente a ella. Víctor permanecía de pie a su lado, por eso a ella no le extrañó que el policía se dirigiera a él,

—Perdone señor Rosales, pero me gustaría que la señora y yo habláramos en privado—el aludido se irguió y frunció el ceño, pero Deborah le cogió de la mano y le susurró,

—Está bien Víctor, por favor—asintió con una última mirada de advertencia al detective, y se fue.

—¿Le importa que grabe la conversación? —ella negó con la cabeza y él dejó, encima de la mesa que les separaba, un grabador muy fino. Deborah aprovechó para observarlo, era un hombre muy atractivo, tendría unos treinta años, era moreno con algunas canas y el pelo corto, y tenía los ojos azules bordeados de unas pestañas negras, que para sí las hubiera querido ella.

—Está bien, cuénteme con sus propias palabras lo ocurrido, luego le preguntaré las dudas que tenga—ella lo

hizo, respiró hondo e intentó ser clara y no dejarse llevar por la emoción, mientras le explicaba solo los hechos.

—Es decir que desapareció al final del concierto, ¿lo había hecho alguna vez antes? —ella negó con la cabeza,

—No, tanto Silvia, mi secretaria, como un amigo, Rodolfo, le vieron mirar el móvil antes de irse, como si hubiera recibido un mensaje o algo así. Cuando miré a su sitio durante el saludo final, él ya no estaba.

—De acuerdo, y ¿usted qué cree

que le ha podido pasar?

—No lo sé—suspiró afligida—pero ha tenido que ser algo grave para que no haya vuelto. Al principio me tranquilizó el mensaje que recibí anoche—ya le había enseñado el WhatsApp, y él le había hecho una foto, y le había dicho que era posible que tuviera que llevarse el móvil más adelante—pero ahora, al no aparecer a la hora que ha dicho, hace que esté más preocupada. Es imposible que se haya ido voluntariamente, sabía que nos íbamos a Londres ayer y lo importante que era. Y

encima, no puedo volver a mi casa.

—¿Y eso? ¿por qué? —parecía un buen policía y un hombre agradable.

—Hemos tenido un ataque de termitas hace unos días. Un desastre, tenían que fumigar enseguida, porque la mayor parte de mi casa está construida en madera. Afortunadamente, Víctor y Margarita me ofrecieron quedarme aquí.

—¿Los conoce hace mucho tiempo?

—Sí, desde pequeña, eran amigos de mi padre. Cuando él murió, siendo yo adolescente, ejercieron como nuestros

padrinos.

—¿Nuestros? —le miró, los dos sabían que conocía perfectamente la existencia de su hermano, porque había tenido muchos problemas con la ley, pero decidió seguirle el juego

—Sí, por supuesto también ayudaron a mi hermano.

—Hábleme de su hermano—ella se movió en el asiento algo incómoda,

—Sí, de acuerdo, pero por favor tutéame, no me gusta que me llamen de usted, me da la impresión de que soy mucho mayor de lo que soy—él sonrió

enseñando apenas los dientes, lo que aumentó su encanto.

—Por supuesto, Deborah, entonces, háblame sobre tu hermano.

—Como estoy segura de que sabrás, mi hermano es el típico hombre que ha sido problemático desde la adolescencia. Para mí ha supuesto, desde que yo recuerde, una piedra atada a mi cuello. Hoy en día sigue dándome problemas—se encogió de hombros—supongo que será así hasta que muramos uno de los dos.

—No parece que os tengáis mucho

cariño—el comentario la sorprendió.

—¡Ah!, yo lo quería mucho cuando era un niño revoltoso y gritón, pero dejé de hacerlo después de años de mentiras, insultos, y robos en mi casa o la de mis amigos. A nadie le gusta que le estén dando palos continuamente.

—Es cierto. O sea que debería de hablar con él ¿no? —ese comentario la sorprendió.

—¿Con Charlie?, no, ¿por qué? —lo miró a los ojos.

—Todavía no sabemos nada de la investigación, pero supongamos que

alguien retiene a...—abrió su libreta y leyó—León, tu marido contra su voluntad, es decir que le hubieran secuestrado ¿no es posible que hubiera sido tu hermano para pedirte un rescate, y, además, así, aprovecharía para vengarse de ti?

—Podría ser, pero no le creo capaz de eso.

—La gente nos sorprende continuamente con las cosas que son capaces de hacer. Sigamos, dime quién vive contigo habitualmente,

—A ver, aparte de mi marido, por

supuesto, está Juan Corona, mi asistente personal, y aunque no vive conmigo, pero la veo todos los días, Silvia mi secretaria, Beatriz, mi doncella, y otra criada que se llama Francisca.

—De acuerdo, luego me darás sus datos, sobre todo el teléfono de contacto para localizarles, y poder hablar con ellos—ella asintió de nuevo.

—Y ahora la pregunta más importante de todas, en la denuncia has declarado que crees saber quién es la persona, que está detrás de la desaparición de tu marido, ¿sigues

pensando lo mismo?

—Sí.

—¿Esa persona es Martina Rey, la mujer que conocida como la madame de los famosos?

—Sí, mi marido tuvo un lío con ella durante unas semanas, y luego, cortó la relación, pero ella no lo admitió. Juan lo escuchó hablando con ella.

—¿Tú la conoces?

—No.

—¿No la has llamado por teléfono ni nada parecido? ¿nunca?

—No, si mi marido quería irse

con ella era su decisión. Me puse como loca con él, tuvimos varias broncas tremendas, y le dije que se fuera, pero no quiso. Mi problema era con él, no con ella,

El policía la miró atentamente y asintió, se levantó y le dijo,

—De momento tengo suficiente para empezar—sacó su móvil y se puso a teclear—tengo tu número por la denuncia, te mando el mío, y por favor, en cuanto puedas, envíame los contactos de las personas de las que hemos hablado—ella asintió y se levantó para

despedirlo,

—Deborah, antes de seguir, quiero que sepas que estuve en tu concierto de despedida porque me encanta tu trabajo —ella lo miró con los ojos desorbitados —y estuviste magnífica—él sonrió sabiendo que aquello no era demasiado profesional— Si sabes algo nuevo llámame por favor, me mantendré en contacto.

Se marchó cerrando la puerta tras de sí suavemente.

CINCO

U n par de semanas después...

Natalia salió de la consulta andando, apoyada en sus muletas, pero por fin sin escayola, y buscaba un taxi cuando lo vio. Estaba apoyado en su coche, con los brazos cruzados, y la miraba con mala cara, vamos que estaba cabreado. Se acercó, y ella intentó zafarse para seguir andando, pero era

realmente difícil hacerlo en su situación,

—Vamos, Natalia no seas infantil

—ella tiró del brazo que él le había cogido intentando soltarse, y con el forcejeo se le cayó la muleta, entonces, para no perder el equilibrio apoyó el pie malo. El dolor que sintió era tan fuerte que se mordió los labios intentando no gritar, mientras se le iba el color de la cara por el mareo, cerró los ojos.

Roberto se había agachado a por la muleta y al erguirse de nuevo, y ver su palidez, maldijo, utilizando varias palabras desagradables que ella no le

había escuchado nunca. Entonces le dijo, —Sujétate—y la levantó en brazos para llevarla al coche. Natalia casi no le escuchaba, estaba tan mareada que solo se podía concentrar en respirar profundamente.

La sentó con cuidado para que no se hiciera daño, luego la giró metiendo él mismo las piernas en el coche, y cerró la puerta. Después de sentarse él mismo, dejó las muletas y el bolso atrás, y esperó a que abriera los ojos. Natalia había recostado la cabeza en el asiento, y todavía tenía una mueca de dolor en

los labios. En cuanto se encontró mejor, lo miró, se tranquilizó un poco al ver que, por lo menos, parecía arrepentido,

—Lo siento Natalia, por favor, déjame que te lleve a casa, y que te ayude, ¿por qué no quieres nunca que te ayude? —ella volvió la vista hacia la ventanilla sin saber muy bien qué contestar. Esta faceta de Roberto, en la que parecía que le importaba, era más difícil de resistir que cuando era prepotente.

—Está bien, llévame a casa— sentía un latido constante en el pie, no

tenía ganas de discutir.

—¿Te sigues encontrando mal? ¿te duele? —puso el coche en marcha mientras le preguntaba, ella asintió.

—Me ha dicho el médico que es normal que al principio me duela, pero que no deje de hacer los ejercicios de rehabilitación, y que tenga paciencia.

—Menos mal que tienes a Francisca, lo mismo me dijo tu madre el otro día. Tus padres estaban en casa de los míos, cuando fui a visitarlos—le echó una mirada rápida, porque tenía que prestar atención al tráfico, pero en

cuanto vio su cara de culpabilidad sintió que se le calentaba la sangre—¿ya no está contigo? No puede ser, ¡si no puedes estar sola!, te llevo a casa de tus padres—ella lo miró sobresaltada, ¡sería capaz!

—¡Ni se te ocurra!, bastante tienen con mis sobrinos, no pueden estar cuidando de mí,

—Me da igual lo que digas, si quieres llamo a tu madre y le preguntamos. Eres como una niña pequeña, no sé lo que te pasa por la cabeza—Natalia, a pesar de que la

seguía doliendo como un demonio, se irguió en el asiento y le dijo, con su mejor voz de ultimátum,

—Te juro que como no me lleves a mi casa, no te vuelvo a dirigir la palabra en la vida, y ya me conoces cuando se me mete algo en la cabeza— él la observó incrédulo, y apretó los labios en una fina línea, enfadado, pero siguió conduciendo sin volver a abrir la boca. Llegaron a casa de Natalia, e intentó ayudarla a bajar, pero ella no se dejó. A pesar de su resistencia, la acompañó a su piso, y entró con ella.

Entonces vio el estado del salón y de la cocina, ella algo avergonzada le dijo

—Llevo un par de días con dolores, y no he podido hacer las cosas de la casa. Francisca se fue hace semanas—se sentó con un fuerte suspiro en el sillón que ocupaba habitualmente, Roberto se acercó y le colocó la pierna en una silla para que no la molestara. Observó cómo se frotaba suavemente el lugar del pie donde le dolía, mientras él sentía cómo le picaban los dedos por la necesidad que tenía de tocarla. Sacudió la cabeza regañándose a sí mismo, y

comenzó a recoger los platos y vasos que había encima de la mesa del salón, y a llevarlos a la cocina. Una vez allí, comenzó a llenar con ellos el lavavajillas, escuchó la pregunta de ella, que intentaba quitar hierro al asunto,

—¿Me vas a cobrar mucho la hora?

—No tienes suficiente dinero para pagarme—contestó con otro grito, aunque sonreía. Sabía muy bien que hacía con él lo que quería, siempre lo había hecho, reconoció ante sí mismo, con los brazos metidos en espuma hasta

los codos.

Cuando volvió al salón, ella miraba su móvil, parecía contestar algún mensaje. La miró, sin preguntar, para que no volviera a enfadarse, pero no hizo falta,

—Es Francisca, le pasa algo—se sentó a su lado leyendo el WhatsApp que le mostraba:

“Natalia, perdona que te moleste, pero estoy muy preocupada, ¿te importaría que fuera a verte mañana por la mañana, que es cuando libro, y así

charlo contigo? No me atrevo a escribir nada más, el resto te lo diré en persona”

Natalia le contestó que fuera cuando quisiera, y habían quedado a las nueve de la mañana.

—¡Qué raro!, ¿dónde está?

—Eso es lo que te iba a contar antes, cuando te has puesto un poco...— le sonrió irónica—un poco paternal vamos a decir. Está trabajando en casa de Deborah Bohnett...

—¿La directora de orquesta?

—Sí, era una buena oportunidad, el sueldo era estupendo, el doble de lo

que yo la pagaba, y toda la familia se trasladaba a Londres, pero la condición era que tenía que entrar a trabajar enseguida, porque se mudaban días después. Claro que después de lo que ha pasado, siguen en Madrid. La última vez que hablé con ella me dijo que no sabía lo que decidiría su jefa en cuanto al viaje, porque parecía que la investigación de la policía estaba atascada.

—¿El marido sigue desaparecido?

—Por lo visto sí, creo que la policía empieza a pensar, que ha podido

ser un secuestro que ha salido mal. Eso me dijo un amigo poli—debido a su trabajo como fotógrafa, tenía que trabajar muy a menudo con la policía. En realidad, trabajaba con personas muy distintas, y se movía por todo tipo de sitios, ya que la mayoría de las veces trabajaba por encargo.

El accidente que había hecho que se rompiera el fémur, había ocurrido conduciendo un coche de carreras para un evento benéfico, en el Circuito del Jarama. Su amigo Paul, otro fotógrafo, le había pedido el favor de que

participara, porque en el último momento se le habían caído varios participantes, y no encontraba a nadie que les sustituyera. Desgraciadamente ella dijo que sí.

No le pareció difícil, su única preocupación era no correr demasiado, pero no supo porqué en una curva perdió el control del volante, y el coche se salió del circuito. No se enteró de nada más, porque se desmayó. En ese momento recordó algo en lo que no había vuelto a pensar y se lo dijo a Roberto, que estaba masajando

suavemente su pie, consiguiendo que el dolor se atenuara un poco. Además, le había traído una cápsula granate con un vaso de agua.

—Roberto, ¿te quedaste la primera noche en el hospital conmigo? —se acababa de acordar de que se había despertado llorando inconsolable, estaba en shock, y él la había abrazado, manteniéndola así durante largos minutos porque cuando intentaba separarse, ella se ponía histérica. Al final, tuvo que dormir con ella en la cama, en el filo del colchón. Lo miró

sorprendida,

—Es imposible que durmieras algo, si no tenías espacio—se puso colorado,

—No creí que lo recordaras, estabas sedada, pero te despertaste llorando y no te pude dejar sola. Llorabas como una niña, nunca te había visto así—se encogió de hombros.

—Muchas gracias Roberto, no lo había recordado hasta ahora, no sé por qué me he acordado de repente, y no te enfades, pero ¿por qué te quedaste conmigo? —él parecía abochornado.

—Sabía que tu familia estaba en el crucero, con la mía, los únicos que no habíamos ido éramos tú y yo. Mi madre dice que somos igual de insociables, como dos erizos—ella sonrió—tenía que ir a ver cómo estabas. Por la mañana, cuando me fui a trabajar, estabas más tranquila.

—No sé cómo has dejado que te trate así todas estas semanas, sólo tenías que haberme recordado cómo me eché a llorar en tus brazos, y me hubiera muerto de vergüenza.

—Jamás utilizaría eso en una

discusión, además, para mí fue un momento especial—la miraba de tal manera que tuvo que apartar la vista.

—Yo sí que lo utilizaría—aseguró, pero él negó con la cabeza.

—No, tú tampoco lo harías, te conozco perfectamente, y no lo harías. También sé por qué intentas apartarme, y en parte lo entiendo, pero tú también me conoces, ¿crees de verdad que vas a conseguir algo discutiendo conmigo? —ella suspiró

—Imagino que no, eres como un terrier, duro de mollera, como se te meta

algo entre ceja y ceja, que tiemble el mundo.

—Esto también lo dice mi madre

—Lo sé—miró a su alrededor—
muchas gracias por recoger, de verdad,
si no estoy mejor en un par de días,
buscaré otra asistenta. Pero me ha dicho
el médico que seguramente, mañana
estaré mejor.

—Sí, es probable, tómate la
pastilla para el dolor. Te dejo la caja
encima de la mesa—también vio una
jarra de agua con un vaso, el mando de
la tele, el móvil...

—Mira, tengo que ir a trabajar, pero luego puedo pasar a verte y de paso traigo algo de cena...—ella iba a contestarle como siempre, con un gruñido, pero vio algo en sus ojos que hizo que le dijera que sí.

—¡Estupendo!

—¡Pero si me traes comida vegetariana o algo así, me niego a comer!

—Está bien, existen los términos medios, incluso la comida china siendo buena, es mejor que una pizza.

—Me gustan los chinos.

—Vale—se despidió con la mano y cerró la puerta al salir, entonces ella cogió el mando de la televisión con una sonrisa. Le habían recogido la casa, y encima le traían la cena, no estaba mal para acabar el día.

Se desperezó lánguidamente, y maniobró con cuidado hasta sentarse en la cama al día siguiente, Roberto incluso le había ayudado a acostarse, motivo que había hecho que se fuera pronto a la cama y que estuviera tan pronto, a las seis de la mañana, despierta.

Posó con mucho cuidado el pie en el suelo y confirmó que no le dolía como el día anterior. Todavía no podía apoyar el peso sobre él, pero era una mejoría notable no sentir ese dolor continuo. Cogió las muletas y decidió ducharse lo primero, el no tener la escayola, hacía que fuera mucho más fácil hacer las cosas, sobre todo si no le dolía. Se desnudó y se metió en la ducha apoyándose en las paredes, y abrió el grifo para ducharse.

A las nueve en punto sonó la puerta, era él, le había dicho que se

presentaría para ver qué quería contarle Francisca. Decía que tenía curiosidad, pero no más que ella misma.

Cuando dieron las diez sin noticias de ella, Natalia estaba histérica,

—Le habrá pasado algo, a lo mejor ha surgido algo en la casa donde trabaja y no ha podido venir—intentaba tranquilizara

—Imposible, me hubiera avisado, ¡si aquí llegaba siempre quince minutos antes de su hora!, le ha pasado algo Roberto. Tengo que encontrar a alguien que me dé el teléfono de Deborah

Bohnett—comenzó a buscar en la lista de contactos de su móvil. Conocía a varios actores, actrices y cantantes. Estaba segura de que alguno lo tendría.

—No te lo van a decir, y seguro que no está en guía telefónica—llevó las tazas vacías a la cocina, mientras la escuchaba hablar con dos tipos que le dijeron que no lo tenían. Insistió con el tercero,

—Déjalo Natalia, no te lo van a dar—ella saludó a una amiga, una tal Carmen, mirándole con cara de cabreo, y le sonrió con suficiencia cuando dijo

—¿Me lo puedes dar?, si no te preocupes, lo apunto—puso el altavoz y lo tecleó en el mismo móvil—muchas gracias Carmen, sí, te llamaré, por supuesto.

Marcó a continuación, sin regodearse en el triunfo, lo que le indicó que realmente estaba muy preocupada,

—Buenos días, mire quería hablar con Francisca, había quedado con ella hoy, y no ha venido a casa—escuchó unos instantes y frunció el ceño antes de contestar—soy una amiga íntima, como si fuera de la familia, puede decírmelo

—Roberto se inclinó hacia ella, cuando vio cómo se le cambió el rostro por uno de terror. Se le cayó el teléfono y Roberto lo colgó antes de dejarlo en la mesa, luego cogió sus manos.

—¿Qué ha ocurrido? —ella le miró incrédula, abrió la boca, pero no pudo hablar, tuvo que volver a vocalizar para conseguir emitir dos palabras, cuyo significado todavía no conseguía que aceptara su cerebro,

—Está muerta.

SEIS

Germán Cortés estaba empezando a impacientarse, y no era algo que le ocurriera a menudo, buscó en su portátil el vídeo de la entrevista con Martina Rey y se puso los cascos para volver a visionarla. Iba a comenzar, cuando vio parpadear la señal luminosa de su teléfono, y se quitó los cascos para contestar, porque era su jefe. Colgó

enseguida, y se levantó dirigiéndose a su despacho. Imaginaba que el tema de la conversación sería la desaparición de León Muñoz, le habían reasignado el caso el día anterior, y seguramente le llamaría para comentarle algo.

Amaro estaba hablando por teléfono, y peleándose por sacar una pastilla de un blíster a la vez, Germán se lo quitó con cuidado, y la sacó dejándosela en mano, luego, se sentó frente a él. Su jefe colgó, y se tragó la pastilla antes de empezar a hablar.

—¡Estoy harto de este tema, me

caen broncas desde todos los sitios! Lo que me faltaba para la úlcera, —le miró suplicante— Germán, dime que tienes algo, por Dios.

—Jefe, me he puesto de nuevo con ello esta mañana, siguiendo tus instrucciones—suspiró haciendo acopio de paciencia— es imposible que haya descubierto algo en cuarenta minutos. Iba a volver a ver la declaración de Martina Rey, hay algo en esa mujer que no me cuadra. Por cierto, que todavía no he recibido el informe del equipo que lo ha llevado desde que yo lo dejé.

—No has recibido el informe porque no existe—lo miró asombrado—ya lo sé, no me digas nada. El inspector al que se lo dieron está con un pie fuera, asuntos internos está con ello.

—¡Vaya movida!, ¿por eso me has hecho abandonar lo de la presa?

—Sí, ya hay otro equipo que se ocupa de eso, todos los informes que te envíen, se los tienes que redirigir a Chacón.

—Está bien, pero debería terminar con eso y luego si quieres...

—¡No me toques los huevos

Germán!, ¡todavía me pitan los oídos por la bronca que me acaba de caer desde el Ministerio!, encárgate de esto, y no se hable más—le miró algo más calmado—ya sé que es una putada que te sacara de este caso para meterte en lo de la presa, pero se acojonó todo el mundo, incluyendo yo mismo pensando que era un acto terrorista. Cuando hemos confirmado que no lo era, puedes volver a dedicar toda tu atención a la desaparición de León Muñoz—ante la expresión contrariada de Germán, le dijo—si no fueras tan eficiente, no

tendrías estos problemas, pero eres el mejor hombre que tengo, y los de arriba lo saben.

—Está bien, iré a mirar ese vídeo de nuevo, quiero ver si encuentro algo extraño en su declaración.

—Pues no he conocido a nadie con tu olfato, así que fíate de él—su jefe, gordo, calvo y sudoroso, en ese momento era un espectáculo.

—¿Te encuentras bien? —estaba a punto de levantarse, pero Amaro le hizo un gesto para que no lo hiciera, haciendo caso omiso de su pregunta.

—Espera, hay algo más, esta mañana, en casa de Deborah, ha muerto una mujer del servicio—Germán se inclinó hacia delante con el ceño fruncido.

—¿Quién? —lo miró con el ceño fruncido, las dos eran jóvenes y parecían sanas.

—Una tal Francisca—Amaro miró una hoja para poder decirle el nombre.

—¡Ah, sí!, la nueva, parecía buena chica—suspiró— me imagino que no será una muerte natural, ¿no?

—Al contrario, al parecer sí lo es,

ha muerto en la cama. No obstante, quiero que estés pendiente, vamos a esperar a la autopsia y veremos. Pero según los compañeros que han visto la escena, no había pistas de que hubiera habido forcejeo en la habitación, ni nada parecido. Es posible que la chica haya muerto de un infarto.

—Posible es, y raro también. Claro que, mientras no tenga los datos de la autopsia...—se encogió de hombros.

—Bien, es de las pocas veces que estamos de acuerdo—Germán hizo una

mueca, pero no dijo nada porque era cierto, solían discutir mucho. Había ocasiones en las que no entendía las decisiones de Amaro, y no tenía ningún problema en decírselo—y lo último que tengo que comunicarte, es que como hay mucho interés en que termines este tema cuanto antes, te voy a poner ayuda extra—Amaro sabía que se iba a rebelar, porque Germán no quería compañeros. Y hasta ahora lo había respetado, debido a los éxitos que cosechaba, pero este caso era demasiado importante. Tenía demasiada presión de arriba para

solucionarlo cuanto antes.

—No me pongas un compañero, ¡no! —su jefe le interrumpió, saludando a la persona que entraba en el despacho en ese momento.

—Hola Martín, precisamente estoy hablando con tu nuevo compañero —Amaro desvió la mirada observándole fijamente a él, Germán frunció el ceño al notar la diversión en sus ojos—este es Germán Cortés, estoy seguro de que trabajaréis muy bien juntos.

—Hola—abrió los ojos como los

de un besugo cuando escuchó una voz femenina, se volvió y por poco se cae al suelo al ver a la mujer más espectacular que había visto, de cerca, en mucho tiempo. Era alta, con el pelo color castaño y unos ojos color miel enormes, aunque su belleza estaba en parte atenuada, debido a unas horribles gafas. Cuando consiguió centrarse, estrechó su mano y observó cómo se sentaba siguiendo las indicaciones de su jefe. Se avecinaban problemas.

Mientras se dirigían, minutos después, a la mesa que compartirían de

ahora en adelante, observó las miradas de envidia del resto de sus compañeros. Comenzó a limpiar la parte que le correspondería a ella, para que pudiera poner sus cosas. Había tenido el privilegio durante mucho tiempo de tener aquel rincón solo para él, pero solía haber dos detectives en cada una de esas mesas. Era la forma de trabajar del departamento, aunque habían hecho una excepción con él. Hasta ahora.

—¿Dónde estabas antes? —ella le miró y se mordió el labio, incluso le pareció que se ponía un poco colorada.

No tenía demasiadas ganas de hablar de su pasado—no te preocupes, no tenemos porqué ser amigos íntimos. Me imagino que tienes cosas para poner en la mesa.

—Sí, he dejado la caja en el coche, en el aparcamiento. Voy a por ella, vuelvo enseguida—él sintió que su voz sedosa y ronca, provocaba un estremecimiento que le recorrió la columna vertebral. Observó cómo se iba y a continuación escuchó los silbidos y groserías de sus compañeros, a los que les enseñó el dedo medio.

Un par de horas después iba a

ponerse a ver por fin el interrogatorio, cuando una mano pasó ante su cara, intentando llamar su atención, ya tenía puestos los cascos, y era posible que le hubiera dicho algo y que no la hubiera oído.

—¿Qué? —la miró algo harto, quería que le dejaran trabajar de una vez.

—Que si no te importa que lo vea contigo—él sacó otros cascos de un cajón, y se los dio, Martín los enchufó en la CPU que había bajo la pantalla, y se sentó a su lado. Germán movió su

silla para que estuvieran los dos, más cómodos y la miró, ella asintió preparada, había cogido una libreta y un boli. Buena señal, él también tenía uno en la mesa preparado para apuntar.

—Vamos allá.

Martina Rey, iba vestida como cualquier otra mujer de la calle, con un traje de chaqueta, que se le ajustaba como un guante, eso sí, pero que hubiera podido llevar cualquier ama de casa. Era una mujer muy guapa y lo sabía y miraba a todos con frialdad a través de

sus ojos de gata, sabiendo lo que pensaban al verla. No había hombre que tuviera delante que no se la imaginara desnuda, y parecía muy satisfecha por ello.

Entró en la sala de interrogatorios, y se sentaron uno frente al otro, Germán entonces, comenzó a realizar las preguntas habituales para que el interrogado se sintiera cómodo. Pero enseguida se dio cuenta de que ella estaba deseando hablar.

—Señorita Rey, si le parece vamos al grano—ella asintió—¿es

cierto que tuvo usted, durante un tiempo, una relación amorosa con León Muñoz?

—La relación no se cortó en ningún momento, hasta que él desapareció claro—los ojos de ella eran vehementes.

—Entiendo, según mi información, él había cortado la relación y usted no lo aceptaba—ella sonrió despectivamente

—No me extraña, teniendo en cuenta quien le ha dicho esas mentiras. León quería que nos casáramos, pero yo le dije que no, aunque él insistía—sonrió al recordar—creo que, en parte

era verdad que estaba enamorado de mí, y, por otro lado, que le encantaba cómo vivía conmigo. A León no le gustaba trabajar, ¿comprende?, y viviendo con su mujer, tenía que seguir haciendo sesiones de fotos, viajando por obligación para ir a sus conciertos...él no quería hacer nada de eso. Le gustaba vivir muy bien, sin obligaciones, y no le importaba que fuera a costa de alguna mujer. Además, su mujer ya no le atraía sexualmente, le tenía cariño, pero nada más. Según sus propias palabras, había envejecido.

—Entiendo—le había
desconcertado un poco esa contestación
—entonces ¿usted cree que había
hablado con su mujer para decirle que
no quería seguir con ella? —ella se
encogió de hombros

—Me dijo que sí, pero no estoy
segura de que fuera cierto, porque yo
sabía que mentía sin problemas, si era
necesario para sus fines. No me
malinterprete, a mí me gustaba mucho y
es posible que incluso me hubiera
casado con él, pero tenía los ojos muy
abiertos sobre su forma de ser, y, sin

embargo, creo que su famosa mujer siempre creyó que le podía cambiar.

—Tengo otra pregunta, ¿por qué habla de él en pasado?

—Porque estoy segura de que ha muerto—se inclinó hacia delante y Germán pudo ver sus ojos más de cerca, observando su dolor. A pesar de la forma que tenía de hablar de él, aquella mujer había amado a León Muñoz, seguramente aún le querría—si no fuera así, se hubiera puesto en contacto conmigo. Alguien le ha matado—se limpió disimuladamente el ojo derecho.

—¿Conoce a alguien que pudiera haberle secuestrado por alguna razón, o incluso matarle, como dice usted? ¿tenía enemigos?

—Desgraciadamente sí. Le gustaba jugar. De hecho, tenía un problema bastante grande con el juego— Germán frunció el ceño, ni su mujer ni nadie de su entorno se lo había dicho.

—No lo sabía, ¿en el casino?

—No, partidas de cartas ilegales, en casas particulares. A veces perdía mucho dinero.

—¿Y se lo daba su mujer?, sé que

no ganaba mucho como modelo, me han dicho que últimamente no tenía demasiado trabajo—ella le sonrió irónica, lo que le iba a contar para ella no era ninguna deshonra, pero sabía lo que significaría para su mujer y el resto de sus amigos.

—No sé cuánto dinero le daba su mujer, aunque debo reconocer que él siempre me hablaba bien de ella. Pero cuando necesitaba urgentemente dinero por sus deudas, y esto ocurría cada vez más a menudo, me lo pedía a mí.

—¿Y usted se lo daba?

—Más o menos, se lo tenía que ganar trabajando en mi casa

—Es decir...—quería que ella lo dijera.

—Sí, lo que está pensando detective, que León trabajaba como prostituto en mi establecimiento, cuando lo necesitaba. Así nos conocimos, nos presentó otro amigo con el que tengo el mismo acuerdo. Algunas clientas pagan una suma muy elevada por el privilegio de estar con un famoso. Él era guapísimo, y podía ser encantador cuando se lo proponía, la tarifa que

cobraba era una burrada, pero la pagaban.

—Entiendo—siguió preguntando por el resto de trabajadores de su negocio, y por el trato que tenía León con todos, y luego por el amigo que los había presentado, y si ella conocía a más amigos de León. Poco después se despidieron y se fue, luego la pantalla se puso negra. Se quitó los cascos al igual que su nueva compañera.

—¡Increíble!

—Sí

—Y lo más increíble, es que lo ha

contado como si nada, sin necesidad de presión...

—No te equivoques, esa mujer contó lo que quería que supiéramos—se levantó con la misma sensación que la última vez que había visto la grabación, y se dirigió a su compañera—Vamos a desayunar, llévate lo que has apuntado, y yo haré lo mismo, a ver si se nos ocurre algo.

Iban a entrar en la cafetería de siempre, donde iban todos los polis, cuando Martín le tocó el brazo

suavemente, la miró para ver qué quería

—¿Te importaría si fuéramos a otro sitio a desayunar? —él se encogió de hombros, pero pensó con pena en las dos porras grasientas que se tomaba todas las mañanas. La siguió hasta el VIPS que hacía esquina con la calle Alcalá, y entraron. Martín fue hasta el final del local, a una mesa circular que había en un rincón, donde podían sacar los cuadernos y hablar con tranquilidad. Las mesas estaban limpias, y había silencio, eran, junto con otra pareja, los únicos que había allí, si hablaban bajo,

nadie los escucharía. Pidieron el desayuno, y Germán le hizo un gesto para que empezara a decir lo que había apuntado,

—¿Te puedo preguntar algo antes?

—Claro, dime

—¿Por qué llevabas dos casos?

—él se encogió de hombros

—En realidad no llevaba dos, me apartaron de este para que llevara el de la bomba, ahora parece que este es más urgente—la miró y al ver que no comprendía, sintetizó—me han reasignado este, cuando se ha

confirmado que la bomba de la presa no era un atentado terrorista.

—¿y con quién más has hablado?, imagino que con la mujer...

—Está bien—le vendría bien recordar todo primero—a ver, primero hablé con Deborah Bohnett, y me pareció que estaba muy afectada por la desaparición de su marido, porque está muy enamorada. Piensa que Martina Rey ha tenido algo que ver en su desaparición, en concreto cree que ella lo mató porque León la rechazó.

—¿No te parece que es posible,

que el marido las engañara a las dos? —
él sonrió irónicamente,

—Cuanto más sé acerca de León Muñoz, más me doy cuenta de que es el típico Don Juan que se aprovecha de las mujeres y al que estas adoran. Sí, estoy de acuerdo contigo, es posible que a su mujer le dijera que había cortado con Martina, y a ésta que se iba a separar, y que planeara seguir aprovechándose de las dos.

Ella asintió pensativa, y él continuó,

—Creo que fue justo después,

cuando hablé con Silvia García, la secretaria de Deborah—recordó lo que había escrito sobre ella—es una mujer con un carácter algo apocado, y secretamente enamorada de León.

—¡Vaya rompecorazones!

—Sí, Silvia no se atrevió a hablar mal de su jefa directamente, pero sí hizo alusión en varias ocasiones, a la diferencia de edad que existía entre el matrimonio.

—¿Y qué diferencia es?, todavía no me he leído el expediente.

—Ella le lleva quince años—

Martín hizo una mueca y luego sonrió,

—A mí ella me parece una mujer guapísima, pero él es espectacular, y con quince años menos...en fin, si ella no fuera rica...

—Exacto—siguió leyendo su agenda—bueno, lo que pensé de Silvia, básicamente, en ese momento, fue que sentía celos de su jefa, pero tampoco me dijo nada interesante, únicamente algún comentario sobre lo mayor que era ella...etc.

— Y por supuesto tenemos al hermano y su mujer una tal Sonia, con

los que creo que no tiene demasiada relación, pero a los que tendremos que visitar—levantó la vista de la agenda— luego están Beatriz Fuencisla, una de las criadas con la que hablé unos minutos, y había otra con la que no pude hablar, que se llamaba Francisca y que ha muerto esta mañana. —Martín lo miró con los ojos desorbitados.

—¿Y por qué no estamos allí? — él la miró sonriente

—Amaro ha dicho que hasta que no esté la autopsia, que no enredemos, pero yo creo que después de desayunar,

se nos puede haber ocurrido alguna pregunta que tengamos que hacer a alguno de ellos, ¿no es verdad? —sonrió metiéndose el último trozo de porra en la boca. Estaban mejor que las de la otra cafetería, había sido buena idea ir allí.

—Sí, pero antes dime, Beatriz, la criada...

—Sí, otra igual, me pareció que también se sentía atraída por el gallito de la casa, pero al contrario que la secretaria, me dio la impresión de que esta sí había consumado con el marido de su jefa—Martín se atragantó con el

café debido a la risa, de manera que le tuvo que dar un par de palmadas en la espalda, para que no se ahogara.

—¡Ay, por favor!, ¡vaya semental! ¿y esos son todos?

—No—suspiró mirando los nombres que faltaban—luego están los dueños de la casa donde está viviendo Deborah, su asistente personal, y un íntimo amigo de Deborah que estuvo en el concierto y a su lado en la cena de despedida que le dieron esa misma noche. Y ya sabes cómo funciona esto, tendremos que volver a interrogar a

alguno de ellos o a todos, las veces que sea necesario cuando vayan surgiendo nuevos indicios—ella asintió comprensiva.

—¿Y por qué está viviendo en casa de esos señores?

—Tuvo un ataque de termitas unos días antes, y tuvieron que fumigar, para lo que era imprescindible que abandonaran la casa. La secretaria me enseñó la nota de la fumigación, y no podía quedar nadie en el domicilio. Como se iban a ir a Londres, y solo era una noche, habían quedado con el

matrimonio Rosales en que dormirían en su casa.

—Un ataque de termitas, ¡que raro!, ¿no?

—Por eso le pedí el albarán a la secretaria, era la manera más rápida de comprobarlo. Además de eso he preguntado, y en el tipo de construcción como el de su vivienda, casi toda realizada en madera, no es extraño que ocurra alguna vez.

—Pues ¡vaya lío!, y ¿Por qué no has interrogado al resto?, —lo miró porque la pregunta parecía una crítica—

no pretendía decir...

—No te preocupes, la única explicación es que solo lo he llevado dos días, este sería el tercero. Después empecé con la dichosa bomba —ella asintió, recordando... había explotado una bomba en la Presa del Atazar en la Comunidad de Madrid, hacía algo más de una semana. El que le hubieran encargado el caso a su compañero, hizo que se diera cuenta de lo bien valorado que estaba dentro de la policía. Para el gobierno, la investigación de aquella bomba era algo crucial, no había

causado demasiados desperfectos para lo que podía haber ocurrido, pero cualquier persona con sentido común, fuera policía o no, sabía que no podían permitirse que aquello volviera a ocurrir

—He oído rumores, ¿es verdad que el explosivo era casero? —él asintió muy serio, mientras sacaba la cartera,

—Sí, lo típico que dicen en las películas de que el vídeo explicando cómo se hace, está colgado en YouTube, pues en este caso es cierto—movió la

cabeza, pensativo, todavía seguía sintiendo que algo no cuadraba en aquella explosión.

—¡No!, espera, pago yo, que soy la que acabo de llegar—él guardó su billete en la cartera, después de asentir, y dejó que pagara, luego se marcharon.

SIETE

No sé cómo he dejado que me convenzas—apretó las manos en el volante intentando contenerse—diez minutos, y nos vamos Natalia—ella ni siquiera lo miró, seguía observando la puerta del pedazo de chalet, frente al que estaban aparcados, ubicado en una de las zonas más caras de Madrid.

—Roberto cada día eres más gruñón, será por la edad—sin que él

podiera evitarlo, abrió la puerta del copiloto y se giró para intentar bajar sin hacerse daño en la pierna. Cogió las muletas con la mano derecha, y mantuvo el pie en el aire durante un momento mordiéndose el labio, decidiendo cómo sería mejor hacerlo.

Roberto lo vio todo rojo, y salió casi corriendo para impedirse, cuando llegó a su lado intentó quitarle las muletas, pero ella no las soltaba, y, comenzó a gritarle cabreada:

—¡Suéltalas ahora mismo!, te estás pasando Roberto, ¡ya está bien,

suéltalas! —pero él había adoptado, más que nunca su faceta de terrier había cogido el hueso y no lo soltaba. No pensaba dejar que entrara en una casa extraña, que podía ser peligrosa y menos en esas condiciones.

—Tranquilízate Natalia—habló con calma intentando aplacarla, y ella se cabreó más todavía

—¡Eres un gilipollas! ¡que las sueltas! —estaban tan ensimismados tirando cada uno de un lado de las muletas, que no vieron a una pareja que se acercaba.

—Por favor, suelta las muletas y apártate de la señorita—era lo que le faltaba, un tío chulito, Roberto se giró diciendo

—¿Sí?, ¿y sino qué? — no le importaría descargar la violencia que recorría su cuerpo con alguien, por lo menos así se desahogaría.

—Pues que tendré que llevarte detenido...—lo que fuera que iba a decir a continuación Germán, se quedó en el lugar donde mueren las frases no dichas, porque abrió la boca y los ojos al igual que Roberto. Instantes después

estaban fundidos en un abrazo, mientras se palmeaban la espalda con fuerza, como todavía hacían algunos hombres,

—¿Eres tú de verdad? —Roberto miró a su antiguo amigo encantado, se le había pasado el enfado que sentía hace un momento, de un plumazo. Se giró hacia Natalia y le devolvió la muleta, luego le dijo,

—Natalia te presento a Germán Cortés, fuimos juntos al colegio— Germán se agachó y le dio un beso en la mejilla,

—Encantado de conocerte, espero que no sea verdad que tenga que detenerle—ella sonrió avergonzada, y explicó

—¡Qué va!, lo siento, es que estoy muy irritable, y el que más me irrita es él—Roberto sonrió beatífico, como si nunca hubiera roto un plato.

—Está bien, os presento a mi compañera, Isabel Martín—ella los saludó con una inclinación de cabeza—también es policía.

—Germán, no me puedo creer que te hicieras policía de verdad, ¡pero si

eras el peor de la pandilla! — el otro hombre rio encantado al recordarlo.

—¡Pues será por eso!, me imagino que tú sí que eres médico, como siempre habías querido—Roberto asintió poniéndole la mano en el hombro.

—¡Qué alegría verte hombre!, ahora si que no perderemos el contacto. Saca el móvil antes de nada y pásame tu teléfono —así lo hicieron dejando a las dos mujeres mirándose asombradas, Martín movía la cabeza sin dar crédito a que se comportaran como dos adolescentes.

—Bueno, esto ya está, ahora, ¿puedo preguntaros qué hacéis aquí? — la pregunta era lógica, porque estaban en una calle cortada, y desde allí la única casa a la que se podía acceder era la de los Rosales.

—La chica que ha muerto, Francisca—Germán asintió para que continuara—estuvo en mi casa ayudándome unas semanas, mientras estuve escayolada. Entonces, le surgió este trabajo, pagaban muy bien y además viviría en Londres, que para ella era una aventura. Y me pidió irse antes de

tiempo—negó con la cabeza arrepentida de haber accedido—era muy buena chica, no podía decirle que no—Germán observó su pierna, que estaba algo más delgada que la otra, se podía ver perfectamente porque llevaba pantalones cortos. Su mirada se cruzó con la de Roberto, que frunció el ceño para que le quedara claro que ese par de piernas, y todo lo demás, ya tenía dueño. Asintió imperceptiblemente para que estuviera tranquilo, y continuó,

—Necesito que me cuentes todo eso Natalia, pero no puede ser ahora—

miró a Roberto— Me sorprende que hayáis venido hasta aquí, al fin y al cabo, no sois familia ni nada, aunque la conocieras...

—Verás, es que había quedado conmigo hace más de dos horas en mi casa, estaba preocupada por algo.

—Enséñale los WhatsApp— asintió, y buscó los mensajes, luego se los enseñó. Germán los leyó y se los pasó a su compañera mientras decía,

—Extraño—evaluó la situación en un momento, y les dijo—está bien, vamos a hacer una cosa. No puedo dejar

que entréis en la casa, pero como tengo que hablar contigo—inclinó la cabeza hacia Natalia, mirándola con sus poderosos ojos azules—si queréis podemos quedar luego, y si no afecta a la investigación, os contaré lo que pueda sobre lo ocurrido.

—Está bien—tanto Roberto como Natalia asintieron agradecidos

—¿Quieres que quedemos a comer? —Roberto se lo preguntó pensando en Natalia, y Germán miró a Martín que se encogió de hombros

—No te lo puedo asegurar,

depende de cómo vaya todo, luego si te parece, te pongo un mensaje.

—De acuerdo, muchas gracias por todo. Hablamos—se despidieron, y ellos dos se quedaron observando cómo los dos policías cruzaban la calle hasta la entrada, donde les abrieron la puerta casi en el momento. Roberto se colocó tras el volante y echó un vistazo a Natalia, que observaba ansiosamente la puerta de la mansión, mordiéndose los labios. Sabía que estaba deseando entrar, cogió su mano izquierda y se la acercó a los labios para besarla, luego

volvió a dejarla sobre sus piernas encantado al ver su cara de sorpresa. Contento, arrancó y se la llevó fuera de allí.

Al entrar les condujeron en presencia del dueño de la casa, que no parecía muy contento de verlos. Les ofreció asiento, y Germán se preparó para la bronca correspondiente,

—¡Espero que descubran pronto lo que sea que le haya ocurrido a esa pobre chica!, y, además, ¡no saben nada, todavía, sobre la desaparición de León!

—Germán ya le conocía del par de veces que había venido a la casa, y aun cuando solo había visto su cara amable, se había dado cuenta de que era un hombre peligroso. Su jefe le había dicho que habían exigido desde el Ministerio, que el trato con la familia y la investigación fuera impecable. Entendió, sin necesidad de que se lo dijera nadie, que Víctor Rosales, conocía al ministro.

—Todavía no, es cierto, pero estamos siguiendo varias pistas, y precisamente hoy, mi compañera y yo—señaló a Martín—vamos a interrogar a

varios testigos con los que todavía no hemos hablado. En cuanto a la muerte de Francisca, primero tienen que terminar la autopsia, por lo que me han informado podría haber fallecido de muerte natural, pero no lo sabremos con seguridad hasta dentro de unas horas.

—Ya—el anciano frunció el ceño y le miró retador—y en cuanto al tema de León, sé que no le han dado a este caso, la importancia que tiene. Seguro que piensan que León se fue voluntariamente, pero le aseguro que eso no fue así. Seguramente fue secuestrado.

—Sí, también lo pensé yo, pero al no haber petición de rescate...es como mínimo extraño, debido al tiempo transcurrido. Nunca hemos descartado nada, pero hay que empezar a barajar otras opciones.

—Entiendo—bajó la vista y se quedó pensativo unos segundos, luego, cuando se decidió, le miró de nuevo— está bien, hablen con quienes necesiten, pero espero que no molesten a mi esposa, ni a Deborah.

—Tengo que hablar con las dos, Sr. Rosales—el dueño de la casa le

miró, y le dijo

—Mi esposa está muy grave, señor Rosales, se está muriendo, aunque ella no lo sabe, procuro que tenga las menores preocupaciones posibles— Germán comprendió el afán protector de aquel hombre.

—Está bien, no la interrogaremos a menos que surja alguna cuestión directamente relacionada con ella— Víctor Rosales pareció relajarse un poco

—Se lo agradezco—se levantaron para irse, y el dueño de la casa lo hizo

también,

—Los llevaré hasta Deborah, no está aquí. —le miraron atónitos

—Pensaba que seguía viviendo con ustedes,

—Sí, está en la propiedad, pero como se va a quedar más tiempo del que habíamos planeado, decidimos que se mudara a la casa de invitados. Allí está mucho más cómoda, e independiente— Germán asintió serio, aunque vio cómo Martín ponía los ojos en blanco, afortunadamente su anfitrión no le vio hacerlo.

La “casita” de invitados era una especie de bungalow construido al otro lado del jardín, tenía entrada y salida propia, por lo que Germán comprendió a qué se refería con lo de la intimidad. Al otro lado de la vivienda, había también una pequeña piscina propia. Mientras seguían al anciano, Germán se dio la vuelta confirmando su primera impresión. Desde una casa, no se veía la otra, debido en parte a la pendiente que había en medio de la finca, y además por los numerosos árboles que cubrían esa zona.

Les abrió la puerta un hombre de unos sesenta años, delgado, de metro ochenta aproximadamente, y que les saludó inclinando la cabeza al ver a Víctor Rosales. Su aspecto era de los que olvidas a los cinco minutos de verlos, era un hombre gris, anodino.

—Buenos días Sr. Rosales.

—Hola Juan—saludó al entrar— estos señores son policías, tienen que hablar con Deborah, y seguramente con todos, usted incluido.

—Por supuesto, pasen por favor— Martín pensó que parecía el típico

mayordomo de las películas, exceptuando que llevaba vaqueros y camiseta, aunque todo era negro.

—Siéntense por favor—señaló los asientos del salón—avisaré a Deborah —Víctor se quedó de pie, y pareció sentirse obligado a decir algo por la confianza que mostraba el sirviente,

—Juan comenzó trabajando para su padre, conoce a Deborah desde que era adolescente, hace un poco de todo, lo que ella necesite. Mayordomo, guardaespaldas—se encogió de hombros —asistente personal lo llama ella—a

Germán no se le escapó el tono de desaprobación,

—¡Querida! ¿cómo estás? —

Deborah primero dio un beso en la mejilla a Víctor y luego le contestó

—Muy nerviosa, después de lo de esa pobre chica—se pasó la mano por el pelo, y se quedó mirando a los policías con una sonrisa educada—si vienen para preguntarme por ella, ya he hablado con dos compañeros suyos hace un rato, la verdad es que se han ido hace una hora más o menos.

—Sí, sentimos molestarte de

nuevo Deborah—recordó que le había pedido que la tuteara— pero venimos para aclarar algunas dudas sobre la desaparición de tu marido, todavía no he hablado con todos, aunque primero me gustaría volver a hablar contigo— Deborah asintió con cara de cansancio, pero no se opuso. A pesar de la expresión tozuda de Víctor, hizo que se fuera para que pudieran estar tranquilos durante la conversación. También lo hizo Juan en cuanto ella le hizo un gesto.

—¿Quieren un café o un refresco?

—la criada había aparecido de la nada,

Germán la observó, era muy guapa, como la recordaba, a pesar de tener bolsas alrededor de los ojos. Echó un vistazo disimuladamente a Martín que asintió, y cuando la criada se fue para traerles unos refrescos, su compañera se levantó después de preguntar dónde estaba el servicio,

—Cuando quieras, ¿te llamas Germán no?

—Sí, buena memoria—sacó su cuaderno de notas y le echó un vistazo por encima—lo primero que te quería preguntar, es algo que me llamó la

atención desde el principio, ¿por qué contrataste a Francisca poco antes de irte a Londres? —la observó, pero estaba tranquila—es algo extraño, ¿no?

—No, hace tiempo que necesitaba una segunda criada, y prefería que fuera española. Pretendo llevar la misma vida allí que aquí, había preparado el viaje para tener tiempo para aclimatarme a la ciudad, pero el tiempo sigue corriendo, y tengo que estar allí antes de dos semanas. Francamente, no sé qué hacer, lo de León me ha destrozado—se encogió de hombros, avergonzada por

sus palabras. Germán se fijó en las señales de tensión que se podían ver en su rostro, seguramente no dormiría nada por las noches.

—Yo no veo ningún problema porque te vayas, no obstante, sí te pediría que te quedaras el tiempo que pudieras, para poder tener acceso a ti lo más fácilmente posible

—De acuerdo, de todas maneras, si es muy urgente puedo estar aquí en unas horas.

—Claro. Volvamos al tema, es decir que Francisca estaba de acuerdo

en irse a Londres a trabajar.

—Sí, era la primera condición del trabajo.

—Háblame sobre Juan.

—Juan es mi mano derecha, ha sido como un segundo padre para mí, no sé qué hubiera hecho sin él desde que murió mi padre, y más estos días. ¿Qué quieres saber?

—Primero su apellido

—Corona—lo anotó, observando que ella parecía ofenderse.

—No creo que pienses que Juan ha tenido nada que ver en lo de León, ya

te dije quién había sido, deberías hablar con ella—antes de que siguiera enfadándose, le contestó,

—Ya he hablado con Martina Rey, por cierto, hablando con ella, me comentó que tu marido jugaba, y que debía mucho dinero a gente poco recomendable—había comprobado lo que le había dicho Martina en su día, y la mayor parte era cierto.

—¿León? —le miró sorprendida —es imposible, lo hubiera sabido,

—En algunas ocasiones, las mujeres o los maridos, son los últimos

en enterarse de lo que hacen sus cónyuges—se levantó inquieta, y se puso a mirar la piscina desde el ventanal. Germán apreció su figura al trasluz, al fin y al cabo, era un hombre.

—¿Quieres decir que es posible que alguna de esas...personas, le haya hecho algo?

—Todavía no lo sé, pero es una posibilidad, por supuesto. Martina fue muy insistente al afirmar que no había cortado la relación con ella, y, además—la miró, ella intuyó algo porque volvió a su asiento—me aseguró, que

cuando necesitaba dinero, trabajaba para ella—Deborah se reclinó en el sillón cerrando los ojos.

—¡Dios mío! —él se inclinó hacia ella, la expresión de la mujer no era de incredulidad, como cuando le había informado de lo del juego, sino de otra cosa.

—Cuéntame lo que sea Deborah, si quieres que encuentre a tu marido, cuanta más información tenga, es más probable que lo consiga.

Ella abrió los ojos y le miró,

—Cuando conocí a León, él

trabajaba como chico de compañía, yo no lo contraté, pensaba que nos habíamos conocido por casualidad, y que él se había fijado en mí. Más tarde me enteré de que había sido un “regalo” de una amiga, que ya había utilizado sus servicios. Cuando lo supe era tarde, o puede que me hubiera dado igual saberlo antes, porque me enamoré como una loca de él—sonrió al recordar— Hasta ese momento no había entendido a mis amigos, cuando me contaban lo que llegaban a hacer por amor. Me parecían todos unos cursis, hasta que me ocurrió

a mí. ¡Y con un hombre al que llevaba quince años!, al principio no quería aceptarlo, pero enseguida me di cuenta de que nunca había sido tan feliz. Y ahí se terminaron mis dudas, era mi vida, que los demás dijeran lo que quisieran.

—Comprendo, y ¿no sabías que él hubiera vuelto a ejercer esa profesión?

—No, él podía haberme pedido el dinero que le hiciera falta, que se lo hubiera dado.

—Ya, pero quizás, si eran cantidades muy grandes, y por un tema de juego....,

—No, entonces no. Hubiera pagado sus deudas, sí, pero le hubiera obligado a tratarse esa adicción.

—Es posible que él no estuviera dispuesto a ello.

—Puede que no. Cuando algo se le metía en la cabeza, era muy difícil convencerle de lo contrario.

—Está bien, creo que de momento eso es todo, tengo que hablar con tu secretaria, y con Juan—ella asintió,

—Es la hora de comer, tengo una comida de negocios, precisamente con dos representantes de la orquesta de

Londres que me ha contratado. Estaré de vuelta hacia las seis, te lo digo porque Juan también es mi chófer y me va a llevar a la comida, y Silvia no está aquí —él asintió

—Hablaemos con Juan esta tarde entonces, volveremos a las seis ¿de acuerdo? —Deborah asintió y se despidieron. Martín llegaba en ese momento detrás de Beatriz, que traía una bandeja con los refrescos, y que parecía haber llorado recientemente.

OCHO

Natalia se había quedado sola en casa, Roberto se había ido a trabajar, pero le había comentado que volvería sobre la una. Ella había aceptado encantada, porque de repente, había sentido la necesidad de investigar el caso de León Muñoz, pensando que tendría algo que ver con la muerte de Francisca. En cuanto entró en casa, dejó sus cosas encima del mueble de la

entrada, y se sentó abriendo su portátil. Mientras arrancaba el ordenador, cogió un cuaderno y un boli y se dedicó a bucear por internet.

Dos horas después, tenía la cabeza llena de datos confusos, y algo muy claro, desde que había escuchado lo ocurrido, había pensado que esa desaparición era extraña, y ahora, se lo parecía mucho más. Estaba deseando hablar con el amigo policía de Roberto, si es que al final comían juntos. En ese momento su móvil vibró y lo miró, era Roberto confirmando la comida. Estaba

decidida a hacer lo que pudiera por la pobre Francisca, sabía que seguramente no conseguiría nada, pero no podía quedarse de brazos cruzados. Francisca no se lo merecía.

Germán condujo un par de kilómetros en silencio, hasta llegar a un parque cercano a la casa de los Rosales, y aparcó junto a él. A veces, le gustaba quedarse un rato en silencio en el coche, le ayudaba a ordenar sus ideas.

—¿Qué hacemos aquí?

—Necesito pensar, pero dime

¿qué te ha dicho la criada?

—Tenías razón estaba liada con él, en cuanto le he sacado el tema se ha puesto a llorar, luego le he preguntado por la secretaria, y la ha puesto verde, dice que es una buscona—levantó las cejas, incrédula—sí, la llama buscona, aunque cree que no se tiraba al marido, y ella sí—suspiró— El tema de Francisca no le interesaba demasiado, pero dice que se ha pegado un buen susto cuando se la encontrado muerta. Cuando le he preguntado si no le tenía cariño, por su reacción, me ha

contestado que llevaban muy poco tiempo trabajando juntas, y que era una chica muy reservada.

—No sé que les daba ese hombre —estaba asombrado desde el principio de la investigación, ¡qué capacidad de volver locas a las mujeres!

—Tú también hablas en pasado de él—Natalia tenía razón, la miró analizando su expresión.

—¿Tú no crees que está muerto?

—Por lo que voy viendo sí, no parece el típico que huya de una vida como la que tenía montada. ¡Por Dios,

ya me gustaría a mí vivir así! —Germán sonrió distraído, había algo que había visto u oído, y de lo que no había sido consciente en ese momento y que era importante. Se distrajo cuando sonó su móvil, lo puso en manos libres, y sintió que la adrenalina corría por sus venas, al ver quién llamaba

—Hola Jesús, ¿tienes algo para mí?

—Sí, pero no te lo voy a contar hasta que no me presentes a esa preciosidad con la que trabajas ahora, ¡menudo morro que tienes! —Germán

tosió y miró a Martín, pero ésta sonreía, como si le hiciera gracia, no parecía enfadada

—La preciosidad se llama Martín, y puedes saludarla

—¿Eh?, ¡vaya cabrón, podías haberme avisado! —Martín rio a carcajadas al oírle, sin poder contenerse

—No me has dado tiempo, has sido demasiado rápido.

—¡Ya te pillaré, ya!, esto...hola Martín, encantado de conocerte, ármate de paciencia para tratar con ese cabronazo.

—Hola Jesús, haré lo que pueda, no te preocupes—Germán decidió interrumpir tanta cordialidad,

—Vale, antes de que quedéis para ir al cine, ¿qué has averiguado?

—Lo que me imaginaba, pero ya tengo el informe completo, con el análisis de las pruebas, y del escenario. Y después meter los datos en el simulador, se ha confirmado lo que te dije, que el explosivo se colocó en el punto que menos destrucción causaría.

—¿Qué dices?, si se perdieron cientos de miles de litros.

—Sí, fue terrible, pero si ese mismo explosivo hubiera estado colocado por alguien que supiera, o que hubiera tenido intención de destruir, hubiera destrozado la presa. Y es grande, estamos hablando de unos 400 hectómetros cúbicos. Hubiera sido una catástrofe.

—Jesús, que no somos cerebritos como tú, ¿eso cuánto es?

—¡Dios cuánta ignorancia! —rio a través del teléfono, pero antes de que pudiera contestar, lo hizo su compañera

—Si no me equivoco cada

hectómetro cúbico corresponde a un gicalitro, y cada gicalitro son mil millones de litros. En este caso serían 400.000 millones de litros.

—¡Dios mío!, ¡si es verdad que eres tan guapa, me caso contigo! —ella rio divertida, al escuchar al técnico.

—¡Jesús!, ¡deja de intentar ligar con Martín, y al grano! —se estaba empezando a cabrear.

—Está bien, en resumen, que el daño fue mínimo para lo que podía haber sido.

—¿Habías visto algo así antes?

—No, además está lo que te comenté del explosivo, no creo que haya sido obra de un profesional. Si fueras a ver la presa te darías cuenta de lo que te digo. Como sabes la grieta está reparada hace días, pero te he mandado el informe y tiene fotos y dibujos explicando lo que hubiera pasado, si se hubieran colocado la misma cantidad de explosivos al otro lado de la carretera que separa la presa.

—Entiendo—miró a su compañera que también se había quedado pensativa —muchas gracias Jesús, te llamo si

tengo alguna duda más—dejó al ingeniero con la palabra en la boca y Natalia le preguntó,

—¿Qué opinas? —él negó con la cabeza apretando los labios,

—No sé, tengo que ver ese informe—miró el reloj del salpicadero,

—Hemos quedado con Roberto y su amiga a comer, quiero hablar con ella sobre la criada muerta, y luego tenemos que continuar con los interrogatorios, vámonos, luego leeremos ese informe.

Se pusieron en marcha para llegar al restaurante, donde ya estaban

esperándoles Roberto y Natalia, que habían elegido una mesa algo apartada de los demás.

—Hola—se sentaron frente a ellos, porque la mesa era alargada. Durante unos instantes, ninguno supo cómo empezar la conversación, a excepción de Natalia claro,

—¿Habéis averiguado algo sobre Francisca? —Germán la contestó,

—No, lo siento, todavía no nos han comunicado los resultados de la autopsia, pero en cuanto sepa algo os lo diré—ella asintió mordiéndose el labio,

y se inclinó hacia él.

—Era muy buena chica. Si la han asesinado, quiero que el que haya sido, pague por ello.

—Todavía no sabemos nada Natalia, ni siquiera que sea un asesinato, comprendo que estés disgustada, pero...

—Estoy segura de que la han matado, es demasiada casualidad—en el fondo él también lo pensaba, pero no lo consideraría asesinato oficialmente, hasta que no lo confirmara la autopsia.

Martín cogió la carta para cambiar de tema porque le parecía que el

ambiente era un pelín tenso,

—Estoy hambrienta, ¿comemos de menú? —todos asintieron y se concentraron unos minutos en pedir, luego continuaron.

—Natalia, me gustaría que me contaras como era Francisca, en el día a día, contigo, por ejemplo.

—No la conocí durante demasiado tiempo, pero la cogí cariño enseguida, era una chica muy inocente, y dócil. Era incapaz de discutir con nadie, por ejemplo, el pesado de Roberto le dejó escrito lo que debía de comer yo cada

día, y cuando...

—¡Oye, oye!, era una prescripción como médico...—ella sonrió mirando a Germán,

—Lo malo es que no es mi médico.

—¡Eso es lo que tú dices!, sí que lo soy.

—No lo eres, pero da igual—le miró sulfurada y volvió la atención al poli—el caso es que cuando no me podía hacer la comida que estaba apuntada en la hoja, se ponía de los nervios. Era muy responsable,

excesivamente diría yo, en alguna ocasión tuve que decirle que se relajara porque Roberto no era Dios, pero para ella sí que lo era—Germán asintió serio y miró a su amigo diciéndole,

—¿Para cuándo es la boda? —ella se rio a carcajadas solo de pensar en casarse con el pesado de Roberto, pero fue la única que se rio. Los otros la miraban serios, después de unos momentos, Germán continuó hablando.

—Me hago una idea, de lo de Francisca, me refiero.

—Por eso, cuando me puso el

mensaje, yo sabía que era algo grave. No era bromista ni nada parecido, era incapaz de hacer una broma, y menos sobre algo como esto.

—Entendido. Bueno, sé que os dije que os contaría lo que pudiera de este caso, pero de momento no hay mucho que contar, es más o menos lo que ha salido en prensa, aunque han añadido alguna cosa que no es cierta. León Muñoz desapareció la noche del último concierto de su esposa en España. Fue visto por última vez, cuando ella estaba terminando de dirigir

la última pieza del programa, antes de los bises. Ella declara, y así lo confirman dos testigos, que cuando saludó por primera vez, su marido ya no estaba.

—¿Y estuvo todo el concierto? —
el que preguntaba era Roberto—es decir, ¿en el intermedio estuvo hablando con alguien, parecía normal?

—Estuvo con su mujer en el camerino. Cuando está en medio de un concierto, no quiere que la molesten, ella misma reconoce que se pone insoportable, y prefiere estar sola. Por

supuesto, su marido es o era distinto, ella me confesó que era el único al que admitía en el camerino en esos momentos, porque incluso le molestaba que hubiera gente haciendo ruido en el pasillo. En los teatros donde trabaja la conocen y procuran respetar esa manía —Martín escuchaba atenta, al no haber leído todavía el informe, era una manera de enterarse de lo más importante. Germán recordó algo antes de continuar,

—Luego, él volvió a su silla como espectador, y ella a la tarima para seguir dirigiendo la orquesta—levantó un dedo

recordando—también le vieron mirar su móvil poco antes de abandonar la sala, todavía a oscuras. Y nadie le ha visto desde entonces, excepto su secuestrador por supuesto.

—O su asesino—Germán miró a Natalia fijamente, y una lenta sonrisa se extendió por su cara

—O su asesino.

—¿Es posible que se haya ido voluntariamente y no quiera volver? — Germán se encogió de hombros, le hacía gracia cómo funcionaba la mente de Natalia, podría haber sido una buena

policía.

—Posible es, pero no lo creo. Os confieso que no creo que esto sea un simple secuestro, no ha habido petición de rescate, ni hay ninguna pista. La señal del móvil se perdió casi enseguida, es decir que lo apagaron, y volvieron a encenderlo para mandar un mensaje a su mujer por la noche, diciéndole que volvería al día siguiente, que no se preocupara. Y lo más importante de todo, no ha vuelto a tener ningún movimiento en sus cuentas—los miró a los ojos durante unos segundos muy

seriamente—no os tengo que decir, que esto es totalmente confidencial, no podéis contarlo por ahí—los dos asintieron casi hipnotizados—es muy difícil, y requeriría haberlo planificado con mucho cuidado y antelación, que una persona desaparezca voluntariamente, y no deje rastro. Es decir, ¿dónde viviría?, tendría que tener un sitio alquilado previamente, por ejemplo. Si va a un hotel seguramente le reconocerán, por la fama de su mujer, ya que se ha dado cobertura internacional a esta noticia. Y, además, tendría que tener

documentación falsa—negó con la cabeza—no, en mi opinión, no se ha ido voluntariamente.

—Siento parecer insensible, pero es muy interesante! —Natalia miró a Martín—¿no te lo parece? —ella sonrió comprensiva.

—Yo también pienso como mi compañero, no parece una desaparición voluntaria. He visto varias y no son así, él estaba demasiado a gusto con su vida, tenía varias...aficiones vamos a decir, que cubría perfectamente. Además, mantenía relaciones sexuales con varias

mujeres, y estoy segura de que no hemos conocido a todas sus “amigas”—se volvió hacia Germán que había hecho algún comentario, pero no le había escuchado,

—¿Qué dices?

—Que no sé cómo lo hacía, es difícil satisfaceros de una en una, pues con varias, me parece increíble—siguió comiendo su plato de pasta, sin hacer caso de las risas de las dos mujeres.

—Pues eso, que vivía como nadie —confirmaba Martín

—Y ¿no tenéis sospechosos? —

Natalia estaba segura de que no la iban a contestar, como ocurrió,

—De momento mantenemos la mente abierta—Germán sonrió.

Siguieron comiendo en silencio, a Natalia le hubiera encantado que le contaran más cosas, pero también entendía que no lo hicieran, por lo que dejó que la conversación fluyera por otros derroteros.

Se despidieron de ellos y se encaminaron, al ritmo lento de las muletas de Natalia, al coche. Roberto

notó que iba más despacio, parecía sentir dolor,

—¿Te duele?

—Un poco, debe ser por haber tenido tanto rato el pie en el suelo, pero no he apoyado el peso en él. ¡Vaya rollo!

—Roberto sonrió con ternura y abrió la puerta para que pudiera entrar en el coche, le ayudó a hacerlo y luego cerró.

—El otro día te compré un gel antiinflamatorio, cuando lleguemos te daré un poco en el pie y te tomas una pastilla y...

—¡Y a la cama, como una

viejecita! ¡qué ganas tengo de poder ir a bailar y correr y...—se calló, porque tampoco se le ocurrían qué más cosas hacer,

—La próxima vez te lo pensarás antes de coger un coche de carreras—ella le miró incrédula, aunque él no lo había dicho con tono de censura, sino como un hecho

—¡Era por una causa benéfica!

—Ya—no dijo más pero no hizo falta. Estaban llegando a su casa, decidió no discutir, porque estaba harta de que terminaran siempre discutiendo

por todo.

Se dejó caer en el sillón aliviada, hasta que lo vio salir del baño con el tubo de gel, y la pastilla, ésta se la tragó, pero alargó la mano para que le diera el tubo a ella,

—Dámelo—él se negó, y levantó su pierna para sentarse en la silla donde la tenía apoyada siempre, colocándola encima de su regazo. Comenzó a extender la crema con suavidad, y ella se puso rígida esperando el dolor, pero Roberto, sorprendentemente, sabía utilizar las manos, y la masajeara como

si lo hubiera hecho toda la vida. El dolor fue desapareciendo poco a poco, seguramente también gracias a la pastilla que le había hecho tomar. Cerró los ojos y se recostó en el sillón gimiendo de placer, entonces, él paró, y levantó la pierna de ella dejándola en el suelo con cuidado, luego se arrodilló ante ella, y separó sus muslos para meterse dentro. Se quedó pegado a ella mirándola, y Natalia le observó mientras su corazón se aceleraba, al ver cómo se inclinaba y tomaba posesión de su boca.

NUEVE

Intentaría razonar con él, eso fue lo que pensó mientras ponía las manos en su pecho empujándolo ligeramente, pero fue un pensamiento fugaz, porque él insistió, beso a beso, hasta que ella dejó de resistirse y abrió finalmente los labios con un gemido. En un momento sintió su lengua acariciando la suya, y el

placer que la inundó, la sorprendió.

La mano de él se cerró sobre uno de sus senos con delicadeza. Ella gimió, e intento resistirse con desesperación, pero estaba seduciéndola de una manera que no encontraba fuerzas para negarse. Estaba fascinada con sus besos y sus caricias, nunca se habría imaginado que Roberto, que la cabreaba solo con su presencia, sería capaz de excitarla así.

A pesar de la ropa, tenía los pezones rígidos y duros, deseosos de que les prestaran atención. Él continuó besándola, mientras desabrochaba los

botones de su blusa e introducía una mano por debajo, que dirigió a la espalda y desabrochó el sujetador solo con dos dedos. Natalia pegó un respingo al pensar en la cantidad de mujeres que habría desvestido para alcanzar tal maestría, él apartó el sujetador y conquistó sus pechos.

Ella volvió a gemir cuando sus dedos encontraron sus pezones, aunque su gemido casi no se escuchó, pero él estaba tan pegado a ella que lo sintió como una descarga eléctrica. Entonces, de repente, se levantó sin decir nada,

ella iba a protestar porque la dejara, pero no tuvo tiempo de abrir la boca, porque la cogió en brazos para llevarla al dormitorio.

La mantuvo unos instantes de pie junto a la cama, y le dijo,

—Ten cuidado no te hagas daño en la pierna, querida—su voz sonaba como miel caliente, y consiguió que lo mirara con los ojos entrecerrados y con sonrisa de tonta, mientras él la desnudaba del todo y luego la tumbaba en la cama con sumo cuidado.

Se sintió desfallecer al observarle

desnudarse, tenía un cuerpo fibroso, ¿cómo había pensado en alguna ocasión que no era atractivo?, debía estar ciega. Él no dejaba de mirarla mientras se quitaba la ropa, y por fin, totalmente desnudo y excitado, se tumbó sobre ella. La besó en la boca de nuevo, y continuó excitando sus pezones con la lengua, medio loco por la manera en que ella le respondía. Natalia acariciaba su cabeza y su espalda, sin saber en qué momento su mundo se había vuelto del revés. Solo sabía que lo deseaba dentro de sí, y que temblaba de excitación

pensando en el momento en que la penetraría. Había visto su pene, estaba rígido y erguido, él estaba igual de excitado que ella.

Roberto dejó su pecho y volvió a besarla, reconociendo por fin lo que sospechaba desde hacía mucho tiempo, que amaba a esa bruja que se divertía volviéndole loco. Ninguna mujer lo había hecho sentirse nunca como ella, tan completamente enamorado.

Quería hacer el amor con ella de tal manera, que no pudiera plantearse siquiera la posibilidad de que no

estuvieran juntos. Comenzó a rozar su pene con su coño, deseando entrar en ella, pero resistiéndose porque quería prepararla más. Natalia lo miraba mordiéndose el labio inferior, volvió a besarla porque no podía evitarlo, y en esta ocasión abarcó su cara con las manos y la miró fijamente,

—Eres preciosa,

—Mentiroso—ronroneó, aunque él pudo notar el cariño en el tono de su voz, lo que hizo que su pene se endureciera todavía más. Intentó aplazarlo un poco más, pero era una

batalla perdida. La deseaba con tanta intensidad y desde hacía tanto tiempo, que solo podía pensar en que, por fin, sería suya.

A pesar de que, difícilmente lo confesaría, lo había pasado mal por su relación, pero ahora solo podía sentir cómo vibraba bajo sus manos. Las caderas de Natalia se contoneaban lentamente esperando la penetración, y lanzó un pequeño grito cuando ocurrió. Abrió más las piernas para acogerle en su interior, y él volvió a rodear su rostro con las manos, quedándose quieto unos

segundos mientras le preguntaba,

—¿Es esto lo que quieres? —casi no podía estarse quieto, pero tenía que estar seguro de que lo quería, antes de que traspasaran el punto del que no podrían volver. Estaba tan excitado que no sabía cuánto aguantaría sin correrse, no se sentía así desde que era un adolescente.

Natalia tardó un momento en responder, y le rogó que continuara. Dejó escapar un grito cuando comenzó a moverse de forma rítmica, sus caderas se arquearon, aceptándolo, atrayéndolo

hacia su interior. Un sonido gutural vibro en el pecho de Roberto, y le levantó las piernas para poder profundizar más en ella. Natalia en esa posición, aún se sentía más llena, y gimió cuando una palpitación comenzó a recorrer su cuerpo, y a continuación un orgasmo la traspasó, haciendo que su cuerpo se contrajera, mientras una sonrisa de satisfacción se instalaba en su cara.

Eso no le había ocurrido nunca antes, el orgasmo había sido inmediato y abrasador, abrió la boca con sorpresa, y

lo miró. Él sonreía observándola, mientras gotas de sudor corrían por su frente, cayendo entre los pechos de ella. Cegado por la furia del deseo, la sujeto por las caderas, moviendo la cama con fuertes empujes. Cuando él aceleró las embestidas, penetrándola más violentamente, de forma instintiva lo abrazó, rodeándolo con los brazos y las piernas, hasta que él finalmente también consiguió su orgasmo, y se relajó tumbándose sobre ella, escondiendo la cara en su cuello.

Sólo su respiración rompía el

silencio de la oscura habitación, notó como el ritmo de los latidos de Roberto descendía más y más contra sus senos, y se quedó rígida un instante, al recordar que habían olvidado tomar ninguna precaución. Cerró los ojos dejando ese pensamiento, atemorizante, de lado, y decidida a tomarse unos minutos para relajarse, todavía sentía temblores recorriendo su cuerpo,

—¿Natalia? — no abrió los ojos, aún no quería enfrentarse a la realidad, y si tenía que ser sincera tampoco quería separarse de él. De repente le parecía

que estaba, por primera vez en su vida, en el sitio correcto.

—No quiero hablar, por favor Bob—él abrió los ojos admirado, al escuchar el diminutivo cariñoso que ella utilizaba con él cuando eran más jóvenes, y que con el paso del tiempo había dejado de usar—sólo quedémonos un rato aquí ¿tienes que marcharte? — seguramente tenía que trabajar, abrió los ojos para ver su cara. Él la miraba con expresión tierna y relajada, y negó con la cabeza mientras se tumbaba a su lado, después la abrazó consiguiendo que se

sintiera querida y segura.

—No, todavía puedo quedarme un rato. Duérmete si quieres—la besó en la sien, mientras su mano derecha acariciaba el brazo de Natalia. Ella se tranquilizó y volvió a cerrar los ojos, totalmente relajada.

Martín observó a Germán mientras terminaba de hablar por teléfono con Amaro, y luego fijó la vista de nuevo en la casa. Cuando terminó, le preguntó,

—¿Te parece si nos repartimos el trabajo? —él asintió

—Sí, así iremos más deprisa.

—Me imagino que quieres acabar lo antes posible, para poder ir a la presa, a pesar de que ya no es asunto tuyo...—sonreía pícaro—de hecho, no le has dicho a Jesús que le diera la información al poli que lo lleva ahora, imagino que, después de ir allí, se lo mandarás tú mismo.

—¿Tú crees? —él también sonreía con picardía—no se lo he dicho a Jesús, pero le he mandado el informe a Chacón, que es el que lo lleva ahora.

—Ya, entonces es que quieres que

te siga mandando a ti lo que descubra, aunque tú luego se lo mandes al compañero—abrió la puerta, pero no salió del coche hasta que le dijo—lo entiendo, lo de la presa digo, pero yo te acompaño—luego salió, y él la siguió, sonriendo todavía más. Quien iba a decir que Martín sería una rebelde, con la pinta de buenecita que tenía...con esas gafas, arqueó las cejas al darse cuenta de algo.

—Martín, antes de entrar—se volvió hacia él interrogándolo con la mirada

—Cuando has salido del baño no llevabas tus gafas—ella puso cara de sorpresa, y se tocó la cara,

—¡Joder, no gano para gafas!

—Me llama la atención que veas perfectamente sin ellas. ¿No tienen graduación? —ella se ruborizó un poco y le miró divertida.

—No demasiada—él enarcó las cejas incrédulo, y ella se vio obligada a confesar,

—Está bien, no tienen graduación, las llevo para ser más...ya sabes...

—¿Fea? —ella asintió

avergonzada, no quería que nadie pensara que era una creída.

—Pues hazme caso y no te las pongas más, porque no tienes ningún éxito—observó su rostro sonriendo, y ella asintió mirándole a los ojos. Antes de llamar a la puerta, Martín le dijo,

—Me gustaría encargarme de Juan Corona—Germán la miró fijamente, quería hacerlo él, pero decidió darle una oportunidad,

—Está bien, hazlo tú—les abrieron la puerta y pidieron ir a la casa de invitados.

Poco después, Martín estaba en un pequeño salón, sentada frente a Juan Corona mientras él la miraba fijamente. Ella lo observó esperando algún signo de nervios, pero estaba tranquilo, esperando. Decidió comenzar porque parecía duro de pelar

— ¿Puede contarme como empezó a trabajar para Deborah Bohnett? —él asintió, la parte más llamativa de la cara eran sus ojos, negros y muy expresivos o según quisiera su dueño, podían parecer sin vida.

—He trabajado en muchas cosas

antes de tener este trabajo, nunca he tenido problemas para salir adelante. Pero en una ocasión, toqué fondo y Barnaby, el padre de Deborah me ayudó casi sin conocerme—ella notó que lo que estaba evitando decir, era doloroso para él—fue una época difícil de mi vida, que superé gracias a su amistad. Él puso en mis manos la vida de su hija, Deborah, desde entonces son mi familia. Barnaby murió hace años, pero ella sabe que siempre me tendrá para lo que necesite.

—Comprendo, y ¿qué opina de su

marido, León?

—Que Deborah, desde que se casó con él, ha sido más feliz que nunca. Por eso le estaré siempre agradecido—parecía sincero.

—Creo que usted escuchó una conversación telefónica, en la que discutía con Martina Rey—había visto las preguntas que Germán quería hacerle

—Sí, él afirmaba que su relación había sido un error y que había terminado, pero por los gritos que escuché de esa mujer, no parecía estar de acuerdo.

—¿Usted sabía que era infiel a Deborah?

—No.

—¿Y tiene idea de alguna otra actividad que realice, y que pueda hacer que deba dinero a algunas personas?

—Ni idea, me parecía una persona bastante normal, la verdad—le miró incrédula, era imposible que no se hubiera dado cuenta de nada, si vivía con ellos...—por supuesto, cuando Deborah descubrió lo de Martina, me lo dijo, pero hasta entonces, ni idea. Y no sé a qué más se puede referir—se

encogió de hombros— le gustaba vivir bien, eso sí, pero ¿no nos gusta a todos? —ella estaba extrañada, sentía que le ocultaba algo. Le parecía que estaba demasiado tranquilo en su presencia,

—¿Y va a viajar usted con la señora Muñoz...? —él le clavó la mirada con el ceño fruncido, lo que hizo que interrumpiera su pregunta—perdone, pensé que había adoptado el apellido de su marido.

—No. Deborah siempre ha utilizado su propio apellido—el disparo había dado en el blanco. Era lo que se

imaginaba, en realidad no le gustaba León, a pesar de lo que decía,

—Muy bien, ¿va a viajar usted con Deborah? —él asintió serio, parecía intuir que lo había puesto a prueba.

—Sí, donde ella vaya, voy yo. Es mi única familia.

—Entiendo, ¿tiene usted alguna idea de dónde puede estar León Muñoz?

—No, si la tuviera se lo habría dicho a Deborah desde el principio, yo no la dejaría que sufriera por no saber qué le ha ocurrido.

—Una última pregunta, la criada

que ha muerto, Francisca, ¿sabe si había tenido algún problema con alguien de la casa? —pareció sorprendido por la pregunta

—Pensaba que había muerto de un ataque o algo así

—Todavía no tenemos los datos de la autopsia.

—No, creo que era una buena chica—Martín vio la tristeza en la mirada—lamento que haya muerto, de verdad—le creyó, parecía pesaroso.

—Pues nada más, muchas gracias —se levantó y salió al pasillo,

continuando hasta el salón, Germán estaba allí hablando con Deborah. Ya se había dado cuenta de que la admiraba, sobre todo por su forma de hablar sobre ella. Se quedó en la entrada del salón observándolos, los dos estaban de pie junto a la mesa de comedor que había junto al ventanal, viendo un libro, ella señalaba algo en una página, y los dos lo comentaban. Parecían totalmente abstraídos.

Sintió una vibración en el bolso y sacó el móvil, cuando vio el mensaje levantó la mirada hacia él, Germán la

miraba con una sonrisa en los labios. Martín sintió que le flaqueaban un poco las rodillas, en ese momento sintió todo el poder de su atractivo chocar contra sus barreras. Y si era de forma involuntaria, no quería ni pensar en lo que podía conseguir si ponía toda su voluntad en el ataque. Le hizo una seña y él se disculpó con la mujer, que inclinó la cabeza al verla. Cuando llegó a su lado le enseñó el mensaje, él frunció el ceño y miró el reloj

—¿Nos da tiempo a llegar? —
asintió, y él volvió a mirar el mensaje—

está bien, entonces vamos, espera un momento que voy a despedirme,

—Deborah, me temo que tenemos que irnos. Mañana me acercaré a casa de tu hermano, y de tu amigo Rodolfo, si pudieras preguntarles a qué hora les vendría bien que fuera a verlos, te lo agradecería.

—Está bien, te pondré un mensaje en cuanto me contesten, pero por mi hermano no respondo, ya te he contado cómo está—él asintió y se fueron.

No hablaron hasta el coche,

—¿Te ha dicho algo interesante?

—No, bueno, se ha extendido algo más hablando sobre el hermano, dice que es drogadicto y que está muy mal—daba golpecitos en el volante con el dedo índice—luego le he preguntado sobre la muerte de Francisca, y me ha dicho que sólo sabía que, la otra criada, al ver que no se levantaba había ido a su cuarto y se la había encontrado muerta. Bueno, vámonos.

—No sé si vamos a conseguir algo yendo hasta allí.

—Aunque haya puesto “no concluyente” en el informe, seguro que

tiene alguna idea. Habrá mandado todo al laboratorio, y hasta que no estén los análisis no lo pondrá por escrito—la echó un vistazo rápido con aquellos implacables ojos azules—pero si quiere, nos podrá adelantar algo.

—Sí, seguro que tienes razón—miró la hora—date prisa que van a cambiar de turno—si cambiaban de turno, hasta el día siguiente no podrían hablar con el forense que había hecho la autopsia.

—Está bien—aceleró entrando en la M-30, y se concentró en llegar lo

antes posible.

Cuando bajaron los siete escalones de la entrada, Jesús hizo una seña a su compañera, para que se fijara en el hombre que se acercaba a la salida, y que tenía que pasar junto a ellos. Era muy alto, delgado, y rubio, con el pelo largo, recogido en una coleta, y desde luego, no parecía tener edad suficiente para estar allí, mucho menos para ser forense. Cuando vio a Germán sonrió,

—Ya me extrañaba que no vinieras por aquí—a continuación, miró

a Martín y abrió los ojos sorprendido, volviendo a mirar a Germán mientras ladeaba la cabeza, como si intentara adivinar algo,

—Gino, te presento a mi nueva compañera, Martín—se dieron la mano

—Encantada

—Igualmente

—Germán, no puedo quedarme, he quedado a jugar al paddle y llego tarde

—miró su reloj, parecía fastidiado

—Cinco minutos, he venido en cuanto hemos visto tu informe, necesito hacerte alguna pregunta.

—Está bien, acompañadme al coche—salieron y siguieron caminando hacia la enorme explanada que se utilizaba como aparcamiento—de momento no te puedo decir nada más, he mandado las muestras a analizar—ellos le siguieron dejándole hablar hasta que terminó, entonces Germán le preguntó,

—Necesito que me digas lo que no has puesto en el informe, ¿qué te parece a ti?, dímelo, aunque no tengas pruebas—Gino los miró a los dos a la cara, serio,

—Esa mujer fue envenenada, y

por un agente muy agresivo, sus órganos estaban en perfecto estado, hasta el momento en que el veneno atacó—se encogió de hombros—lo que sea que le administraron hizo que perdiera la consciencia, y le provocó una parada cardíaca y respiratoria. Es prácticamente imposible que algo así se produzca de manera natural.

—¿Te aventurarías a nombrar algún veneno? —el forense le miró moviendo la cabeza burlonamente, al fin suspiró y contestó

—La tetrodotoxina sin duda, el

cianuro tengo dudas, pero desoxigena la sangre y causa la muerte por asfixia, podría ser..., la toxina botulínica...

-¿La del Botox? -Gino la miró divertido asintiendo,

-Al fin y al cabo, lo que se inyectan es para paralizar los músculos y que no se caigan por la flacidez producida por la edad, imaginaros si esa toxina paralizante se suministra en mucha más cantidad-Martín abrió los ojos horrorizada-la ricina, quizás, y pocos más que sean fáciles de obtener.

Miró divertido a Germán,

—¿Creías que, sin el análisis toxicológico, te iba a poder decir uno?

—mover la cabeza, de nuevo incrédulo, y se metió en su deportivo arrancándolo enseguida, luego se despidió alzando la mano y se fue.

—¿Cuánto tardarán los análisis?

—Martín se lo preguntó a su compañero, mientras veían cómo salía el coche del recinto.

—Ya lo sabes—la miró

—Podrían ser semanas,

—Sí

Volvieron al coche igual de desesperanzados.

Natalia se había despertado sola, recordaba vagamente que Roberto se había despedido dándole un beso, diciéndole que tenía que irse a trabajar. Nunca se le había ocurrido preguntarle por su trabajo, se mordió el labio algo avergonzada, sabía que le iba muy bien por su familia, pero él nunca hablaba de ello. Por ellos sabía que se había especializado en hematología, y que era jefe de servicio del Centro de

Toxicología.

Se levantó con cuidado decidida a darse una ducha, y sonrió al sentirse totalmente relajada y sin dolores, el sexo con Roberto tenía efectos terapéuticos, quizás no había sido tan mala idea después de todo.

DIEZ

Germán estaba en la comisaría al día siguiente, cuando vio la llamada de Roberto en su móvil y la cogió con una sonrisa,

—¡Pero bueno!, quince años sin vernos, ¿y ahora vamos a hablar todos los días? —bromeó mientras abría el expediente de Charlie Bohnett en su ordenador, ¡vaya angelito!, siguió

leyéndolo escuchando a medias a Roberto,

—¡Germán! ¿me estás escuchando? —sonrió pensando que era cierto lo de los hombres y las dos cosas a la vez, y desvió la mirada de la pantalla

—Ahora sí, perdona, ¿qué me decías?

—Quería preguntarte si has sabido algo sobre la autopsia de Francisca. Verás, Natalia está muy preocupada, está convencida de que la asesinaron y se siente algo responsable ...

—Pues puede que tenga razón, el forense ha enviado muestras al laboratorio, y estamos pendientes de los resultados—decidió confiar en él, al fin y al cabo, conocía a Roberto de toda la vida— pero extraoficialmente, cree que la envenenaron.

—¿Con qué?

—Espera que lo he apuntado, no está seguro, nos ha dado varias opciones—de repente pensó—¿pero ¿qué más te da el veneno que hayan utilizado?, a menos que seas toxicólogo, no creo que entiendas más que yo la verdad, y sé

más bien poco, pero espera que busco mis notas...

—Veo que sigues igual de listo que en el colegio—el tono de cachondeo hizo que Germán recordara por qué se habían hecho amigos,

—No, ahora soy más listo, es por la edad ¿no te pasa a ti? —su antiguo amigo rio, afirmando

—Sí, sí—se carcajeó pensando en lo que le iba a decir— antes de que sigas metiendo la pata, te informo de que trabajo en el Centro Nacional de Toxicología, como jefe de servicio—

Germán se irguió en el asiento—es decir que si me dices los venenos probables que te haya dicho el forense, te aseguro que sabré de qué me estás hablando.

—Vale, vale, a ver que consulto mis notas—leyó lo que había escrito en el aparcamiento, cuando se fue Gino,

—Tetradotoxina, cianuro, la toxina botulínica, me dijo que eran los más probables,

—Es tetrodotoxina—afirmó.

—Puede que perdiéramos el contacto por lo pedante que eres, ya no me acordaba de esa característica tuya

tan agradable—Roberto rio a carcajadas.

—¿Cómo murió?, no, no me lo digas, parada cardíaca y respiratoria, ¿no?

—¡Bingo!

—De acuerdo, entonces te puedo dar un dato que te puede interesar, estamos detectando desde hace unos seis meses, una elevada utilización de la tetrodotoxina en los envenenamientos.

—¿Es fácil de conseguir?

—Sí, es el veneno del Fugu, o pez globo, no sé si has oído hablar de él.

—Algo, pero aún no he visto ningún caso de envenenamiento por ese bicho.

—Todavía no hay muchos, el veneno se concentra en algunas de las vísceras del animal, y en la piel. Si tienes conocimientos de química, puedes conseguir fabricar un compuesto con el veneno e inyectarlo con una jeringuilla, pero lo más sencillo, es cocinar una de esas vísceras y dársela a comer a la persona elegida mezclada con una comida normal.

—¿Cuánto tiempo tarda en morir?

—Con la dosis adecuada, entre media hora y seis horas, no más. Y no existe antídoto, solo podemos proporcionar al paciente cuidados paliativos.

—¡Esto es increíble!, ¿y se puede comprar en pescaderías normales?

—No, su venta y consumición está prohibida por la Unión Europea desde el 2004, esa prohibición se realizó a efectos de importar el pez para su consumo, pero estamos empezando a tener un problema porque, aunque donde son más abundantes es en China o Japón,

ya se han pescado varios ejemplares en la costa española, principalmente en Cataluña. Por otro lado, si yo quisiera conseguir uno fácilmente, lo compraría vivo.

—¿Lo venden vivo?

—Para los acuarios, a los dueños les hace gracia, cómo se infla de vez en cuando alcanzando hasta tres veces su volumen normal, y su agresividad. Se suele comer al resto de los peces, incluso, a veces, a los de su propia especie.

—¡Vaya angelito! —Roberto

volvió a reír

—Sí, está considerado como un manjar por los japoneses, creo que, porque al comerlo sientes un hormigueo en la lengua y los labios, y se te acaban durmiendo.

—¿Y eso?

—Al parecer, los cocineros expertos, dejan un pequeño rastro del veneno, para que sientas que estás comiendo algo realmente peligroso.

—¡Dios, lo loca que está la gente!, Roberto, tío, vas a ser mi próximo mejor amigo, cuando tenga alguna consulta

sobre venenos, te aviso.

—Claro, encantado, ¿Cuándo tengas el informe definitivo de la autopsia, me dirás algo?

—Por supuesto, y me gustaría que volviéramos a comer otro día, la verdad es que me ayudasteis a pensar, Martín me dijo lo mismo, que sois muy listos los dos. Nos disteis un enfoque distinto sobre algunas cosas.

—Vale, cuando quieras. Te dejo que tengo trabajo, gracias por todo Germán

—Gracias a ti, adiós.

—Adiós.

Germán colgó sonriendo, Martín le miraba, y por su expresión había escuchado la conversación,

—Es un buen tipo, no le vuelvas a perder de vista, no hay muchos amigos así.

—Tienes razón, además, ahora tenemos a un experto en toxicología a nuestra disposición, le he dicho que comeríamos otra vez con ellos.

—Cuando quieras, él es majo, pero Natalia me cayó todavía mejor.

Tiene un carácter que me hace mucha gracia.

—Porque no discute contigo, como lo hace con Roberto—ironizó

—Claro—ella sonreía divertida.

—Bueno, se acabó el cachondeo, vámonos,

—¿A casa del hermano? —asintió serio, y salieron hacia el pasillo para coger el ascensor.

Mientras iban en el coche, Martín revisaba lo que podían hacer durante la mañana,

—Debería darnos tiempo de ver

a...—miró la carpeta del expediente, que había cogido de su mesa—Rodolfo Millar, el músico, el que es muy amigo de Deborah.

—Sí, hay que hablar con él.

—Si acabamos pronto, luego podemos comer y acercarnos a la presa —le echó un vistazo sorprendido—¿no querías ir cuanto antes?

—Sí, ya he hablado con Chacón, para avisarle de que iríamos por allí, si se entera, no quiero que crea que quiero pisar su terreno. Y ya sabes que también

le mandé el informe de Jesús, tu futuro marido—ella sonrió divertida—para que lo vea.

—¿Y no le importa? —Germán se encogió de hombros.

—Me ha dicho que, si descubro algo que se lo diga, es un hombre muy tranquilo, he trabajado varias veces con él. También le he pedido que no se lo dijera al jefe.

—Bien, entonces lo tenemos todo organizado—al ver su sonrisa divertida, ella se molestó,

—¿Qué te hace gracia?

—Que seas tan organizada, me parece bien, pero nunca he tenido un compañero así. Que llevara una agenda con las cosas que íbamos a hacer durante el día—señaló su móvil donde había visto que apuntaba todo lo que tenía que hacer.

—Sí, soy organizada, creo que así te da tiempo a hacer muchas más cosas.

—Mmmm—él hizo ese sonido, pero ella no quiso preguntarle qué quería decir, le parecía que estaba a punto de carcajearse, y prefirió no darle la oportunidad. Giró la cabeza y se puso

a mirar por la ventanilla con el ceño fruncido.

Después de llamar varias veces a la puerta, les abrió una malhumorada rubia, que estaba vestida, según parecía solo con una bata, y a la que le molestaba bastante su presencia,

—¿Qué queréis? —había una horrible cacofonía, que algunos llamarían música, sonando por toda la casa. Era un chalet adosado, así que Germán imaginó que, si ese ruido era constante, no debían tener muy contentos

a los vecinos. Enseñaron las placas,

—Buenos días señora, somos policías—ella se quedó un rato mirándolas, como si no supiera cómo reaccionar—perteneceemos a la UDEV, a la sección de Homicidios y Desaparecidos—como había imaginado, se le bajaron los humos enseguida, y abrió la puerta para que entraran. Cuando Germán lo hizo se giró para seguir hablando con ella, y observó cómo intentaba cerrarse la bata.

—Si no les importa que vaya a ponerme algo más presentable...

—Por supuesto señora—Martín le miraba mordiéndose el labio, la muy cabrona se estaba descojonando.

—¿Qué pasa? ¿Me vas a dejar así o qué? —de la habitación por la que emergía aquel ruido, salió un individuo claramente perjudicado, y en pelotas. Efectivamente, la mujer le había dejado en muy mal estado, porque tenía una erección más que evidente. Ella se acercó a él rápidamente, no escucharon lo que le dijo, pero sí pudieron oír la palabra mágica: policía, y el elemento se metió corriendo en la habitación y

salió hacia la puerta dos minutos después medio vestido, todavía llevaba la camisa en la mano y caminaba intentando ponérsela, inclinó la cabeza al pasar por su lado y se fue. La rubia había desaparecido subiendo las escaleras y Martín se acercó a él para susurrar en su oído,

—¿Por qué no le has dicho a ella que queremos hablar con el tal Charlie?

—Germán sintió un escalofrío al escuchar su voz ronca junto a su oído, aunque intentaría controlarse hasta que terminaran el caso. Lo intentaría.

—He pensado que no le vendría mal asustarse un poco—sonrió perverso,

—Perdonen a mi amigo, pero tenía prisa. Vengan por favor—ellos asintieron, callándose lo que tenía su amigo además de prisa, y la siguieron.

La habitación donde había estado retozando la pareja, era un salón enorme, con dos sofás muy grandes situados uno enfrente del otro, y una televisión gigante además de un proyector para ver películas como en el cine, la pantalla debía estar escondida porque no la veía. El salón era del

mismo tamaño que su casa entera, así, a simple vista los habitantes no vivían mal, sobre todo teniendo en cuenta que, en dos juicios el tal Charlie se había declarado insolvente. Por fin se sentaron, la dueña de la casa, porque estaba claro que era la mujer de Charlie Bohnett, Sonia Bris, se había puesto un vestido azul pegado al cuerpo, sin ropa interior debajo. Germán lo pudo constatar en cuanto la tuvo enfrente, y por el gruñido de su compañera, ella también lo había notado,

—¿Es usted Sonia Bris? —ella

asintió mirándose las uñas.

—¿Su marido no está en casa?

—Lleva días sin venir por aquí, y una tiene sus necesidades—al ver sus pupilas de cerca, Germán supo que no se refería a las sexuales—no coge el teléfono ni nada...—antes de que siguiera, decidió cambiar el rumbo de sus preguntas.

—Imagino que usted conocía a León Muñoz, el marido de su cuñada.

—¡Claro!, ¡cómo no lo iba a conocer!, estaba buenísimo la verdad, si hubiera podido...—se mordió una uña

mirando a Germán a la cara, pero a éste en lugar de excitarlo le dio algo de pena.

—¿Piensa que está muerto?

—Seguro, con lo bien que vivía ese cabronazo, no se iba a largar del lado de Deborah por su voluntad. ¡Algún cornudo se lo habrá cargado!

—¿Es que era infiel a su cuñada?

—Charlie dice que era un chulo que vivía de ella, y que además le engañaba con todas las que podía—movió la mano divertida—¡no veas la de veces que le ha puesto verde!, esperad tengo que beber, voy a por agua

¿queréis agua? —los dos negaron con la cabeza y se miraron en cuanto salió por la puerta

—No creo que esto sea buena idea

—Martín parecía preocupada—esta se ha metido coca hasta las orejas, no sé si tiene validez lo que nos cuenta.

—No lo vamos a utilizar en un tribunal, de momento, pero me gustaría aprovechar que tiene ganas de hablar—ella asintió con un suspiro—nos iremos pronto—levantó la mirada hacia Martina que volvía.

—¡Ya estoy aquí!, ¿por dónde iba?

—Hablabas de que a Charlie no le gustaba León.

—¡Ah sí!, él siempre dice que los problemas con su hermana empezaron cuando se casó. Entonces nos cortó el suministro, Charlie se había gastado el dinero que le había dejado su padre, pero ella siempre le había dado lo que necesitaba. Y de repente, León habló con ella y consiguió que no le diera más dinero—dejó de sonreír y puso cara de asustada al recordar—nunca había visto así a Charlie, se puso como loco, destrozó media casa, incluso tuvimos

que ir a urgencias porque se cortó al dar un puñetazo a un espejo. Para nosotros el día que apareció ese hombre en nuestras vidas fue como una pesadilla.

—Entonces, imagino que, si no aparece nunca más, Deborah volverá a ayudaros ¿no es así? —ella se encogió de hombros.

—Supongo—ya le estaba entrando el bajón, era evidente, se despidieron casi sin que ella se enterara. Cuando salían, estaba dormida tumbada en el sofá y roncando como un cerdo trufero.

Salieron a la calle aliviados y se

quedaron un momento respirando al aire libre.

—¡Ufff! —Martín se pasó la mano por la cara y se giró para que no pudiera verla, pero Germán frunció el ceño y la cogió por el brazo para volverla hacia él. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y él se quedó boquiabierto,

—¿Qué te pasa? —ella negó con la cabeza, y se echó en sus brazos. Él la abrazó, aunque no entendía nada— vamos al coche—aquellas lágrimas no tenían aspecto de parar en unos segundos.

Una vez dentro la dejó desahogarse sin preguntar nada, simplemente la mantuvo abrazada mientras acariciaba su espalda con suavidad, como si fuera un ser frágil, a él en ese momento se lo parecía.

—Tranquila, Isabel ¿quieres que te lleve a casa? —ella negó con la cabeza mientras aceptaba un pañuelo

—No, dame unos segundos, me tranquilizaré enseguida. Si quieres, ya no hace falta que me abrases, lo siento Germán—él levantó su barbilla y miró sus ojos húmedos, que le parecieron aún

más bellos que antes. Tenía la nariz roja y estaba despeinada, pero a él le parecía guapísima. Le dio un beso ligero en los labios y le dijo:

—No me preguntes por el beso, es un adelanto para cuando todo termine, si te lo diera de verdad no podría parar, pero quiero que sepas que cuando acabemos con el caso, nos iremos un par de días por ahí, y no te voy a dejar salir de la cama—ella se puso colorada al escucharle, pero Germán no vio ninguna señal de rechazo. Se giró hacia el volante, y le dijo—¿Y ahora me vas a

contar que te ha pasado ahí dentro?

—La verdad es que no sé cómo es posible que todavía no te hayas enterado, mi único hermano murió de sobredosis hace seis meses—suspiró triste— me cogí vacaciones para intentar superarlo, fui al psicólogo, y volví a trabajar, pero no podía con ello. Al final me pedí el traslado aconsejada por él, y por primera vez desde que ocurrió, estoy consiguiendo dormir por las noches.

—Lo siento—se inclinó y le dio un beso en la mejilla—pero eso no te

libra de lo que va a ocurrir entre nosotros.

—No quiero que me libre de ello, yo también quiero que ocurra—Germán levantó las cejas alucinado,

—Eres la primera chica que me lo dice claramente,

—Sí—se mordió el labio—me han dicho que soy demasiado directa,

—¿Qué dices?, el que te lo haya dicho es un gilipollas, ¡por Dios, gracias por fin por encontrar a una mujer, que realmente dice lo que piensa! Bueno, pues vamos a ver al tal Rodolfo, y ya

veremos luego qué hacemos con el hermano—rozó su mejilla con el dedo índice y arrancó el coche, todavía tenían que hacer muchas cosas de las que aparecían en la agenda de Isabel.

ONCE

La casa de Rodolfo Millar era la vivienda de un artista, Germán, que le consideraba un genio, dejó que el ambiente le inundara. La mayoría de los cuadros que colgaban de las paredes, o en algunos casos, estaban apoyados sobre ellas, transmitían alegría o simplemente belleza, por eso se paró frente a uno que le produjo todo lo

contrario. Era extraño porque en el cuadro no se distinguía ninguna figura concreta, ni se podía decir claramente si el pintor había sido un niño o un adulto, pero sintió que se le ponían los pelos de punta al verlo,

—Interesante—el ganador de dos Oscar se acercó hasta colocarse junto a él y le observó detenidamente, señaló el cuadro y le preguntó—¿le gusta?

—No, en absoluto, me da...

—¿Quizás angustia, o asco? —
asintió sin saber muy bien qué le hacía sentir. Solo sabía que no era agradable,

intentó explicarse,

—Angustia, estaría más cerca del sentimiento que me ha producido verlo —volvió la mirada al cuadro—lo he seguido mirando porque...

—Porque intenta adivinar porqué lo ha sentido—finalizó la frase por él, Germán volvió a asentir, Isabel les observaba a dos metros, interesada.

—No es usted el primero al que le ocurre, suele pasarles a las personas sensibles—Germán hizo una mueca, lo que provocó la sonrisa del músico y de su compañera—si tienen una elevada

sensibilidad artística, generalmente el cuadro les produce rechazo. Lo pintó un gran amigo mío, es político—susurró—y está en el gobierno actualmente. Lamentablemente no piensa dedicarse profesionalmente a la pintura, les aseguro que triunfaría como pintor, tiene la habilidad de transmitir sus emociones.

—¿Qué emoción quería transmitir?

—No una, sino muchas—le observó valorando lo que iba a decir—lo pintó después de que mataran a

Miguel Ángel Blanco. En ese momento hacía muchos años que no cogía los pinceles, pero me dijo que era eso o salir a emborracharse, y prefirió pintar. Me imagino que sentiría rabia, impotencia—volvió a encogerse de hombros con tristeza—en fin, lo que sentimos todos por lo ocurrido. En mi opinión sería un excelente pintor, pero desgraciadamente no lo disfrutaremos, aunque también ha triunfado en su trabajo actual—se dio la vuelta y siguió por el pasillo—vengan conmigo por favor, estaremos más cómodos en la

salita.

Germán siguió mirando todos los detalles y muebles de aquella casa, unos más coloridos que otros. Tenía la sensación de que había estado allí, todo le sonaba.

—Como me han avisado que venían para acá, tengo café recién hecho. De cafetera italiana, por supuesto —sonrió— siéntese por favor señor Cortés, si no le importa junto a su compañera, ¡son tan guapos los dos! harían muy buena pareja—Isabel se ruborizó, y Germán consiguió no

hacerlo, aunque por poco. Cogió su taza, y preguntó,

—¿Sabe que me suena su casa?, sin embargo, estoy seguro de que no he estado nunca aquí—Rodolfo tomó un sorbo y contestó,

—Tiene una explicación muy sencilla, eso es que es usted cinéfilo y muy observador.

—¿Ha salido en alguna película?

—En varias, algunas de Almodóvar—dejó la taza en la mesita de cristal que había junto a él, y cruzó las manos, esperando. Isabel miró a

Germán y comenzó ella,

—Señor Millar...

—Rodolfo, o si quiere Paco como me llaman mis amigos—la señaló con el dedo—creo que usted y yo podríamos ser amigos, ¿no le parece querida? — ella sonrió de manera impersonal y siguió,

—Paco, si quiere, como sabe venimos a preguntarle sobre León Muñoz, primero me gustaría que nos contara si notó algo extraño en él aquel día, en el concierto, y si habló con él— cuando terminó la pregunta, él negó con

la cabeza,

—Ni siquiera lo vi de cerca, no quise molestar a Deborah en el intermedio—rio—bueno, ni yo ni nadie, se pone histérica, y no quiere vernos a ninguno hasta que termina el concierto. Siempre le ocurre igual, además si alguno fuéramos a verla, estaría Juan ante su puerta, y no nos dejaría pasar. Me extrañó no encontrarle cuando fui después al camerino, pero cuando ella me contó lo que ocurría, me imaginé que estaba buscando a León. Estaba destrozada, la pobre Deborah, no sé

cómo va a salir adelante—se quedó abstraído en sus pensamientos, pero Isabel siguió preguntando

— ¿Cuándo lo vio por última vez?

—Sí, perdonen— la miró arrepentido—veamos, yo llevo unos prismáticos a todas las funciones, sean de teatro, conciertos, u ópera, y estuve mirando a los de la primera fila, mientras empezaba la segunda parte. Entonces vi su silla vacía, me sorprendió, porque no se perdía ninguno de los conciertos de su mujer. Pero minutos después volvió, y se sentó en su

sitio, también noté que la secretaria de Deborah no dejaba de mirarle, esa pobre chica siempre hace el ridículo.

—¿Y cuándo se fue? —se quedó pensando un momento

—Poco antes del final, miró su móvil, vi la luz de la pantalla, y pareció sorprenderse, se levantó y se fue. Imaginé que alguien le había dado una mala noticia, y que salía fuera para hablar por teléfono. Después de eso, no volví a verlo.

—¿Entonces no se habían encendido las luces todavía?, ¿ni había

terminado la orquesta?

—No, terminó unos minutos después, luego durante los aplausos, me di cuenta de que Deborah miraba el sitio vacío de su marido.

—¿Y qué puede decirnos de la relación entre ellos dos?

—Nada que no conozcan—suspiró—yo la quiero mucho, pero cuando lo conocí a él, la avisé, porque creía que metía la pata.

—¿Conoce algún problema que hubiera entre ellos que nos pueda contar?

—No, conocer con seguridad, no, pero me lo imagino—los miró primero a uno y luego a otro, a los ojos—vamos a ver, un chico de esa edad, con ese aspecto y con su forma de ser, no se enamora de una mujer quince años mayor que él. Avisé a mi amiga para que tuviera los ojos abiertos, motivo por el que se enfadó conmigo y estuvo un tiempo sin hablarme, pero también le dije que, si ella era consciente de lo que había, que adelante, por supuesto. Estamos aquí para disfrutar todo lo que podamos, siempre que no hagamos daño

a nadie—intentó explicarles su relación con ella—Deborah y yo nos queremos mucho, pero precisamente por lo que le dije de León al principio de conocerlo, ella jamás me hubiera contado nada malo de él, es demasiado orgullosa. Ahora, si no necesitan nada más, tengo que ir al estudio de grabación, me están esperando.

Isabel asintió y miró a Germán que le hizo una señal afirmativa. Se levantaron, Germán al pasar delante de una mesa se fijó que tenía allí los Oscar que había ganado y no pudo evitar

contemplantos un instante, luego siguió hacia la salida.

—Me ha parecido el más sincero de todos—Isabel miraba sus apuntes, mientras Germán tabaleaba con los dedos en el volante como hacía cuando pensaba.

—¿Qué pasa?

—No lo sé, llevo varios días pensando que tenemos la respuesta ante nosotros, pero no soy capaz de encontrar el hilo que une todo—sacudió la cabeza, sabía que era mejor hacer otra cosa,

hasta que su mente de repente le diera la respuesta—Bueno, vamos a comisaría, hay que intentar localizar a Charlie Bohnett—arrancó y comenzó a circular por la calle.

—Quizás debemos enterarnos de donde suele comprar la droga, y ver si está por allí.

—Sí, es posible, pero creo que voy a mandar aviso a otras comisarías...

—Germán, no quiero líos, sabes que sin orden del juzgado no podemos ponerle en busca y captura.

—No te preocupes, solamente

quiero informar a otras comisarías de que lo buscamos—ladeó la cabeza un momento—de todas maneras, es raro, ¿no?, digo que no aparezca, ¿y si le ha ocurrido algo?, desde el principio hemos pensado que estaría metido en algún tugurio corriéndose una juerga, cuando supimos cómo era, pero...no sé, ¿y si lo tenemos más cerca de lo que pensamos?

—¿Qué quieres decir?

—Que es muy extraño que no se haya comunicado con su mujer, por lo que hemos sabido por los demás, esos

dos están unidos como una piña—
levantó el dedo porque sabía lo que le
iba a decir su espabilada compañera—
independientemente de con quién se
acueste cada uno. Lo que hemos visto
hace un rato en su casa, ha sido una
transacción comercial. Está claro que
necesitaba coca, y ése chico se la ha
dado a cambio de un revolcón.

—Sí, opino lo mismo

—Vamos a los juzgados—cambió
de carril bruscamente, lo que provocó
un bocinazo de un conductor,

—De acuerdo, pero me gustaría

llegar entera. ¿Crees que está detenido?

—O lo ha estado, con la vida que lleva, se me debería haber ocurrido antes, ya has visto su ficha, lleva años entrando y saliendo de los juzgados continuamente.

—Sí.

Los Juzgados de Plaza de Castilla estaban relativamente cerca, por lo que llegaron enseguida, en el control de la entrada enseñaron sus placas para pasar, y bajaron en el ascensor a los sótanos, lo que entre ellos llamaban las mazmorras. Los muros allí eran anchos y

estaban pintados de blanco, al contrario que las puertas metálicas, que estaban pintadas de color gris plomo, y que sonaban al cerrarse como una bala de cañón.

—Cada vez que vengo me parece más desagradable—él asintió echando un vistazo alrededor, estaban en una especie de sala de espera. Había un par de detenidos que debían estar esperando alguna rueda de reconocimiento, cada uno con una pareja de policías custodiándolos, y varios administrativos que tecleaban en los ordenadores sin

mirar alrededor.

—No veo a nadie conocido—si no encontraba a nadie a quien conociera, todo sería mucho más lento.

—Yo sí—Isabel se acercó a un chico de unos veinticinco, cuya cara se iluminó al verla, Germán frunció el ceño al escuchar cómo se dulcificaba la voz de ella para conseguir lo que quería. Después de cinco minutos y de varias invitaciones rechazadas con un “hoy no puedo”, se acercó a él con los ojos brillantes,

—¡Qué suerte tienes! —la sonrió,

encantado con su sonrisa de admiración,

—De suerte nada, nena. ¿Está aquí? —asintió aún incrédula,

—Si te portas bien, mi amigo puede hacer que le veamos un par de minutos, más no, porque lo sueltan enseguida—asintió

—De acuerdo, luego soy todo tuyo, vamos—ella asintió con las mejillas rojas, Germán sonrió seguro de que no tendría tanta suerte, pero soñar no estaba prohibido.

El chico les hizo un gesto para que le siguieran y los llevó a una celda,

habló con el policía que estaba custodiándola, y los dejaron pasar dentro.

Charlie tenía los mismos genes que su hermana, de eso no había la menor duda, su pelo y sus ojos eran del mismo color que los de ella, pero ahí terminaba todo el parecido, Charlie había destrozado su cuerpo en la misma medida que su hermana lo había cuidado. Los miró al rostro con malicia, y su mirada lasciva recorrió a Isabel. Germán aguantó las ganas de darle una buena ostia, y se sentó frente a él,

dejando que ella saliera si quería. Pero su compañera, como se había imaginado, se sentó a su lado, frente a aquel elemento.

—Charlie, llevo buscándote varios días—el otro se repanchingó en la silla, mirando sus manos esposadas. Cuando levantó la vista hacia él, su mirada era burlona. No parecía tener el mono, evidentemente alguien le había suministrado lo que necesitaba—no me importa el motivo por el que estás aquí, no me interesa. Quiero saber algo sobre tu cuñado, León—la mirada de Charlie

se clavó en el policía con superioridad, acompañada de una sonrisa de suficiencia.

—Todavía no ha aparecido, ¿eh?
—miró a Isabel que no se inmutó, se había quedado sabiendo lo que podía esperar de ese cerdo—si me dejas con tu compañera a solas, a lo mejor a ella sí la contesto—se pasó la lengua por el labio inferior, y Germán sintió que se le revolvía el estómago, pero no podía perder ni un segundo. Le sorprendió escuchar a Isabel dirigirse al detenido,

—Cuéntanos qué opinas, ¿crees

que se lo han cargado? —se encogió de hombros y la miró de nuevo, pero ella siguió tranquila—nos han dicho que a lo mejor tú habías tenido algo que ver.

—Es posible, todo es posible—sonrió al ver su cara de sorpresa—me hubiera gustado, pero no, no he sido yo. Sí, me hubiera gustado mucho cargarme a ese cabrón, pero otro se me ha adelantado.

—Entonces ¿estás seguro de que está muerto? —volvió a sonreírles como si les estuviera tomando el pelo

—Me encanta ver cómo vacilan a

los polis, —se rio a carcajadas, en ese momento la puerta de la celda se abrió, y entró el policía que miró a Germán. Se había terminado el tiempo.

—Lo siento, pero está aquí su abogado, tiene que salir—Germán asintió y observó contrariado cómo se lo llevaban. Charlie, antes de salir, se giró un momento y lo miró a la cara maliciosamente, después les dijo,

—Ese cabrón está muerto, y no penséis que encontraréis el cadáver, porque apuesto a que no ha quedado nada de él—salió riéndose como un

loco, y dejándolos mirándose el uno al otro.

—¿Tú crees que ha sido él? —

Isabel lo susurró mientras se levantaba, imitándole.

—No lo sé, pero es evidente que sabe algo, habrá que conseguir que nos lo diga.

DOCE

Cuando salían, Germán recibió otra llamada de su jefe, hizo una mueca antes de contestar,

—Sí jefe— miró a Isabel y apartó un poco el teléfono para que escuchara los gritos—pues claro que te oigo, te oiría sin teléfono—inspiró hondo para intentar no impacientarse,

— ¡Has estado en la casa de los

Rosales volviendo a interrogar a todos!
y te han visto incluso en el Anatómico
Forense, cuando, ¡que yo sepa!, no
llevas ningún caso en el que hubiera que
hacer una autopsia, ¿o me equivoco?

—¿Me has hecho seguir o qué?

—No Germán—su jefe resopló—
no te he hecho seguir, no tengo tiempo
para esto. Si no fueras tan buen policía,
te diría que te pidieras el traslado—dejó
pasar unos segundos mientras pensaba—
te dije que este hombre conoce a mucha
gente, ¿te lo tengo que deletrear?

—No, jefe—evidentemente le

había caído una gorda por ir a casa de Víctor Rosales, lo demás eran tonterías, el viejo se habría quejado a alguno de sus amigos—pero dime cómo quieres que continúe con la investigación, si no puedo hablar con los sospechosos—recibió un ruidoso gruñido del otro lado de la línea, Isabel que, estaba escuchando como él, dio un respingo,

—Vamos a hacer una cosa, es jueves, hasta el lunes no aparezcas por aquí,

—¿Y qué quieres que haga?

— ¿Y a mí qué me cuentas?, vete

al cine o un par de días fuera de la ciudad, y esto vale también por Martín. Así podré decir que os he mandado a casa un par de días, sin mentir claro.

—De acuerdo, ¿y si, en lugar de ir a casa...—pero Amaro no le dejó seguir hablando.

—¡Germán!, ¡no quiero saber nada de ti estos días, coño! —Germán sonrió un segundo, pensando en la cantidad de pastillas que se iba a tener que tomar después de esa conversación— joder, vete a la puta presa a investigar, que también sé que tienes el informe de

Jesús, pues vete y echa un vistazo.

—Está bien, está bien, que luego te molesta la úlcera, no te cabrees. Nos vemos el lunes.

—Eso es, y Germán, si sigues investigando, que sea fuera de la calle, quédate en tu casa o en la de algún amigo, pero que nadie, ni siquiera tus compañeros te vean por ahí. Estoy hasta los huevos de que me echen la bronca por tu culpa.

—De acuerdo, adiós—Amaro colgó sin despedirse, lo que le indicó a Germán el cabreo que tenía. No era

propio de él ceder a las presiones, pero este era un caso especial.

Isabel estaba asombrada, lo había escuchado todo

—Y ahora ¿qué hacemos? — miró la hora,

—Es algo tarde para ir a la presa, prefiero ir por la mañana, para tener varias horas de luz. Quiero estar pronto allí, con el informe en la mano, y ver qué se nos ocurre—ella asintió,

—Pues, si te parece, como todavía nos quedan un par de horas de trabajo, podemos ir a mi casa, que está cerca de

aquí, y comparamos notas—le sonrió, y él hizo lo mismo, aunque con más picardía.

—Me parece una excelente idea, me apetece mucho que “comparemos nuestras notas”— ella se ruborizó y caminaron hacia el coche.

Compartieron una pizza y una ensalada, mientras leían sus notas desde el principio, hasta lo ocurrido con el hermano,

—Tengo que reconocer que todavía no tengo ni idea de lo que le ha

podido pasar al tal León, ¡hombre, creo que está muerto!, eso sí—Isabel comía ensalada sentada en la cocina de su casa frente a Germán, y él se había quedado pensativo.

—Ha dicho que le hubiera gustado matarlo, ¿no? — ella buscó en su libreta, ya le iba conociendo, no tenía que explicar a quién se refería.

—Espera, ha dicho: “no, no he sido yo. Me hubiera gustado cargarme a ese cabrón, pero otro se me ha adelantado”—Germán asintió pensando,

—Ha sido un hombre, ha dicho

“otro se me ha adelantado”—la miró— sabe quién ha sido, no lo decía por decir, conoce al asesino. Además, cuando se reía era como si nos estuviera tomando el pelo, porque él lo sabía y nosotros no.

—¿Entonces es un hombre?

—Creo que sí, por lo menos el autor material.

—Podría ser alguien que hubiera contratado Martina Rey—él asintió

—Es posible, pero tengo una idea. ¿Podrías hacer un par de búsquedas en las bases de datos? —escribió dos

nombres y se los pasó—necesito toda la información posible—ella asintió, debido a su cualificación tendría acceso a algunas bases desde casa, así como él las tenía desde la suya, la siguió con la mirada mientras desaparecía.

Suspiró, estaba cansado y había decidido poner fin al problema que había surgido con su compañera, era la primera vez que le pasaba desde que estaba en el cuerpo hacía ya ocho años. Estaba seguro de que, si follaban con la suficiente energía, los dos se tranquilizarían, porque ahora, la tensión

sexual entre ellos se podía cortar. Sonrió al pensar que se podría considerar, casi, como una prescripción facultativa.

—¡Germán! —se acercó a ella, estaba sentada ante el portátil en el sofá, y se sentó a su lado observando la pantalla. Había acertado.

—¿Cómo lo has sabido? —él negó con la cabeza, había sido un tiro al aire

—No lo sabía, pero tenía que probar, hay que investigar por qué se ha cambiado el nombre,

—Desde aquí no tengo acceso a las bases antiguas, pero tengo un amigo en la otra comisaría, al que le puedo pedir el favor—Germán asintió y apreció su elegancia al levantarse y marcar en el móvil—escuchó vagamente la conversación con su compañero, mientras su cerebro se inundaba de imágenes de los dos en la cama. Estaba demasiado excitado. Minutos después Isabel volvió a sentarse,

—Sin problema, en cuanto lo tenga, me llama por teléfono, no quiere dejar nada por escrito.

—Normal.

—Pues ya está, ¿no? —estaba nerviosa, a él le pareció encantadora — no podemos hacer nada más de momento...—él sonrió con las cejas levantadas, provocando que la sangre de ella le corriera a toda velocidad por las venas.

—Algo encontraremos para entretenernos.

La acercó a él, observando su expresión,

—Tranquila Isabel, ¿estás asustada? —a pesar de que negó con la

cabeza, parecía aterrorizada, pero, se aferró a sus hombros cuando él la levantó despacio, poniéndola encima de su regazo con las piernas abiertas. Sus bragas se empaparon cuando notó su erección contra su coño, cerró los ojos y su cabeza se balanceó mientras él le quitaba la camiseta y la tiraba al suelo, después hizo lo mismo con el sujetador. Abrió de nuevo los ojos cuando sintió que le chupaba los pechos,

—¿Te gusta Isabel? —ella asintió, pero cuando vio que no la miraba contestó,

—Sí, mucho—gimió cuando él apresó un pezón con los dientes y tiró de él, reaccionó restregándose contra su erección, y entonces él fue el que gimió.

—¡Por Dios!, ¡vamos!, no aguanto ni un minuto más—haciendo un esfuerzo increíble, se levantó del sofá con ella encima, agarrada con firmeza a su cuerpo. Ella señaló su habitación, y luego lo besó agarrándole la cabeza con ambas manos, eso provocó que él se parara un momento para devolverle el beso como se merecía, pero enseguida continuó su camino, hacia el dormitorio.

Isabel temblaba cuando Germán le soltó las piernas y dejó que su cuerpo resbalara hacia abajo, a lo largo del suyo, lo que consiguió aumentar su excitación. Lo deseaba con un ansia ciega, feroz, que no admitía más retraso, y se ofreció a él con el cuerpo flexible, dispuesto.

Germán la sujetó para que no se tumbara todavía, y la desnudó, haciéndolo luego él. La habitación de ella, a pesar de ser de día, estaba en penumbra, debido a los pesados cortinajes que no dejaban pasar casi la

luz exterior. Ella se tumbó mirándolo, respiraba deprisa, nerviosa, aunque se le había pasado el breve momento de pánico que había tenido un momento antes en el salón.

Él, ya desnudo, se inclinó hacia ella abriendo un hueco entre sus piernas, ella le dejó pasar, abriéndolas ampliamente. Había deseado esto desde que lo había conocido, eran adultos y sabían lo que hacían. Estaba segura de que la cama no sería tan satisfactoria como esperaba, y por eso no lo repetirían, ya le había pasado otras

veces, pero de eso se preocuparía más tarde.

Germán hundió los dedos en su mata de pelo, ya tumbado sobre ella, y le sostuvo la cabeza con sus manos grandes y poderosas, para poder invadir con la lengua su boca. Estaba plenamente excitado, su erección estaba dura como el mármol, presionando contra el vientre de Isabel. Ella gimió contra su boca, moviéndose deseosa bajo su cuerpo.

Se sentía muy vacía, y húmeda, y le dolían los pechos y la vagina por la

necesidad de que la penetrara. Germán separó su boca de la de ella, buscando aire, mientras su pecho se movía igual que un fuelle. Isabel se pasó la lengua por los labios inflamados y volvió a atraerlo hacia ella. Mientras se besaban, él tomó los dos senos con las manos, masajeándolos con fuerza, ella lanzó entonces un gemido de placer, pero necesitaba mucho más.

La boca de Germán bajó hasta sus senos dejando un rastro de humedad, allí por donde iban pasando sus labios. Su boca se topó con un pezón erguido, y lo

succionó con vehemencia, provocando que ella casi se corriera.

—Si no me follas ya, me voy a correr sola—él la miró encantado, cuánto le gustaba aquella mujer.

—Pues córrrete, quiero que te corras muchas veces, todas las que quieras...—volvió a succionar el pecho, y ella cumplió su amenaza gritando, él no dejó de chupar su pezón hasta que no se relajó, entonces la besó el cuello suavemente y luego la boca, haciendo que ella se sintiera especial. Instantes después, él comenzó a frotar su miembro

contra su entrepierna hasta que consiguió volver a encender su pasión,

—Ya Germán, no seas pesado—

—Eres una mandona Martín—ella sonrió con los ojos entrecerrados, mientras le echaba el pelo algo húmedo por el sudor hacia atrás,

—Sí, lo reconozco—irguió la cabeza para besarla ella a él, y después le mordió un poco los labios.

Ese pequeño mordisco hizo que él se soltara definitivamente, y le abrió las piernas aún más, para que estuviera lo más cómoda posible. Ella oía su propia

respiración jadeante, mientras aguardaba la embestida que llenaría su vacío, y aplacaría el doloroso deseo que sentía. La mano de Germán se movió con frenesí en su coño esparciendo la humedad, para que todo fuera más fácil para ella.

—Quiero follarte —murmuró de forma ininteligible, en un tono áspero y grave, al tiempo que la levantaba un poco para ajustar su posición— déjame entrar, ahora.—Isabel se estremeció, con los brazos fuertemente ceñidos alrededor de su cuello, mientras aquel

largo dedo frotaba su clítoris asegurándose que estaba lo suficientemente excitada para recibirlo, luego metió el dedo en ella y sus músculos internos se cerraron sobre él, apretándolo en una sutil caricia, y Germán juró con una excitación salvaje. Sin poder esperar más, retiró el dedo y guio la ancha cabeza de su pene hacia la entrada. Isabel se quedó inmóvil, congelada por la enorme presión que experimentó cuando él comenzó a empujar, el deseo se fue, sustituido por la alarma. Su mente se quedó en blanco,

centrada tan sólo en la verga gruesa y maciza que iba entrando en su cuerpo a cada embestida. Germán gruñía por la dificultad de la penetración, con el cuerpo entero en tensión.

Isabel se retorció en sus brazos igual que un gusano en un anzuelo, emitiendo pequeños gemidos de angustia, él se detuvo preocupado, luchó desesperadamente por conservar el control, en un esfuerzo sobrehumano.

—Tranquila nena, tranquila— susurró apretando los labios contra la delicada curva de su mejilla—No pasa

nada, sólo relájate y déjame entrar. No te voy a hacer daño, iré muy despacio—
Mientras hablaba empezó a mover las caderas adelante y atrás, con movimientos ligeros que la indujeron a relajarse. Con cada embestida él se introducía más profundamente en ella.

Durante un espacio de tiempo imposible de medir, sus sentidos quedaron reducidos al retumbar de su corazón y a las acometidas de Germán. Se aferró a él con todas sus fuerzas, mientras los dos se miraban apasionadamente a los ojos, sintiéndose

de esa manera, por primera vez en sus vidas.

Isabel sintió un ramalazo de placer que le recorría todo el cuerpo, y se concentraba entre sus piernas. No tenía defensa alguna contra aquella oleada de sensaciones, que se hacían cada vez más grandes. Germán sabía exactamente lo que hacía, que era forzarla inexorablemente hacia el orgasmo. En cuestión de segundos estaba gimiendo nuevamente de deseo, y en menos de un minuto sintió que la invadía otra ola de placer, entonces gritó

con la fuerza de la liberación arqueando todo el cuerpo, estremeciéndose entre sus brazos. Sus espasmos se atenuaban cuando comenzaron los de Germán, que se sacudió violentamente con la cabeza echada hacia atrás y el cuello en tensión, mientras un gruñido ronco y profundo salía de su garganta.

Luego, él apoyó la cabeza, agotado, en el cuello de ella, y en ese instante ella sintió la necesidad inexplicable de abrazarlo, cosa que hizo. Los momentos siguientes transcurrieron en silencio, rotos tan sólo

por la aspereza de la respiración agitada de ambos. Isabel estaba aturdida, mirando hacia la pared, sin saber muy bien qué acababa de ocurrir en su cama. Ella había tenido sexo con hombres antes, había hecho el amor con otros, y esto no se parecía a nada de lo que ella hubiera experimentado con antelación. Se sentía tan agotada, como si acabara de librar una batalla.

La respiración de Germán fue aquietándose y recuperó el control de sí mismo, sentía que hasta le costaba respirar. Su corazón retumbaba contra el

pecho de ella, latiendo pesada y lentamente. Se retiró con cuidado de su cuerpo y la miró preocupado cuando ella se quejó por lo bajo, porque incluso ahora, sus tejidos inflamados lo liberaron casi con la misma dificultad con que lo habían aceptado. Germán estaba estupefacto, impresionado en lo más hondo por la intensidad de lo que acababa de suceder, lo que acababa de experimentar con Isabel había sido algo salvaje, como si hubieran ardido juntos, pero él por lo menos, quería arder así más veces.

Sentía el cuerpo tierno de ella temblar y deseó quedarse con ella, lo deseaba con una violencia tal que le contrajo las entrañas. Pero se levantó aturdido, solo podía pensar que, si no había sido un polvo más, tenían un problema, y gordo.

—¡Dios! —se pasó la mano por el pelo preocupado—¿te importa que me duche?

—No, adelante, hay un baño en el pasillo, tienes toallas, yo me ducharé en este—él asintió echándole una larga mirada y salió de la habitación.

Ella se levantó con un estremecimiento, todavía sentía como si le tuviera en su interior, se metió en el baño sin saber qué ocurriría entre ellos a partir de ese momento.

TRECE

Roberto entró con su nueva llave, la que le había dado Natalia, y la escuchó hablar por teléfono, sorprendido por la conversación, cerró la puerta antes de ir a su encuentro. Efectivamente, tenía el portátil encendido ante ella, sobre la mesa, y hablaba por el móvil, mientras tomaba notas. Sonrió al verle, y él ladeó su cara

con las manos para poder darle un beso rápido en los labios, aprovechando que en ese momento no estaba hablando. Llevaba todo el día deseando verla, ella amplió su sonrisa y contestó a su interlocutor mientras le hacía una seña para que esperase un momento. Se sentó frente a ella, cansado, había trabajado doce horas seguidas, haciendo una parada sólo para comer un sándwich. Por fin, ella colgó,

—¡No te lo vas a creer!, he descubierto tres tiendas en Madrid que venden pez globo, sin tener que

justificar quién lo compra ni para qué es. El resto lleva un registro con el nombre y el DNI de los compradores, no es obligatorio de momento, pero no quieren problemas.

—¿Y cómo sabes eso? —le miró sonriente, parecía muy contenta,

—Me aburría, y he decidido investigar un poco por mi cuenta. No te creas, llevo toda la mañana, pero se me ha dado muy bien y me he divertido mucho—parecía sorprendida por ello, susurró las siguientes palabras, como si no se atreviera a decirlas en voz alta—

ojalá pudiese dedicarme a trabajar en algo así, investigando misterios, me encantaría. Lo de la fotografía iba a ser algo temporal, y ya llevo casi cinco años, no me disgusta, pero...—él sonrió, haría lo que fuera con tal de verla feliz, además para qué negarlo, si ella aceptara su ofrecimiento, él también lo sería, por eso le dijo,

—¿Por qué no?, puedes hacerlo, nada te lo impide.

—¿Ah no?, y ¿qué te parecen los gastos de la casa?, hay que pagar el alquiler, y tengo la mala costumbre de

comer todos los días—sonrió con tristeza—de momento, es imposible.

—No lo es, si quieres—Roberto notó cómo le latía el corazón por la importancia de su respuesta—podrías venirte a vivir conmigo una temporada, podemos probar a ver qué tal nos va.

—¡Estás loco! —una cosa era que fueran compatibles en la cama, que lo eran, y otra lo que le proponía. Le observó por si no hablara en serio, por si fuera una broma, pero notó la decisión en sus ojos. Tragó saliva insegura y se miró las manos—no sé qué decir

Roberto, creo que si viviéramos juntos nos mataríamos. Llevamos unas horas sin discutir, de acuerdo, pero ¿tú te imaginas viviendo juntos?

—No lo sé, ¿por qué no mantienes de momento tu piso?, digamos un par de semanas. Podemos llevarnos al mío lo que necesites, así puedes seguir viniendo si te agobias, y luego, decidimos.

—¿Haces esto por ayudarme? — él notó el temblor en su voz y se acercó a ella, para que pudiera ver bien sus ojos.

—No, lo hago porque me encantaría que viviéramos juntos, sé que es muy pronto, pero estoy seguro—ella estaba sobrecogida al ver la expresión en sus ojos.

—Déjame pensarlo por favor.

—Claro—se inclinó y le dio un beso, y luego cogió las hojas escritas por ella que había encima de la mesa—y ahora, ¿me puedes explicar esto tranquilamente? ¿has llamado a todas las tiendas de animales que hay en Madrid?

—No, bobo—se rio—primero he mirado en internet dónde podía comprar

pez globo vivo—siguió explicándole los pasos que había seguido, y al escucharla, se le fue borrando la sonrisa de la boca, porque se dio cuenta de la profesionalidad con la que había encarado la investigación.

—Deberíamos hablar con Germán y contárselo—ella contestó feliz.

—¿Tú crees que les interesará?, seguramente ya lo sabrán.

—No te creas, tienen muchas cosas que estudiar, y no hay tantos agentes para cada caso, una investigación como esta puede tardar

semanas, meses, incluso años. ¿y de verdad te has puesto a investigar esto por aburrimiento? —ella cambió su expresión por otra de tristeza.

—No solo por eso, esta mañana he hablado con la madre de Francisca, viven en un pueblecito de Ávila. Ella y su marido han venido a Madrid a por su hija, la van a enterrar en su pueblo, como es lógico, estaba destrozada— bajó la mirada, pero no antes que Roberto viera las lágrimas en ellos—no puedo quedarme sin hacer nada, necesito ayudar en algo. Francisca no se merecía

morir, nadie lo merece, pero ella era muy joven, y buena chica, y ...además, estoy segura de que, a su muerte, no le van a dedicar tanto tiempo y recursos como a la desaparición del dichoso León ¿Tengo razón? —iba a decirle que no, pero no estaba seguro de que, en parte, no la tuviera. Sabía cómo funcionaban las cosas cuando alguien con influencias, o dinero, entraba en la ecuación, lo veía en su trabajo muy a menudo, entonces, se aceleraban los informes que interesaban a esas personas, retrasando otros que llevaban

más tiempo esperando.

—Sí, creo que tienes, al menos, parte de razón. No ocurre siempre, pero a veces sí—ella asintió

—Entonces, quiero ayudar a conseguir justicia para ella.

—De acuerdo, lo conseguiremos, ahora mismo pongo un mensaje a Germán— éste les contestó enseguida, y Roberto levantó la mirada preguntándola,

—Por cierto, ¿cómo estás de la pierna? —ella le miró extrañada,

—Ya sabes que ando mucho

mejor, todavía me queda mucha rehabilitación, pero... ¿por qué lo preguntas?

—Porque Germán me ha contestado, que si nos viene bien quedar mañana en la presa del embalse del Atazar a las diez de la mañana. No creo que haya que andar demasiado, pero...

—No te preocupes, me llevaré las muletas por si acaso, así casi no apoyaré peso en el pie, y me cansaré menos.

—Está bien, si hay que andar por terreno escarpado, te quedas en el coche. No he ido nunca, así que no

conozco los accesos.

—¿Por dónde hay que ir?

— Imagino que, por la A1, pero ahora lo miramos

—¿Y no tienes trabajo?

—No, como he tenido guardia, tengo dos días libres, además me deben unos días de vacaciones, y mi jefe me está presionando para que me los coja. Más adelante, si quieres, podríamos ir a algún sitio juntos—ella sonrió abriendo y cerrando las pestañas rápidamente,

—¿De verdad? —asintió

divertido al verla bromear

—Vete pensando dónde te gustaría ir.

—No sé dónde, pero a un sitio caro, seguro, como invitas tú...—él se rio a carcajadas al escucharla.

Después de una hora en coche, llegaron al impresionante embalse, Natalia bajó del coche atónita al ver aquella construcción,

—¡No tenía ni idea de que esto existía en Madrid!, ¡es gigantesco!, ¿y es el que intentaron volar?, pues si toda esta agua embalsada llega a salir de

aquí, hubiera sido una catástrofe—miró a Roberto que observaba todo, seguramente haciendo cálculos, de algún tipo, en su interior—¿Qué estás pensando?

—Estoy intentando hacerme a la idea de los millones de litros que hay dentro, es tanta que no soy capaz,

—¿Cuánta es?

—Según lo que leí anoche, está al 84% de su capacidad, por lo tanto, tiene unos 360.000 millones de litros, ahora mismo. ¡Es increíble! —ella asintió totalmente de acuerdo, entonces sonó el

teléfono de Roberto, era Germán.

—Dicen que nos están viendo, ¡míralos!, están arriba del todo, hay que subir con el coche—Natalia miró hacia arriba, y vio agitarse cuatro brazos llamando su atención, volvieron al coche y subieron a la parte más alta de la presa, por una carretera llena de curvas. Al salir del coche, se acercaron a los dos policías que esperaban sonrientes. Después de saludarse, Roberto y Natalia se quedaron observando un par de minutos desde el mirador, la enormidad sobre la que se

encontraban. El agua se extendía, encerrada entre muros de hormigón, a lo largo de kilómetros y de varios pueblos.

En cuanto a la construcción, delante de ellos se encontraba el embalse, y detrás un precipicio sobre el que se desembalsaba el agua cuando era necesario, y separándolos, la carretera por la que habían llegado hasta allí. Germán estaba muy serio, mirando unos folios que llevaba en la mano, y luego a su alrededor, como si buscara algo. Ellos miraron a Isabel que se encogió de hombros sin saber qué decirles.

—Germán—Roberto se acercó—
¿te puedo ayudar? —su amigo le miró
distráido,

—Espera un segundo, estoy
mirando el dibujo donde posiciona el
técnico los explosivos.

—Creía que ya no te dedicabas a
este caso—Germán sonrió

—Sí, lo mismo que yo, pero es
todo tan raro...—Roberto frunció el
ceño al ver su cara de sorpresa,

—¿Qué pasa?

—Espera un segundo—estudió el
folio, y se giró poniéndose de espaldas a

ellos, y de cara al precipicio—es aquí, en este lado de la carretera, no en ese. Tenía que haber venido antes, pero hasta que no estuviera el informe terminado no quería hacerlo, esta no es mi especialidad precisamente—murmuró y cruzó hasta encontrarse al borde del puente, junto a un muro que le llegaba a la altura del pecho, y desde el que pudo ver el espectacular precipicio sobre el que estaban. Todos le siguieron como hipnotizados,

—¿Aquí? —Germán asintió,

Roberto miró el lugar con el ceño

fruncido—pero ¿qué motivo puede tener alguien para poner una bomba aquí?, no soy ningún experto, pero cualquiera con dos dedos de frente, se daría cuenta de que sería mucho más destructiva al otro lado—Germán asintió pensativo, se le había ocurrido algo, pero era tan fantástico que no se lo podía creer. Así le cuadraba todo, solo faltaba saber si la persona que creía, podía haberlo hecho, tenía mucho en qué pensar.

—Ya nos podemos ir—los miró, y se fue hacia el coche con gesto serio.

—¿Qué narices le pasa? —Isabel

movió la cabeza negando, no lo sabía exactamente, pero...

—Creo que sospecha quién puede ser, y empieza a atar cabos—Natalia abrió la boca, pero le dijo, antes de que preguntara—no puedo contarte nada más.

—¿Vamos a tomar un café o qué?, y allí hablamos—Germán hizo la invitación antes de meterse en el coche, los demás lo siguieron. Cada pareja bajó en su coche, hasta un mesón de piedra que se encontraba en el pueblo del Atazar.

Pidieron cada uno un café distinto, como hacen todos los españoles cuando se juntan, y se sentaron en una mesa para poder hablar tranquilos.

—Lo primero, —sonó su móvil y Germán maldijo en voz baja a mirarlo— arriba no hay cobertura, tengo varios mensajes, es Amaro, mi jefe, tengo que llamarle—se levantó para alejarse un poco y poder hablar con tranquilidad. Todos le esperaron en silencio, intuyendo que algo importante había ocurrido. Cuando volvió su expresión era grave, se sentó y suspiró antes de

hablar,

—Han aparecido muertos Charlie Bohnett y su mujer—a Isabel se le cayó la taza en la mesa, y pegó un salto para no mancharse. El sujetó su brazo para estabilizarla, y Natalia y Roberto se dieron cuenta del cuidado con el que lo hizo,

—Tranquila—miró a todos antes de añadir—faltan las autopsias por supuesto, pero al parecer, puede ser una sobredosis.

—¿Los dos? —Natalia no se lo creía

—En ocasiones ocurre, no porque se metan demasiada droga, sino porque esté cortada con algún componente tóxico. La juntan con cualquier cosa para ganar más dinero.

Isabel se sentó despacio, y le dijo

—Imagino que el jefe querrá que volvamos—Germán asintió,

—Isabel llama a tu amigo y métele prisa, que te diga lo que sabe sobre lo que le preguntamos ayer—mientras Isabel se levantaba para hacer lo que le decía, él se volvió hacia Natalia—
Natalia, por favor, cuéntame lo que has

descubierto sobre el pez globo—ella asintió y empezó a hablar, sacó sus notas para no equivocarse.

Germán la escuchó sin hacer ningún gesto, por eso nadie esperaba lo que dijo a continuación,

—Deberías plantearte dedicarte a la investigación, tienes un don, Natalia —ella sonrió ilusionada—muchas gracias, esta información me va a ser muy útil—apuntó en su libreta varios de los datos que le había dado, y luego la observó unos instantes—por cierto, ¿te gustaría que te diera algo más para que

investigaras? —observó en la cara de Roberto sus objeciones—me aseguraré de que no tengas que salir de casa, solo tendrás que usar el portátil y el teléfono —ella asintió encantada

—¡Claro!, dime qué necesitas.

—Luego te llamaré y te daré los datos, tengo que confirmar alguna cosa, pero te llamaré en un par de horas— Isabel había colgado y se acercó hasta a él,

—Se pone con ello, lo tendrá lo antes posible— Germán inspiró con fuerza y se levantó,

—Tenemos mucho trabajo, luego te llamo Natalia—salieron casi corriendo con una coordinación exquisita, gracias a la que parecía que llevaban trabajando juntos varios años, en lugar de pocos días.

Los vieron salir, y ella preguntó,

—¿Te has enterado de algo? —él negó con la cabeza y siguió tomando su café.

—Conduce tú por favor, necesito pensar—echó la cabeza hacia atrás en el asiento con los ojos cerrados, ella ya

sabía que, cuando estaba así, no debía hablarle. Abrió un poco un ojo para decirle—por cierto, he cambiado de opinión, primero, vamos a casa de la secretaria, con algo de suerte, no estará con su jefa.

Efectivamente, estaba en su casa y les abrió, aunque sin ninguna gana de hacerlo. Los acompañó a la cocina, donde estaba haciendo la comida, y no les ofreció sentarse ni un vaso de agua. No eran bienvenidos, no hacía falta que lo dijera,

—Silvia, necesito que me confirme si usted se encargó de la mudanza, en concreto de las maletas que Deborah se iba a llevar a Londres—ella asintió moviendo la sopa, luego se volvió hacia ellos,

—Sí, era parte de mi trabajo, ¡no hacer las maletas, por Dios!, pero sí encargarme del transportista, de que se lo llevaran todo, y luego de la recogida allí. Debo decir, que las maletas ya están hace días en la casa que Deborah alquiló en Londres.

—Comprendo, necesito que me de

los datos del transportista, ¿y no tendrá una copia del albarán con los bultos que se enviaron? —ella asintió

—Debería tenerlo, lo guardo todo hasta que pasan un par de años, esperen un momento—salió hacia el pasillo y volvió minutos después con un papel que le entregó, él iba a cogerlo, pero ella no lo soltaba,

—De acuerdo, no me lo llevaré, pero déjeme que haga una foto—ella asintió y recuperó el papel en cuanto él terminó.

—¿Necesitan algo más?

—De momento no, muchas gracias.

Mientras caminaban hacia el coche, él iba mirando la foto del albarán,

—¿Encuentras algo interesante?

—Más bien no encuentro algo que debería estar, y eso confirma mi teoría.

Isabel desistió de preguntar, sabía que no le diría nada. Se sentó ante el volante, y preguntó

—¿Y ahora? —él pensó un instante mientras tecleaba con el móvil.

—Espera, le estoy mandando el

albarán a Natalia, diciéndole lo que tiene que hacer—cuando terminó le dijo,

—A la casa de Deborah, pero a su casa, no a la de los Rosales—ella asintió

—¿Tienes la dirección?

—Sí, espera, tengo sus datos guardados—la buscó en el móvil y la recitó en voz alta—¿conoces la zona?

—Sí, no te preocupes—arrancó mientras él se ponía el cinturón—allá vamos.

Era uno de los barrios más exclusivos de Madrid, cerca del centro,

pero a la vez lejos de los ruidos de los coches, y de la contaminación, o eso parecía. Había muchos árboles, y calles anchas, que no parecían pertenecer a la capital, por lo bien organizadas, arquitectónicamente, que estaban.

La puerta del jardín de la casa que necesitaba ver estaba entreabierta, y se colaron dentro. Germán no sabía qué buscaba, pero de momento estaba teniendo suerte, así que seguiría a su olfato. Había un anciano cortando el césped que al verlos se asustó, y se acercó a él con la placa en la mano para

que se tranquilizara, el alivio del hombre al ver que eran policías fue enorme

—¡Qué susto! —le miró inocentemente—la señora no está, se iba a ir a Londres, pero todavía no se ha ido, está en casa de unos amigos— Germán asintió observando la preciosa construcción.

—¿Tiene usted llave de la casa?
—el hombre negó con la cabeza

—Antes sí, pero se la devolví a la señora, porque ya no tengo la cabeza como antes, y no quiero líos. Estos días

estoy arreglando yo el jardín, porque mi hijo, que es el que lo hace ahora, se ha ido con mis nietos de vacaciones.

—Muy bien, nos quedaremos unos minutos nada más, ¿le importa que echemos un vistazo?

—Claro que no, yo sigo con lo mío, que luego tengo que regar.

—Sí, sí tranquilo—el anciano continuó cortando la hierba, y ellos se quedaron mirando la fachada de la casa. Desde allí no se podía ver nada, porque estaba levantada sobre un sótano elevado que no dejaba ver su interior, y

las ventanas de la primera planta estaban muy altas.

—Vamos a dar la vuelta—
bordearon al anciano y su podadora, e hicieron lo mismo con un grupo de árboles, giraron en la esquina de la casa, caminando por el siguiente lado de la fachada. Era muy grande, después llegaron a la parte de atrás, donde el agua de una enorme piscina brillaba al contacto con la luz del sol. Había un pozo de los antiguos, lleno de margaritas, así como un cenador construido en madera con una mesa para

veinte personas con sus asientos correspondientes. Germán echó un vistazo a todo, y se acercó a los grandes ventanales de la casa que aquí, si estaban a su altura. Los dos pegaron la cara al cristal para poder ver lo que había dentro.

Era un salón doble, con una chimenea de dos caras, uno de ellos estaba preparado para las visitas, lleno de sofás, y sillones y hasta con un mueble bar. Y el otro tenía en la mitad del salón otra mesa para muchos invitados, con distintas sillas aparcadas

bajo ella, esperando ser utilizadas, y en la otra mitad, cerca del ventanal donde estaban ellos y de la chimenea, había un piano.

Separó la cara y miró alrededor, volviendo por el otro lado del jardín, por si hubiera algo más digno de atención, pero el resto era normal. Se despidieron del jardinero y se dirigieron al coche. Isabel le hizo el gesto de darle las llaves por si quería conducir, pero él se sentó en el asiento del copiloto, su cabeza iba a mil por hora.

—¡Vaya piano!, ¡a mí me ha

parecido enorme! —la miró adusto,

—Es un Steinway serie D, el mejor piano del mundo.

—¿Cómo sabes eso?

—Me gusta aporrear pianos de vez en cuando.

—¿Tienes uno? —él negó con la cabeza

—Todavía no me he decidido a comprarme uno, pero cuando estoy de humor, y lo suficientemente borracho, toco en el pub de un amigo—ella sonrió mientras conducía.

—Me gustaría verte haciéndolo,

¿me llevarás algún día?

—Cuando quieras.

—Bien—enseguida cambió de tema, había que trabajar, los dos eran profesionales—¿dónde vamos?

—Creo que volvemos a ver al gran Rodolfo—ella asintió, aunque le extrañó la elección, en ese momento sonó su móvil y lo echó un vistazo por encima,

—Tengo que parar, es el amigo al que le pedí ayuda—aparcó junto al bordillo, y cogió el teléfono, con la libreta y el boli en la mano,

—Hola Coque, sí te escucho, dime
—asintió y por su expresión, Germán supo que no se esperaba lo que le estaban diciendo—de acuerdo, mándamelo al correo por favor, sí te debo una muy grande, desde luego, muchas gracias—cuando colgó se quedó mirando el teléfono, atónita.

—Ha conseguido el resto de la información, me manda el expediente a mi correo, pero me ha adelantado que cumplió condena por asesinato hace años—le observó—esto lo cambia todo.

—Es posible, pero antes quiero

leer ese expediente y ver el móvil del asesinato, vamos a la comisaría—miró su propio móvil—cuando lleguemos Amaro nos va a machacar, le diremos que estábamos de viaje, en parte es verdad—ella suspiró asintiendo.

CATORCE

Martín y Germán estuvieron en la comisaría diez horas, llamaron por teléfono para hacer preguntas y cerrar flecos, leyeron expedientes de treinta años atrás que les ayudaron a aclarar las cosas, e incluso recibieron la llamada de Roberto y Natalia para comunicarles lo que querían saber, sobre la empresa de Santander y que

corroboraba lo que Germán había imaginado. Cuando apagaba cada uno su ordenador, destrozados por el cansancio, se miraron observando la misma cara de sueño

—Es imposible pensar racionalmente en este estado, tenemos que irnos a casa—ella asintió, no podía parar de bostezar, habían comido un bocadillo, y eso había sido hacía ocho horas.

—Estoy muerta.

—Está bien, vámonos, mañana terminamos esto. Miró hacia el

despacho de su jefe, pero estaba vacío, no sabía cuándo se había ido, ni el resto de sus compañeros tampoco. Se dirigieron al ascensor bostezando, y bajaron al garaje para coger el coche. Germán miró su reloj, con algo de suerte podrían dormir cinco horas.

Después de dormir como si hubieran entrado en coma, se despertó con la alarma del móvil, e intentó hacer lo mismo con Isabel. Al ver que era imposible, la destapó y la cogió en brazos, llevándola a la ducha.

—¿Qué haces? —abrió los ojos—

Noooooooooooooooooo, por favor, déjame dormir—suplicó, él continuó su camino sonriendo porque parecía una niña—te doy 500 euros si me dejas dormir dos horas más— le miró esperando que la devolviera a la cama, pero él no la hizo ni caso—está bien, ¡si me sueltas, te hago una mamada luego! —pensándolo mejor, no parecía tan niña, rectificó Germán mentalmente, dejándola de pie en la ducha. La lavó, y luego la dejó apoyada en la pared mientras él se ocupaba de su propio cuerpo. Luego, le

puso un albornoz, él se enfundó en otro, y se fueron a la cocina, ella andaba con los ojos cerrados mientras él la llevaba de la mano. Entonces la sentó en una butaca y comenzó a preparar el desayuno. Ella lo observaba con envidia,

—¿Cómo puedes estar tan fresco?, ¡yo estoy hecha polvo! —gimió

—Soy más viejo que tú, necesito dormir menos—ella sonrió, porque había visto su ficha, y ella le llevaba unos meses, porque ambos tenían treinta. Germán le acercó un café con leche fría,

como a ella le gustaba y le dio un beso en los labios—tómame el café, en cuanto te llene el estómago te tranquilizarás, ya te voy conociendo—lo más triste era que era cierto, miró su móvil que parpadeaba.

—Tengo un WhatsApp de Natalia, dice que te ha mandado varios y que no la contestas, que ya tienes todos los datos que la pediste—él dejó un momento el bacon friéndose y cogió su móvil de la mesa, y lo miró.

—Vale, lo que me imaginaba, ¡estupendo!, antes de ir a la comisaría,

tenemos que ir al teatro donde se dio el concierto—ella asintió, mientras él sacaba el bacon y lo repartía para los dos—coge las tostadas por favor—estaban en la tostadora.

—¿Todas las mañanas me vas a hacer el desayuno?

—Si te quedas aquí por las noches sí—le sonrió, lo que tuvo un efecto directamente en su entrepierna,

—Por cierto, que has comentado algo antes sobre una mamada...—Isabel amplió su sonrisa

—Mala suerte—chasqueó la

lengua—era solo si me dejabas dormir.

—En cuanto terminemos con el caso, te traigo aquí, te acuesto y te arropo, y si hace falta te canto una nana ¿eso vale?

—Puede ser—se encogió de hombros mientras masticaba el bacon sonriente.

—Lo tomaré como un sí.

Después de vestirse a toda prisa, cogieron el coche, él volvía a conducir.

—Pregunta por la autopsia de Bohnett y su mujer—ella asintió

llamando al Anatómico Forense.

Germán iba a toda prisa por la M-30. Siempre que estaba al final de un caso, le pasaba lo mismo. Al principio era como si todo lo viera a cámara lenta, pero de repente, veía cómo podía encajar las piezas, y necesitaba colocarlas con una urgencia que le sobrepasaba. Aparcó en la entrada del teatro, en carga y descarga, porque no iban a tardar demasiado,

—Lo que pensabas, al parecer la droga era de mala calidad—él asintió, los había matado la misma persona, por

supuesto. Utilizaron la entrada de los trabajadores del teatro, y preguntaron a un chico de unos doce años que estaba jugando con una tabla de skate por el pasillo

—¡Chico! —se acercó a ellos montando en la tabla, Germán se tuvo que apartar para no quedarse sin pierna —¿sabes dónde está el portero?

—Claro, es mi padre, esperen que le aviso—se llevó la tabla, debía pensar que eran de fiar. Volvió casi enseguida, con un hombre bajo y gordo, de unos cincuenta años.

—Buenos días—se estaba limpiando las manos, seguramente además de portero, llevaría las labores de mantenimiento del edificio.

—Buenos días, somos policías—le enseñaron la placa—me gustaría hacerle algunas preguntas sobre la noche de la desaparición de León Muñoz, el hombre asintió,

—Sí, claro, ya vinieron unos compañeros suyos—se quedó mirando a Germán— y creo que ya he hablado con usted—Germán asintió, no podía perder tiempo,

—Sí, pero nos han surgido algunas dudas, ¿podríamos ir al camerino que ocupó esa noche Deborah Bohnett?

—Por supuesto, es por aquí—le siguieron a través de los estrechos pasillos del antiguo teatro, y abrió la puerta del camerino dejándoles pasar. Era como lo recordaba, una ducha, un tocador con espejo, una silla, un par de banquetas, y poco más. La ducha era grande, lo miró todo un instante, y se dio la vuelta observando el pasillo desde la puerta.

—Otra pregunta, ¿recuerda las

maletas de la señora Bohnett?

—¡No me lo recuerde!, todos los empleados se estuvieron quejando durante días, ¡eran enormes, y estuvieron hasta el día siguiente estorbando!, con esto tan estrecho, imagínese, la gente no podía pasar.

—Claro, normal, y una pregunta, ¿recuerda cuántas eran?

—Pues no, eran bastantes, no sé— dudó pensando un momento— puede que diez o doce, pero tan grandes...

—Comprendo, ¿y alguna de ellas le llamó la atención?

—Había una muy grande, que no era del mismo color que las demás, un baúl para ser más exactos. De los que se usan para trasladar el vestuario de los actores cuando se van de gira, miden cerca de dos metros, también recuerdo que las demás eran de marca, muy cara, por cierto, y esta era negra normal, sin marcas ni nada. Me imaginé que la había comprado para el traslado a Londres.

—Ya, y ¿las recogieron al día siguiente?

—Bueno, sí, casi todas, menos ese baúl, que se lo llevaron esa noche, me

pareció raro.

—¿Y eso?

—No sé, vino un viejo, yo no creía que pudiera con él—los miró sorprendido— el pobre andaba encogido, pero fue capaz de subirlo él solo a un carro que traía, y llevárselo. Me dijo que el baúl no viajaría en el ferry.

—Entendido—miró a Isabel que negó antes de decir—pues nada más, muchas gracias...

—Pedro Jiménez.

—Muchas gracias señor Jiménez

—los acompañó hasta la entrada, donde su hijo seguía montando en su tabla. Salieron a la calle, y Germán comenzó a tener esa sensación, la que le inundaba cuando estaba a punto de cerrar un caso, como si tuviese exceso de energía que tenía que sacar fuera de su cuerpo. Dentro de poco su mente podría descansar, por lo menos unos días.

En el coche se quedó mirando a Isabel hasta que esta se puso nerviosa,

—¿Qué pasa?

—Solo que eres preciosa—ella sonrió, y él se puso serio—tenemos que

convocar a todos, ya sé quién es el asesino.

A las doce de la mañana, citaron a todos, aunque a ninguno le dijeron que iban los demás, Germán no quería perderse las caras que ponían todos al verse. Estaban en el salón de la casita de invitados de Víctor y Margarita Rosales, donde seguía viviendo Deborah Bohnett, e Isabel en la entrada del salón les iba diciendo dónde sentarse. Germán estaba de pie junto a la

chimenea, desde donde podía ver bien a todos. A su lado, sentada en uno de los sofás, estaba Deborah, que parecía distraída. No le extrañó que las ausencias de su marido y de su hermano, la afectaran tanto, se inclinó hacia ella, y le susurró,

—Siento lo ocurrido Deborah—al fin y al cabo, era su hermano—al menos hoy se acabará esa incertidumbre que sientes por lo de tu marido—ella asintió echándole una mirada larga y desesperanzada, parecía haber asumido, por fin, que León no volvería.

Juan Corona, estaba, también de pie, en esta ocasión detrás de Deborah, siempre protegiéndola.

El resto se fueron desperdigando, sentándose en los sofás, Germán estuvo contemplándolos a todos, y por último Isabel le hizo una seña de que, la que esperaban, acababa de llegar. En ese momento entró Martina Rey, que lo hizo muy erguida, con un traje de chaqueta rojo. Su aparición provocó que Deborah la observara sorprendida, y, algún cuchicheo entre los demás. Se sentó en el sillón que había junto a Germán,

quedando los demás de la siguiente manera, en uno de los sofás grandes, estaba sentado Víctor Rosales junto a su mujer, que había llegado apoyada en él, y que estaba muy pálida, había venido, aunque Germán le había dicho a su marido que no era necesario. Silvia estaba al lado de Margarita Rosales, junto a Beatriz, la criada, y frente a ellos, Deborah con Rodolfo a su lado, que había cogido su mano intentando reconfortarla por la presencia de Martina, y por supuesto, Juan Corona detrás de ellos. Germán se adelantó y

comenzó a hablar,

—Lo primero, quiero darles las gracias a todos por haber venido— algunos hicieron una mueca, dando a entender que no habían tenido más remedio—el motivo de que estén aquí es para comunicarles que ya sabemos, sin ningún género de duda, quién es el responsable de la desaparición de León Muñoz—lanzó una mirada a todos antes de proseguir,

—Este ha sido un caso muy raro. Al principio, inducido por la información que manejábamos, llegué a

pensar que el Sr. Muñoz había desaparecido voluntariamente—miró a Martina—para así poder dar esquinazo a varios personajes de los bajos fondos madrileños, a los que debía grandes cantidades de dinero. Pero en pocos días me di cuenta de que no podía ser, es más difícil de lo que parece desaparecer sin dejar ningún rastro, ni utilizar tarjetas, ni el DNI, en fin, es complicado. También barajamos la posibilidad de que estuviera oculto en casa de alguien, pero al final, después de investigarlo, desechamos esa opción

—se quedó pensativo unos segundos, ordenando sus pensamientos,

—Entonces fue cuando nos centramos en la posibilidad del asesinato, en este caso, yo, por lo menos, lo primero que busco es el móvil, y en este caso, desde el principio, supe que el móvil era pasional. Siguiendo ese razonamiento, había varias personas que podían haber sido, su mujer la primera, ya que su marido le era infiel, Martina Rey también mantuvo una relación con León, hasta su desaparición, y, a pesar de lo

que ella dice de que iba a dejar a su mujer, para irse con ella, es muy posible que en realidad no pensara hacerlo—los observó, todos estaban pendientes de sus palabras, no se escuchaba ningún ruido en la habitación—luego tenemos a la secretaria, Silvia, que estaba medio enamorada de León, y a Beatriz, la criada, que también mantenía una relación con él, al menos sexual—Deborah se quedó mirando con los ojos entrecerrados a su criada, que había decidido mirar hacia el suelo.

—Estábamos comenzando la

investigación cuando pusieron la bomba en la Presa del Atazar, caso que me fue asignado pensando que era un acto de terrorismo. Finalmente, me reasignaron éste cuando nos dimos cuenta de que no era así—miró de nuevo a todos—aunque el motivo de aquella bomba todavía está por explicar.

—Pocas horas después de empezar de nuevo con la investigación, murió Francisca Bermúdez, la criada contratada más recientemente por Deborah Bohnett, aparentemente de muerte natural. Pero con la confirmación

del análisis toxicológico, podemos afirmar que fue envenenada con tetrodotoxina, el veneno que se encuentra en la piel y las vísceras del pez globo. En un principio, pensamos que podía haberlo comido por error, pero gracias a una amiga de Francisca—la gran Natalia, pensó—supimos que no lo hubiera comido nunca adrede, porque era alérgica al pescado. Es decir que alguien la envenenó, de eso no hay duda. Por qué, lo aclararé un poco más tarde.

—Por último, en cuanto a los fallecidos en torno a este misterio, ayer

aparecieron muertos Charlie Bohnett y su mujer, ambos por sobredosis. La droga, como nos habíamos imaginado, estaba adulterada, aún no hemos iniciado esa investigación, pero en cuanto terminemos esta conversación, estoy seguro de que a ninguno de los que estamos aquí, no nos quedará ninguna duda de quién los ha matado. Charlie ayer nos dio a entender a mi compañera y a mí, que sabía quién había matado a León. Y era cierto, me temo que esa fue de las pocas ocasiones en su vida que dijo la verdad.

—Pero volvamos al otro caso que les he comentado, una de las cosas que llamó la atención de los técnicos en la investigación de la presa, fue que los explosivos no se colocaron en el lugar adecuado—frunció el ceño— y esto es muy importante, que nadie reivindicara el atentado. Pero no fue hasta hace muy poco, que se me ocurrió algo, ¿y si la explosión no era el fin, sino un medio para conseguir un fin? —miró a todos, seguían absortos en sus palabras, incluso Martín, a pesar de que ella también conocía la verdad—¿y si la

explosión fue un truco de magia para ocultar algo? ¿quizás un cuerpo? La bomba no destruyó la presa, pero si que consiguió que millones de litros de agua, se perdieran yendo a caer al precipicio que hay al otro lado de la montaña. Si hubiera habido algo junto al explosivo, hubiera volado en miles de pedazos, y se lo hubiera llevado la riada cayendo en un precipicio de centenares de metros, donde no se podría localizar nada. Una solución algo drástica pero muy fiable, para deshacerse de un cuerpo.

—Había otra cosa que me llamó mucho la atención, la muerte de Francisca, ¿por qué matar a una criada que había entrado a trabajar en la casa, solo unas semanas antes?, yo tenía claro, por otra información de la amiga de la que les he hablado antes, que sabía algo. Es más, el mismo día de su muerte, había quedado con ella para contarle lo que le preocupaba. No tengo ninguna duda de que sabía algo, y de que el asesino se dio cuenta, y esa fue la sentencia de muerte de una chica joven, que nunca había hecho daño a nadie.

—También me pareció llamativo que León desapareciera de un concierto, un sitio tan público, era raro ¿no?, ¿por qué el asesino tenía que complicarse tanto la vida, cuando le podía haber secuestrado o matado en cualquier momento, sin tantos testigos? —miró a Juan Corona, que estaba erguido tras Deborah, con los brazos cruzados mirándolo fijamente—está claro, la razón era porque así alguien tendría una coartada perfecta. ¿Y quién tenía la coartada más fuerte de todos? Desde el principio todos pensamos que la

directora de orquesta, Deborah Bohnett, no podía haber matado a su marido. Es cierto que él había ido a verla al camerino, y habían estado un rato juntos, pero cuando había empezado de nuevo el concierto, tras el intermedio, él había vuelto a su butaca—miró a Deborah, que estaba pálida, como si estuviera muerta.

—Pero estamos ante otro juego de manos, otro truco, porque el que volvió tras el intermedio no era León, sino Juan Corona disfrazado—todos murmuraron entre sí, incluso varios se quedaron con la boca abierta—ya sé que parece

increíble, incluso por la estatura, pero León era pocos centímetros más alto que él, y bien maquillado, y con su ropa... engañó a todos. Tengan en cuenta que cuando volvió lo hizo cuando el teatro ya estaba a oscuras, y se fue antes de que se volvieran a encender las luces, con la excusa de que había recibido un mensaje en el móvil. Parece increíble, pero ¿y si estuviéramos ante un profesional de la imitación?, un grande de su época. Durante años llenó los teatros con su nombre artístico, Juan Corona, aquí presente, entonces era

conocido como “EL CAMALEÓN” porque era capaz de imitar a cualquier personaje famoso, y el público caía a sus pies al verlo disfrazado, a menudo decían que parecía más real que el de verdad. Precisamente esa era la frase que él repetía al final de sus actuaciones, ¿no es cierto Rafael Pereira? —el prestigioso actor no dijo nada, solo puso una mano en el hombro de Deborah, que la cubrió con la suya.

— Pero Rafael Pereira no dejó el mundo del espectáculo porque quisiera, su mujer, embarazada, tuvo que ser

operada de urgencia por complicaciones en el parto, y el médico no fue capaz de salvarla. Solo después de unos días, Rafael se enteró de que dicho médico estaba borracho cuando realizó la operación. Eso lo volvió loco, y días después asesinó al médico, pero su asesinato de entonces fue impulsivo y no lo preparó adecuadamente. La policía lo detuvo enseguida y fue condenado a prisión, aunque no a demasiados años porque se tuvo en cuenta lo ocurrido con su esposa.

—Para cuando salió de la cárcel,

su vida no existía, nadie le daba trabajo, y entonces fue cuando Barnaby Bohnett, el padre de Deborah, le contrató confiando en él. Rafael, le estuvo agradecido por ello toda la vida, ¿no es cierto? —Rafael seguía rígido y serio mirándolo, al igual que todos los demás.

—Volvamos entonces a la noche del concierto para saber cómo murió León, fue muy sencillo. Cuando entró en el camerino de su mujer, esta tenía preparadas un par de copas de vino, y le dio a él la suya. No creo que lo mataran entonces, seguramente lo sedaron y en

pocos minutos quedaría inconsciente. Después entraría Rafael, y entre los dos lo metieron en el baúl grande y diferente al resto del equipaje de Deborah. Era diferente por la sencilla razón de que lo habían comprado para eso, necesitaban uno muy grande para que entrara el cuerpo de León.

—Enseguida ella volvió al concierto, dándole tiempo a Rafael a maquillarse y vestirse con las ropas de León, el baúl lo dejó junto al resto de maletas, de ahí las quejas de los empleados del teatro por el tamaño de

los bultos, en un pasillo tan estrecho. Además, hay algo más que hay que tener en cuenta, varios de los interrogados nos han dicho que a Deborah no le gustaba que nadie rondara por el camerino, ni por los pasillos cercanos. Esto es importante, porque, por esa razón, lo normal era que nadie los viera, y otro detalle trascendental fueron las maletas, enseguida pasaremos a ellas.

—Volvamos al baúl, Rafael desaparece como León, y se cambia enseguida, para volver a recoger con el coche a Deborah de nuevo siendo Juan

Corona, aunque los acompaña Rodolfo, no importa porque lo tienen todo planeado. Incluso el mensaje que Rafael manda desde el móvil de León a Deborah, esa misma noche durante la cena, es solamente otra coartada para su protegida.

—Lo siguiente es sencillo, se vuelve a disfrazar, en esta ocasión de anciano, y vuelve al teatro con un carro de los de mudanzas, y ante la sorpresa del portero del teatro por su exhibición de fuerza, recoge el baúl, que era muy pesado, y se lo lleva. ¿Qué hizo con él?,

algo que a nadie más se le hubiera ocurrido, lo llevó hasta la presa del Atazar, llenó el baúl de explosivos, y lo hizo estallar. El motivo de que no lo pusiera en el lado correcto de la presa, afortunadamente, era que quería que cayera todo al precipicio que había al otro lado, y que tampoco era un loco, no quería matar a más gente de la necesaria, la que hiciera daño a su querida Deborah. Cuando el artefacto explotó, si hubiera quedado algún resto biológico, desapareció con los millones de litros que se vertieron desde el

embalse. En cuanto a las muertes del hermano y la cuñada de Deborah, estoy seguro de que hacía tiempo que Rafael estaba enfadado por cómo se comportaban con ella. Charlie sabía que había sido él quien había matado a León, y que lo había hecho por defender a su hermana, por eso se reía cuando hablaba con nosotros, estoy seguro de que pensó que sería un buen motivo para chantajear a Deborah de por vida, fue su perdición, claro.

—Otro detalle sugerente, era que

las maletas de Deborah estuvieran en el pasillo del teatro hasta el día siguiente, esperando a que el transportista fuera a buscarlas, por cierto, que el transportista que fue a por ellas al día siguiente, nos ha confirmado que no se llevó ningún baúl grande—miró a Deborah a los ojos, y ella le mantuvo la mirada, parecía extrañamente serena.

—Enseguida pregunté por las maletas, ¿porqué no las habían dejado en su casa?, parecería lo más razonable, ¿no?, pero me contestaron lo que todos saben, que en casa de Deborah Bohnett

habían aparecido termitas—miró a Isabel que le sonrió, abducida por él, como los demás—las dichas termitas, había algo que no cuadraba, cuando fui a ver la casa, aunque no pude entrar, me di cuenta de que no había estado atacada por las termitas en ningún momento...

—¡No puede saberlo!, todo esto es una locura, ¡Deborah, dile que está mintiendo! —Rodolfo, estaba indignado, Germán le admiró porque era el único que la defendía.

—Un momento, Rodolfo,

escúcheme por favor. Como iba diciendo, me di cuenta de que era imposible que hubiera habido termitas, porque seguía allí, en medio de su salón su piano, un maravilloso Steinway serie D. Es un piano que ronda los 200.000 euros, y además creo que fue uno de los últimos regalos que recibió de su padre. No, ella no lo hubiera dejado allí si hubiera corrido peligro—Rodolfo soltó la mano de su amiga cuando lo escuchó, él sabía cuánto significaba aquel piano para ella.

—Entonces ¿es verdad? —

Deborah le miró con cariño y asintió.

—Sí querido, lo siento, sé que te parecerá una vulgaridad, pero no podía soportarlo más—miró a Martina con desprecio—se había liado con esta fulana, no era la primera por supuesto, pero quería abandonarme para irse con ella. Prefería verle muerto, así de sencillo.

—Por eso estabas tan triste cuando fui a verte al camerino, no era porque te marchabas a Londres, era por...—Deborah asintió muy pálida,

—¡Hija de puta!, ¡yo lo quería! —

Martina Rey, con la cara desencajada, y las manos en forma de garra se lanzó sobre ella, pero Deborah no opuso resistencia, recibiendo un arañazo en la mejilla. Enseguida las separaron dos agentes de policía que estaban esperando en el jardín, y que habían entrado un momento antes, siguiendo una indicación de Germán. Se llevaron a la conocida madame que salió sollozando, mientras dos gruesos lagrimones de color negro, por el maquillaje, se deslizaban por sus mejillas.

Otros dos policías iban a llevarse

a Deborah, ella se levantó tambaleándose y sonriendo a Germán, éste se acercó frunciendo el ceño al notar el color ceniciento de su cara, y su dificultad para respirar. Aún llegó a tiempo para recibirla en sus brazos, mientras agonizaba, miró hacia Rafael que en ese momento se inyectaba la misma sustancia a sí mismo, pero no intentó detenerle,

—¡Llamad a una ambulancia! ¡vamos! —bajó la vista hacia Deborah, que sonreía observándole

—No podía soportar que me

abandonara, lo quería demasiado, pero tampoco he podido vivir cuando ha muerto. No culpes a Rafael, ha sido como un padre para mí, intentó hacerme cambiar de opinión, y cuando no pudo, decidió ayudarme, yo sabía que lo haría.

—Lo siento, pero no entiendo cómo es posible que, con tu talento, te fueras con ese hombre,

—“El corazón tiene razones...— susurró ella, y después murió sin poder acabar la frase...

—...que la razón no entiende”—
Germán asintió, después de terminar su

frase. Era cierto.

—Rafael Pereira también está muerto, la ambulancia está de camino— se levantó, impresionado a pesar de su experiencia. Mantuvo la mirada en la cara de aquella gran mujer, mientras hablaba con Isabel.

—Quizás haya sido lo mejor para los dos, por favor Isabel ve a hablar con Rodolfo—el famoso músico los miraba, sentado en el sofá, llorando en silencio. Germán se acercó Víctor que le había llamado,

—Perdone, pero me gustaría

encargarme de los cuerpos—tenía los ojos húmedos—y quería pedirle que dispensara a mi mujer, para que pueda llevarla a su cuarto

—Por supuesto.

—Y darle las gracias por no haberla interrogado.

—No se preocupe por favor señor Rosales, lo entiendo. No hacía falta que viniera, como le dije.

—Quería venir.

—A lo mejor no debería haberla traído.

—Usted no la conoce, es muy

cabezota—Germán asintió y se fue a hablar con los de la ambulancia que entraban en ese momento, todavía tenía muchas cosas que solucionar.

Cuando recogieron los cuerpos, se acercó a Isabel, y rozó su brazo, ella se levantó dejando un momento a Rodolfo, que parecía algo más tranquilo,

—¿Cómo estás?

—Bien, no, no es verdad—se pasó la mano por el pelo— no estoy bien, estoy impresionada, ha sido tremendo, pero me recuperaré.

—Voy a quedar esta noche a tomar

algo con Roberto y Natalia, ¿quieres venir?, es mejor que no estemos dándole vueltas a todo esto, el estar con amigos ayuda,

—Claro.

—Luego, tendremos que atar todos los cabos sueltos, hacer los informes, y seremos libres, al menos durante unos días—ella le sonrió con cariño, y él sintió que podía volver a respirar. A pesar de todo, la vida seguía.

EPILOGO

I
sabel suspiró embelesada
observando cómo Germán
tocaba al piano Thinking out
loud, los demás clientes también estaban
callados, excepto algunos murmullos,
escuchándole. Alguien le tocó el hombro
y se giró, era Natalia, se levantó para
darle un beso, y a Roberto que venía
detrás, se sentaron sin hablar,

observando al pianista.

—¡Qué bien toca! ¿tú lo sabías?

—Roberto asintió a Natalia. Sí, lo sabía, porque siempre acababan las juergas cuando eran mucho más jóvenes, de esa manera. El camarero les trajo las bebidas, y Germán puso fin a la canción, y dejó el piano. De camino hacia ellos, la gente le paraba para felicitarle, y él sonreía

—¡Hola chicos! ¿cómo estáis? —

besó a Natalia en la mejilla y le dio la mano a su amigo, sentándose al lado de Isabel. La camarera sin preguntar colocó

un botellín ante él, del que pegó un trago directamente. Su brazo izquierdo lo tenía sobre el respaldo de la silla de Isabel, para Roberto era un claro síntoma de posesión, pero había que conocer a Germán para notarlo.

—Muy bien, Natalia estaba deseando hablar contigo, quería que le contaras cómo te diste cuenta de que Deborah era la asesina—el poli se encogió de hombros intentando recordar,

—No fue una sola cosa, creo, sino varias, para empezar, el tema de las maletas daba vueltas en mi cabeza, me

parecía raro, y luego las termitas, tanta casualidad, justo cuando se iba a Londres, y además el día del concierto, con tanta gente presente, desaparece el marido. Como expliqué en casa de los Rosales, a quien más beneficiaba que hubiera sido en el concierto, principalmente, era a ella, porque tenía una coartada aparentemente indestructible—miró a Isabel pensativo, que bebió un trago de su whisky tranquila,

—Pero cuando lo supe, fue al ver que se había dejado en casa su piano,

sabiendo el cariño que le tendría, era impensable. Si no quería mandarlo a Londres por si le pasaba algo, siempre lo podía haber metido en un guardamuebles, pero dejarlo a merced de las termitas, no. No me lo creí. Por supuesto, necesitaba un cómplice, por eso fue tan importante tu contribución Natalia—ésta sonrió.

—El pez globo

—Exacto, y luego, cuando te pedí que consiguieras las descripciones de las tiendas de los compradores, una de ellas, la del anciano, era muy parecida a

la del anciano que había ido a recoger el baúl grande al teatro. Baúl que era diferente al resto de las maletas, un baúl vulgar, rodeado de maletas de marca, que valen miles de euros. Eso tampoco era propio de ella—bajó la vista hacia el botellín—os confieso que me impresionó la forma que tuvieron los dos de morir, Rafael, al que conocíamos como Juan Corona, en silencio, como había vivido, al servicio de Deborah. Y ella, dando la bienvenida a la muerte, había sentenciado a su marido pensando que así ella no sufriría por su abandono,

y cuando lo mataron, se dio cuenta de que se había equivocado. Para ella la vida era aún peor que antes, con la carga de lo que había hecho.

—Pero nadie se acordó de Francisca, que no tenía culpa de nada.

—Ellos no, pero tú sí. Debes estar muy orgullosa porque, en parte, gracias a ti, se ha hecho justicia. No habrá juicio, pero los dos culpables han pagado con su vida por lo que habían hecho.

—Sí—susurró estremecida—
tienes razón, pero no me siento

satisfecha.

—He aprendido hace mucho, que, rara vez, aunque cojamos a los culpables, nos sentimos satisfechos—sonrió, estaban demasiado melancólicos—¿es cierto lo que me ha dicho Roberto? ¿te vas a hacer detective privado?

—Sí, sé que son vuestros enemigos, pero...

—No te creas, en ocasiones trabajamos juntos, pero tienes que estudiar mucho, no es tan fácil.

—Lo sé, lo he pensado mucho, por

eso mientras, voy a seguir trabajando como fotógrafa, pero intentaré no viajar—miró a Roberto que la sonrió—prefiero estar por aquí, por lo menos una temporada—bromeó, Roberto frunció el ceño prometiendo venganza cuando volvieran a su casa.

—De alguna manera, la situación pide un brindis—Isabel alzó su copa mientras hablaba—brindo por vosotros, y por la vida, y porque esta sea la primera de muchas veces en las que disfrutemos de nuestra compañía—se sintieron algo estremecidos por sus

palabras, Germán la miraba serio y con tal concentración, que Isabel se ruborizó.

Todos bebieron un trago, con una gran sonrisa en sus rostros, deseando que aquellas palabras fueran proféticas, porque todos ellos unidos ¿quién sabía dónde podían llegar?

FIN



Margotte Channing

